ANT
XIX
946

R. 7979

BIBLIOTECA ANDALUCIA Granada

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

Es propiedad de los Editores Sres. San Martin y Jubera.

Imprenta, Fundicion y Estereotipia de D. Juan Aguado
Calle del Cid, núm. 4, Recoletos.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

LA

REDENCION DEL ESCLAVO,

POR

DON EMILIO CASTELAR

2.ª PARTE—TOMO II.

PRIMERA EDICION

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1875

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA ... BOLIVIA

JORNADA TERCERA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO

LA ESPERANZA.

I.

ORIEL (*en las montañas de Grecia*).

Todo, todo es aquí libre. Torrentes, vientos, caballos desbocados, águilas; todo corre, vuela, se precipita por do quier á su antojo. Todo convida á la libertad. El hombre aquí debe ser dueño de sí mismo, como dueña de sí misma es la naturaleza.

ESPARTACO.

Y no solamente la naturaleza es aquí libre, lo son hasta nuestros recuerdos.

ORIEL.

Felices aquellas tribus donde la libertad es como una religion.

ESPARTACO.

¿Ves? La cabaña que humea, el ganado sin pastor, el agua recogida en el hueco de la mano, la carne arrancada á la caza, la piel arrancada á la carne, el árbol derribado por el hacha, son toda nuestra propiedad.

ORIEL.

¿Y á qué más, si os poseeis á vosotros mismos?

ESPARTACO.

Yo no cambiaria esta posesion de mí por todo el mundo. Al que me ofreciera oro por mi libertad, le responderia con hierro.

ORIEL.

Felices las tribus donde la libertad es una religion.

ESPARTACO.

Yo desciendo de aquellos, que reunidos en el istmo de Corinto, ofrecieron al Dios de Delfos,

combatir por mar y por tierra, hasta la muerte ó la victoria, contra los soldados del despotismo asiático. Mi sangre, la sangre de mis abuelos, ha corrido por las ondas de la isla Eubea y los desfiladeros de las Thermópilas. El monte Eta miraba, levantando la cabeza sobre todos los montes, aquella decision de los griegos por la pátria, aquel anhelo por un heróico sacrificio. La vista de Anthela fortalecia á los héroes porque les recordaba el sitio sagrado donde se reunia la liga anfictiónica, fiel imágen de Grecia. Leonidas capitaneaba trescientos espartanos, inaccesibles á los terrores de la muerte, porque todos dejaban ya en el hogar hijos que les reemplazaran y que prosiguieran los ritos á los dioses lares. Mientras aquel puñado de valientes se apercibia á morir, entregábase Grecia con el corazon de alegría henchido, como si no llamasen á sus puertas enjambres de ejércitos y de pueblos, entregábase á las fiestas olímpicas, á las teorías religiosas, á las carreras de caballos, á las luchas entre los jóvenes atletas, á las danzas de las vírgenes acompañadas por la cítara y por el címbalo. El único encargo que Leonidas habia recibido estaba dispuesto á cumplirlo: detener á los persas, á los invasores, hasta que se concluyeran las fiestas de los pueblos, los sacrifi-

cios á los dioses. ¡Cuántas veces los espías persas, que á las altas breñas se acercaban, veíanlos, ora entregados á ejercicios gimnásticos, ora divirtiéndose con su espada y con su escudo, ora peinándose la luenga cabellera! El invasor Xerxes los tenia por locos, no imaginando que pudiera haber tanta serenidad en presencia de tan cercana muerte.

Los medas, los primeros entre los asiáticos, los diez mil inmortales de los guardias persas, corrieron, excitados por su rey, que los sostenia con la vista y el ademan desde elevado trono, á combatir contra aquella legion griega parecida á un muro viviente y erizado de lanzas. Tres dias duró el combate, y trescientas veces mordieron el polvo los enemigos de la libertad y de la patria; el pavor subió hasta la frente del rey persa, que creyó caer derribado del trono por los rayos de aquella cólera. Nunca vencieran sin la traicion, que les mostró un sendero para rendir por amaños lo que por fuerza no rindieran. Rotos, deshechos, como la onda contra el escollo, creian ya infranqueables las Thermópilas aquellos guerreros de largas túnicas y de cortísimas armas. Pero llegaron sigilosamente á la cima, é hicieron valer la única razon y la única fuerza que tenian, la ra-

zon y la fuerza del número. Leoidas cayó el primero, dando sonriente la vida por la patria. Despues de muerto, centelleaba en su rostro la serena alegría que á todos los mártires inspira el cumplimiento del deber. Los esparziatas y sus setecientos compañeros lucharon con desesperacion, blandieron sus lanzas, mellaron sus espadas en los huesos de los enemigos, y cuando ya lanzas y espadas se habian roto, sacaron los puñales y tras los puñales se valieron de las manos y de los dientes; sí, acribillados de heridas, traspasados de flechas, caian éxanimes sobre la tierra patria, aterraban aún á sus innumerables enemigos, lanzándoles al rostro con el fulgor de sus miradas al apagarse, y el extertor de su aliento al extinguirguirse, la maldicion última, como si cansados y rotos sus cuerpos, aún pelearan con furia sus enérgicas almas. Hé ahí los ascendientes de Espartaco; hélos ahí, libres como el viento.

ORIEL.

La sangre de tus venas, el aliento de tu pecho, el recuerdo de tu memoria, el cántico de tus artes, la poesia de tus montañas, todo, todo te convida á la libertad, que aquí en este sitio es segura, es inviolable.

ESPARTACO.

Calla, amigo mio, calla!

ORIEL.

¿Dudas?

ESPARTACO.

¿A dónde crees que la tiranía no alcanza?

ORIEL.

Aquí.

ESPARTACO.

Ilusion generosa.

ORIEL.

¡Ilusion la libertad!

ESPARTACO.

La libertad es la vida de la vida, es el alma del alma.

ORIEL.

Y entonces.....

ESPARTACO.

Pero hay mal, hay muerte, hay tiranía.

. . . . . .

ORIEL.

Mas así como nos dice la esperanza que hay ciertas regiones en el cielo, donde reside la inmortalidad, nuestros ojos nos dicen que hay ciertas regiones aquí en esta baja tierra, donde reside, donde residirá siempre, siempre, la libertad.

ESPARTACO.

No lo creas.

ORIEL.

¿Es posible?

ESPARTACO.

¿Ves el potro que pasa la crin al viento, la piel tachonada de sudor, la boca espumante?

ORIEL.

Sí.

ESPARTACO.

Pues tiene más segura la libertad que nosotros.

ORIEL.

¿Tú crees eso?

ESPARTACO.

Sí, sí.

ORIEL.

¡Infelices de nosotros! ¿No hay en toda la tierra un asilo para el esclavo?

ESPARTACO.

Las fieras tienen una caverna.

ORIEL.

¿Y no tendrán los hombres un hogar?

ESPARTACO.

El corazon humano está lleno de asechanzas.

ORIEL.

Y aquí en estas alturas, esas asechanzas ¿se enroscarán á nuestras plantas?

ESPARTACO.

La maldad humana llega hasta la conciencia, como llegan las nubes hasta oscurecer el sol.

ORIEL.

¿Mas la tiranía, estará disuelta en el mundo, como la muerte en la vida?

ESPARTACO.

Llega, llega hasta aquí.

ORIEL.

Pues si llega hasta aquí, hasta estas tranquilas

y elevadas regiones, ¿qué espacio de la tierra, qué espacio podrá de tiranos libertarse?

ESPARTACO.

¡Ay!

ORIEL.

Reina la tiranía pues como la muerte, reina en absoluto.

ESPARTACO.

Si vieras cuántas veces llega sigilosa y siniestramente hasta nosotros, y estiende su duelo sobre esta libre y expontánea naturaleza.

ORIEL.

Maldicion!

ESPARTACO.

¿A quién maldices?

ORIEL.

A los hombres y á los dioses; al cielo y á la

tierra; á la naturaleza que era y á la nataraleza engendrada; al gran todo, que debió hacernos libres y nos ha hecho esclavos.

ESPARTACO.

Pero hay contra la esclavitud un remedio.

ORIEL.

¿Cuál?

ESPARTACO.

La muerte.

ORIEL.

Sí, el suicidio.

ESPARTACO.

El suicidio es la muerte del que cree en la irremisible seguridad de la desgracia. La muerte en el combate es la única muerte digna de un hombre.

ORIEL.

La muerte puede ser el remedio de los mortales. Pero hay algo, como la especie, por ejemplo, que es inmortal. Hay algo á que no llega ese remedio. Con la muerte consolarás al esclavo-individuo. Con la muerte, no consolarás jamás al esclavo-especie. ¿Cuándo podrás, cuándo, encerrarlos á todos en la eternidad? ¿Cuándo podrás convertir su vasta prision en vasta sepultura?

ESPARTACO.

Y ellos, los tiranos, han convertido la tierra en semillero de esclavos. Antes me alababas esta tierra libre. ¿Pues sabes lo que es la tierra tan alabada? Es la grande ergástula, de donde sacan los romanos gentes para poblar sus pequeñas ergástulas.

ORIEL.

Oigo un rumor...

ESPARTACO.

Los cazadores.

ORIEL.

¿Qué quieren?

ESPARTACO.

Nuestra libertad.

ORIEL.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Venderla cara.

ORIEL.

Luchemos.

ESPARTACO.

Hasta morir, si es preciso.

ORIEL.

Juremos antes no separarnos ni en la próspera ni en la adversa suerte.

ORIEL Y ESPARTACO.

Cielos, sed testigos de que juramos en vuestra presencia, luchar unidos por nuestra mútua libertad, unidos perderla, unidos salvarla, unidos morir.

GRITOS (*lejos.*)

Allí, allí hay caza.

ORIEL.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Nos han visto y nos cercan.

ORIEL.

Avanzan.

ESPARTACO.

Luchemos.

ORIEL.

Pero ¿qué hay contra sus flechas?

ESPARTACO.

Nuestras fuerzas.

ORIEL.

¿Qué hay contra su número?

ESPARTACO.

Nuestra desesperacion.

ORIEL Y ESPARTACO.

Luchemos!

II.

ORIEL.

¡Vencidos!

ESPARTACO.

Pero no han vencido todavía la esperanza.

CINTIA (*arrojándose al cuello de Espartaco.*)

¡Esposo mio!

ESPARTACO.

No me des ese nombre.

CINTIA.

¿Ese nombre tan dulce te importuna?

ESPARTACO.

Sí, me recuerda que podemos engendrar hijos para otros, que podemos engendrar esclavos.

CINTIA.

Cree que, al verte prisionero, deseé morir.

ESPARTACO.

Y, segun la furia de los soldados cazadores, te matan sin el arrojo y el heroismo de Oriel.

ORIEL.

Cobardes, ¡ciento contra uno!

ESPARTACO.

Cara hemos vendido nuestra libertad.

CINTIA.

Por eso nos venderán más caros en sus mercados.

ESPARTACO.

Oriel hubiera podido salvarse. Ya habia precipitado tres de sus salteadores en los abismos, y tenia abierto á su fuga el monte, y seguro para su libertad en el bosque.

ORIEL.

Mas, primero mi corazon y despues mi juramento, me clavaron aquí. La ergástula con vosotros me será más grata que el bosque sin vosotros.

ESPARTACO.

Te debo, hermano mio, mi esposa.

ORIEL.

Y yo te debo la fe en la libertad, en esa esposa del alma.

CINTIA.

No os separeis jamás, hermanos.

ORIEL.

Dentro de poco nos llevarán desde estos desfiladeros al pie del Capitolio. Las águilas, aquí libres, amarradas estarán allí en la enseña de las legiones. Los hombres, libres aquí, serán allí esclavos; las ronzas del camino taladrarán nuestros pies y nos llegarán hasta el alma; el pan nos parecerá amasado con hiel, y el agua pura del torrente, salada y amarga como las lágrimas; nos marcarán con marca de ignominia; nos venderán en sus mercados; nos azotarán en sus cubículos; nos enviarán al circo; nos trucidarán cuando bien les parezca, para alimentar las murenas de sus estanques. Seremos esclavos y esclavos de los romanos.

ESPARTACO.

Pero ninguna fuerza, ningun poder humano podrá domar nuestra voluntad. Ahí, ahí, en la voluntad interior, no en las montañas; en la fuerza interior, no en las espadas, está la libertad. Corramos el camino, repitiendo á cada paso nuestro juramento de vivir libres. Sospesemos estas

cadenas, para sentir que tienen mucho hierro y que con ese hierro podemos forjar muchas espadas. Como se saca lumbre de una piedra, se puede sacar libertad, y sobre todo, dignidad de la servidumbre. Ya que no haya otro remedio, asi que no haya otro refugio, queda el remedio y el refugio del sueño eterno, de la muerte.

CINTIA.

Yo me siento poseida de visiones proféticas. Yo oigo una dulce melodía compuesta por los vibrantes pinos y los mugidores torrentes. En vuestras sienes brillan coronas de laurel; en vuestros ojos resplandores de victoria. La ciudad, que os martiriza, huye vuestra sombra, como la prostituta huye la luz. Sus columnas se tronchan cual árboles combatidos por el huracan. Sus monumentos se dispersan en cenizas. Sus estátuas se hunden con los muertos en las frias entrañas de la tierra. Vuestros hijos, vuestros descendientes la castigan en noche tan terrible, que parece la noche última del universo, y al siniestro reflejo del incendio, al crujido de las piedras calcinadas, al eco del estertor de todo un pueblo, se

levantan de los átomos de la tierra, empapados de sangre, los esqueletos de los antiguos esclavos, que en legiones innumerables van errando entre las ruinas humeantes, y diciendo por sus cavernosas bocas: es justicia, es justicia, y no venganza.

III.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Aquí, cerca del Foro, á la sombra del templo de Castor, á la puerta de la taberna, muestro y ostento mi rica mercancía de carne humana. ¿Qué caballero, al pasar, no se prendará de esa esclavilla griega, la cual parece una estátua del Parthenon animada? Pues tengo un gréculo que podria enseñar retórica á todos nuestros abogados; y hasta un viejo filósofo, capaz de probaros que yo soy un patricio y él un liberto, si le dejais hablar un rato. No digo nada de aquel negrillo nubio, lustroso como el bruñido mármol, ágil como la móvil gacela, que trepa á lo mico, y cae inerte á lo piedra, tocador de flauta, gimnasta de profesion, gran titiritero, gran jugador de manos, y que á lo mejor se echa á llorar, porque diz ha dejado allá lejos una madre. ¿Hay nada

más ridículo que un esclavo sentimental?—Vosotros debeis ser como esas aves de los desiertos que ponen sus huevos y dejan á otras aves el trabajo de empollarlos ¿No os parece poco bien no tener ni padres, ni hijos, ni hermanos? Y aun sereis capaces de decir que no teneis libertad?—¿Quién me los compra? Los vendo baratos. Cuando alguno de ellos cerdea, con aplicarle el boton de fuego se enmienda en el acto. Yo soy buen domesticador. Con hierro candente no hay esclavo malo.—Saltad, jugad, desperezaos, que os vean.—Todos están desnudos. Aquí no puede haber, no habrá mácula alguna. Aquí no puede haber engaño. Ni una cinta llevan. Ahí están como su madre los parió. Podeis contarles los huesos, rascarles la piel, levantarle los brazos para mirar los sobacos, registrarlos á vuestro sabor. Hasta os permito que deis un beso, y en los lábios, á la esclava siria. Veréis qué colorada se pone. Como que es vírgen. Y á pesar de esclava, tiene todavía pudor, ¡Qué regalo para un mancebo jóven, que quiera vender luego una buena casta, sirolatina á cualquier chalan! Esclavos, esclavos, vendo. ¿Quién compra? Baratos, baratos. Por allí veo el gran comprador, el opulento capuano, que no se cansa de adquirir esclavos para mandarlos

al circo. Hé, buen amo, gran mercancía, gran mercado.

BATIATUS.

Déjame en paz. Me has arruinado.

EL VENDEDOR.

¡Arruinarte! Si dijeras tú á mí.

BATIATUS.

Yo, justamente, que te dejo sextercios y me llevo hambrientos.

EL VENDEDOR.

Pues si los alimento que ya, ya. No alimentarás tú así á los innumerables clientes.

BATIATUS.

Yo les doy á mis esclavos mucha carne, para que tengan mucha sangre.

EL VENDEDOR.

Y luego la derramen hirviente sobre la arena del circo. ¡Ay, qué regalo!

BATIATUS.

Es mi placer.

EL VENDEDOR.

Por eso eres el gran parroquiano de la Via Suburra. Vamos, cómprame algo.

BATIATUS.

¿Qué tienes?

EL VENDEDOR.

Gran mercancía.

BATIATUS.

Sepamos.

EL VENDEDOR.

Mira. Este lleva una corona de laurel, como que es un despojo.

BATIATUS.

No lo quiero. Se retuercen como furias bajo el peso de las cadenas recientes.

EL VENDEDOR.

Aquí tienes un frigio.

BATIATUS.

Si alguna noche oye ruido en casa, corre como un ciervo. No quiero cobardes á mi lado.

EL VENDEDOR.

Toma un moro.

BATIATUS.

Los moros son tan vanos, que cualquiera diria que nacieron en Roma.

EL VENDEDOR.

Te vendo este cretense, es jóven y es robusto.

BATIATUS.

Los de Creta son todos embusteros.

EL VENDEDOR.

Si necesitas de un esbirro para perseguir á tus enemigos, para celar á tu mujer, para ser la policía de la vivienda, ahí tienes un corzo.

BATIATUS.

Déjame de corzos; todos son crueles, todos al trabajo indóciles, todos vengativos en cuanto sienten la férula.

EL VENDEDOR.

Dí que no quieres comprar, y acabemos.

BATIATUS.

Pues mira, te compraria ese jónio, si no me pareciese débil.

EL VENDEDOR.

Compadre, eres gracioso. Quieres un jónio que cante, que recite versos, que declame trajedias, que componga discursos, que sea poeta, retórico,

argumentador, sofista, buen secretario, buen literato, buen escriba, y además fuerte. No pides pocas golierías.

BATIATUS.

Aquel alejandrino fuera bueno, si no estuviese gastado. Se conoce que ha servido mucho, que se ha emborrachado mucho, que ha sido un verdadero esclavo orgiástico. No le quiero.

EL VENDEDOR.

Miren el alejandrino. Se incomoda. ¿Quieres ver cómo te clavo el hierro candete hasta el corazon? Pues qué, ¿un esclavo tiene derecho á incomodarse porque lo juzguen bien ó mal? No hay justicia en el juicio; pero eso no es cuenta tuya, es cuenta mia, que no te he comprado caro para venderte barato.

BATIATUS.

Vamos...

EL VENDEDOR.

¿Qué, os reis?

BATIATUS.

Nada de cuanto hay en tu tienda me acomoda.

EL VENDEDOR.

No estás hoy poco displicente. Voy á hacerte un regalo que no rechazarás. Besa, besa á la siria, y verás qué miel tiene en los labios. Yo la beso de vez en cuando para domesticarla. Es ruborosa como una Vestal. Besa, besa á la siria. Es un verdadero, un verdadero regalo.

BATIATUS.

Déjame en paz. Estoy hastiado. Me voy.

EL VENDEDOR.

¿Crees que has visto cuanto tengo?

BATIATUS.

¿Qué me queda por ver?

EL VENDEDOR.

¡Friolera!

BATIATUS.

Despacha.

EL VENDEDOR.

Ten un poco de paciencia. Voy á dar un latigazo al negrito, que llora. (*El negro lanza un largo rugido. Los espectadores se rien.*) Y eso por ahora, lloron, mocoso.

BATIATUS.

Por Hércules ¿acabarás?

EL VENDEDOR.

Ya voy.

BATIATUS.

¿Dónde tienes tan excelente mercancía?

EL VENDEDOR.

En la taberna.

IV.

ESPARTACO (*en el interior de la taberna*).

Esta tierra es la tierra de Roma; la piso, y no lo creo. Allá en nuestras montañas, la gran ciudad aparece como una diosa, que ha engarzado el sol en su diadema, que se ha ceñido los bosques como una túnica y el mar como un manto, confundiendo su propio cuerpo con el cuerpo de la tierra, y pesando en la inmensidad más que los astros. Y esto es Roma; inmenso estercolero amontonado en el centro de la tierra.

ORIEL.

Los hombres solo adoran la fuerza. Y como solo adoran la fuerza, solo creen divina una ciudad como esta que los ha sojuzgado, no por su propio valor, sino por la universal cobardía.

ESPARTACO (*andando á grandes pasos.*)

No, Roma, no. Cargado de cadenas, comprado cual mercancía vil, vendido mañana, yo no puedo, no, declararme, aunque humillado, vencido. Podrás tener en tus manos el cetro del destino; pero yo, yo protesto contra el destino. Y se leerá mi protesta, porque yo la escribiré sobre la tierra maldita con sangre de mis venas. Algo hay en mi frente, algo hay en mi corazon, no sé qué, algo á que no han llegado tus cadenas.

BATIATUS (*á la puerta con el vendedor*).

Anda, torpe, cómo no lo dijiste antes. Eso andaba yo buscando.

EL VENDEDOR.

Toma, como que soy yo tonto; traté de expender lo peor. Este es un género único.

BATIATUS.

Parecen dos leones.

ORIEL.

Van á comprarnos.

ESPARTACO.

Déjalos que trafiquen, que ajusten, que se enriquezcan, mercadeando nuestros cuerpos. Jamás comprarán las almas.

ORIEL.

Y allá en el alma siempre queda un refugio para la libertad.

BATIATUS.

Parecen reyes, y no esclavos.

EL VENDEDOR.

Como reyes me cuestan, y como reyes habrás de pagarlos.

BATIATUS.

¡Qué apuestos estarán en el Circo!

CINTIA.

¿Oyes? Espartaco.

ESPARTACO.

Calla.

BATIATUS.

Serán de ver, combatiendo, rodando en el polvo. ¡Qué fuerza tendrán en la pelea! ¡Qué serenidad en la muerte!

CINTIA.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Calla.

EL VENDEDOR.

Son tracios, y con decir que son tracios no hay necesidad de añadir que son héroes.

BATÍATUS.

Colman todos mis deseos.

EL VENDEDOR.

¿Compras los tres?

BATIATUS.

Ellos dos no más. Te dejo la mujer.

CINTIA.

Caballero, por piedad. No me separeis, no, de mi esposo. La muerte caeria sobre mis párpados si esa desgracia cayera sobre mi corazon.

ESPARTACO.

Te mando que no supliques, Cintia.

BATIATUS.

Compraré tambien la mujer y me darán hijos de su estatura, de su fuerza, de su nérvio. Vamos al ajuste. (*Vánse.*)

ESPARTACO *(tendiendo los brazos á la puerta por donde han salido.)*

Hijos, jamás, jamás. En la esclavitud el hombre de honor no engendra. Hijos, que no serian mios. Hijos, que marcarian con vuestro hierro,

que azotarian con vuestro látigo, hijos sin libertad, hijos sin alma. Mientras sea esclavo, no imprimiré mis lábios sobre los lábios de Cintia. Dormiré á su lado como se duerme junto á un compañero de armas en la guerra. Solo allá, cuando vuelva de nuevo á escalar mis montañas, cuando el viento de la libertad oree mi rostro, cuando por un esfuerzo sublime haya roto mis cadenas y arrojádoselas á mis enemigos á la frente, enrojecidas en mi cólera, estrecharé la única mujer que he amado contra mi corazon, y pediré á su amor un hijo, que nazca con mi eterno ódio á los tiranos.

V.

BATIATUS (*á la puerta de la taberna*).

Vamos, despachémos.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Impaciente estás.

BATÍATUS.

Debo partir para Cápua, y quiero llevármelos

EL VENDEDOR.

Gran presente.

BATIATUS.

Empaparán el circo en sangre. Lucharán como

fieras. Están curtidos por los elementos. Están aguzados en las selvas.

EL VENDEDOR.

Son verdadero regalo, únicos, únicos.

BATIATUS.

Vamos, cuánto, cuánto?

EL VENDEDOR.

No puedo ni debo venderlos así en silencio, sigilosamente.

BATIATUS.

¿Pues qué quereis?

EL VENDEDOR.

Venderlos en pública subasta; á voz de pregon.

BATIATUS.

De todos modos, sepa yo su precio.

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

EL VENDEDOR.

Ya sabes que son caritos.

BATIATUS.

No me impacientes. Su precio.

EL VENDEDOR.

No me importunes. Aguarda. Ya lo sabrás. Aguarda.

(*al pregonero.*)

—Mira, tú, perro viejo, pregona una mercancía sin rival, no vista hace tiempo en Roma. Dos esclavos trácios, jóvenes, robustos, hermosos, nervudos, capaces de luchar sin descanso un dia, propios, ya para combates singulares, ya para una fiesta del Circo.

BATIATUS.

¿Pero acabarás de decirme el precio?

EL VENDEDOR.

No hay que precipitarse.

BATIATUS.

Me estás quemando la sangre.

EL VENDEDOR.

Calma, calma.

BATIATUS.

El precio, el precio, ó me voy, me voy.

EL VENDEDOR.

Ya sabes que Caton pagó los esclavos á mil quinientas dracmas.

BATIATUS.

Falso.

EL VENDEDOR.

Ya sabes cuán crecidos son los impuestos. Este público erario acabará por consumir todo nuestro dinero.

BATIATUS.

¡Qué largo preámbulo!

EL VENDEDOR.

Pues entraré de rondon en materia. Necesito y exijo mucho, muchísimo oro.

BATIATUS.

¿Vas á dar á los esclavos el precio fabuloso que se les da en las comedias de Plauto?

EL VENDEDOR.

Quiero por los tres, poca cosa, trescientos mil sextercios.

BATIATUS.

¿Estás loco?

EL VENDEDOR.

Se paga un gramatiquillo á precio de oro, un pescador seis mil sextercios, trece gladiadores

nueve millones de sextercios, un vendimiador ocho mil sextercios; se dan mil dineros al que denuncia un fugitivo, y os parece mucho pedir el pedir por mis tres esclavos trescientas mil dracmas?

BATIATUS.

Me martirizas, como martiriza al hidrópico la vista del agua, y como martiriza al avaro la vista del oro.

EL VENDEDOR.

Vendo, amigo mio, vendo.

BATIATUS.

Mira, *maquignon* del averno, quizá me vendas algun epiléptico.

EL VENDEDOR.

Hagamos la prueba de que respiren el olor de azufre.

BATIATUS.

Quizá me engañes.

EL VENDEDOR.

Me volverás el esclavo, y yo te devolveré una suma doble del dinero que me hayas entregado.

BATIATUS.

Vamos pues á la compra.

EL VENDEDOR.

Vamos á la venta.

BATIATUS.

Aprisa.

EL VENDEDOR (*al pregonero*).

Muchacho, trae la balanza.

EL PREGONERO.

Vas á vender las halajas de la casa?

EL VENDEDOR (*á Batiatus*).

Echa la moneda en la balanza.

BATIATUS.

Adquiero por derecho quiritario, y á precio de trescientos mil sextercios, dos esclavos y una esclava, todos originarios de Tracia.

EL VENDEDOR.

Que te sirvan.

VI.

ORIEL (*en el fondo de la ergástula.*)

No puede caerse en una desesperacion más horrible. La cólera hace estallar el corazon del esclavo en pedazos. Han impreso su mano aleve sobre mi megilla; han roto á martillazos mis dientes; me han sacado desnudo por las calles á la pública vergüenza, con los palos de la horca en la apretada garganta; han abierto mis carnes, que chorreaban sangre, con el látigo rematado por pesadas balas de plomo; me han clavado el aguijon como al tardo buey en los campos; me han puesto á tormento, rompiéndome los huesos y asándome lentamente las carnes; me han azotado con varas espinosas hasta hacerme sudar sangre y me han marcado con el hierro candente hasta hundirlo en la médula; las carnes se me caen á pedazos, como si estuviera desgarrado mi cuerpo

infeliz por una rueda; y todo ¿por qué? Porque no quiero combatir hasta la muerte en el Circo de Cápua con Espartaco, ¡ay! con mi amigo, con mi hermano, con el valeroso tracio que me ha hecho sentir el alma de hombre bajo la túnica de esclavo. ¡Matarle yo! ¡herirle yo! que antes me pidan el suicidio. La espada se caeria de mis manos y yo recibiria el golpe homicida de sus manos, muriendo contento si moria por él, si moria á su lado. Descender yo al Circo, empuñar la espada, esgrimirla, buscar el corazon de mi hermano, partirlo en pedazos, verlo vacilar, desfallecer, morir á mis plantas, por mi propia mano, mirándome todavía con mirar agradecido y amistoso, como el perro al amo que lo ha maltratado; ¡oh! yo no podria sufrir todos estos dolores acerbos, sin morir mil veces en una indecible agonía. ¡Oh, Espartaco! todo lo sufriré ménos eso; á todo me resignaré ménos á eso. ¡Combatir al hermano, herir al hermano, matar al hermano! Verlo padecer, verlo espirar, al golpe de mis armas forjadas para defenderle. Si los dioses infernales buscaran allá en el fondo del Averno un tormento como este tormento, de seguro no lo encontrarían. Y se le ocurre á un amo de esclavos, que solo tiene sobre nosotros dominio por

unas cuantas monedas arrojadas en frágil balanza. Cómo se gozarian viéndonos buscarnos, arremeternos, herirnos sin odio, sin resentimiento, siendo como hijos de una misma madre. Y así este pueblo harto de botines y despojos, hastiado de víctimas, triste en la cima del mundo, como todos los tiranos, abriria sus narices para oler el hedor de nuestra carne y de nuestra sangre, que es á su olfato como un aroma digno de los dioses. Pueblo romano, pueblo romano, hay una justicia que cansa. Pueblo rey, pueblo rey, hay un castigo que por sí mismo se impone. Hay algun poder misterioso que no puede tolerar por más tiempo tanto crímen, sin que se conozca su irremisible expiacion. Sí, pueblo romano, serás implacablemente castigado. Los pueblos se preguntarán dónde ha estado tu corona, porque solo verán en tu frente en siglos de siglos la marca del esclavo. Pueblo rey, pueblo rey, esto te dice el siervo á quien castigas y desprecias, el siervo, el insectillo invisible, que está royendo tu pedestal y que te derribará en el polvo, y que arrastrará tu inmenso cadáver á las gemmonías para que no pudra á la tierra.

ESPARTACO (*que entra y abraza á Oriel*).

Hermano, hermano mio.

ORIEL.

¡Espartaco!

ESPARTACO.

¿Has sufrido mucho?

ORIEL.

Ya lo he olvidado todo.

ESPARTACO.

¡Hermano, hermano mio!

ORIEL.

Se puede padecer cuanto yo he padecido, por sentir la satisfaccion inmensa que ahora siento, viéndote á mi lado.

ESPARTACO.

Ten fortaleza.

ORIEL.

Tú me la das.

ESPARTACO.

Ten esperanza.

ORIEL.

Esperanza en la esclavitud.

ESPARTACO.

Sí, ten esperanza.

ORIEL.

Tú me la inspiras, tú me la has inspirado siempre.

ESPARTACO.

Yo creo en la fuerza de la voluntad.

ORIEL.

Y yo creo en tu fuerza.

ESPARTACO.

Es necesario luchar.

ORIEL.

Lucharemos con el destino.

ESPARTACO.

En esa cadena hay hierro.

ORIEL.

Y en el corazon fuego.

ESPARTACO.

Y en la voluntad decision.

ORIEL.

Manda, yo obedezco. Anda, yo te sigo.

ESPARTACO.

Contra una gran decision no hay fuerza que sea poderosa.

ORIEL.

Lucharemos.

ESPARTACO.

Sí. Lucharemos y venceremos.

ORIEL.

Admirable esperanza.

ESPARTACO.

Salgamos, salgamos.

ORIEL.

Sí, al campo, á la batalla.

ESPARTACO.

La voluntad está en nuestro ánimo, la defensa en nuestros brazos, el camino de Thracia, la tierra de la libertad, abierto á nuestro arrojo.

ORIEL.

Vamos.

ESPARTACO.

Sígueme, sígueme, héroe.

ORIEL.

Sublime soldado de la libertad, tu alma es el primer matiz de la redencion del esclavo.

VII.

ESPARTACO (*á los esclavos*).

Hermanos en el dolor y en la servidumbre, tiempo es ya de que rompamos nuestras cadenas. Unos thracios, otros galos, todos teníamos libre y seguro hogar allá en los desfiladeros de nuestras montañas, en las sombras de nuestros bosques, donde los dioses pátrios habitan, entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos. Ningun daño habíamos hecho á Roma. Correr por los riscos, saltar los abismos, oir el ruido de los torrentes, cazar la fiera en su caverna y el águila en su nido; cosechar los expontáneos frutos de los árboles, ofrecer sacrificios sencillos á los dioses y hogar seguro á la familia idolatrada, ocupaciones eran que en nada podian dañar á la omnipotencia de Roma sobre la tierra. ¿Qué le iba, pues, á la Ciudad Eterna en con-

sentir algunos cazadores libres, algunos campesinos independientes, lejos de la sombra de sus banderas, del filo de sus espadas, en el seno de la vívida naturaleza? Y si al cabo nos hubiera vencido en buena y abierta lid, como ha vencido á tantos otros pueblos, veriamos en su victoria la mano vigorosa del destino. Pero sorprendidos cuando estábamos á la descuidada; cazados como se caza una bestia; puestos á modo de vil manada en cadenas; conducidos al mercado, y vendidos allí, á voz de pregonero, entre rechiflas é insultos, para que despues de contarnos tras sus caballos y sus ganados, cual si de razon careciéramos, nos obliguen, en divertimiento suyo, á matarnos mútuamente nosotros y por nuestras propias manos, ¡oh! es un crímen que Roma ha de purgar con expiacion larguísima en la interminable corriente de los tiempos. Compañeros, poned la mano sobre vuestro pecho, y sentireis latir un corazon como en el pecho empedernido de vuestros amos; contad los huesos de vuestro cuerpo, y vereis que son los mismos huesos del cuerpo de vuestros señores; medid con ellos vuestras fuerzas, y luego correrán como corrian las tímidas aves á la sombra no más de vuestros arcos. Todos somos iguales; todos hemos nacido

de mujer; todos moriremos y nos perderemos en las entrañas de la naturaleza. Y cuando pasais la mano por la frente, cuando en el vagar del trabajo ó en las horas del insomnio, penetrais en el pensamiento, allá en los abismos interiores de vuestro sér, encontrais que un alma, sí, un alma ó un misterio, pero algo que no podeis ver, que no podeis tocar, pero que deslumbrante se os aparece á la vista interior, os enseña que sois iguales á los romanos; ¿qué digo, iguales? superiores, porque al cabo ellos cometen la infamia de ser amos, mientras nosotros somos las víctimas de su infamia, los perseguidos por su codicia, los sacrificados á su ambicion, á su lucro, á sus placeres. No más sufrir. Hombres somos, y por hombres, no podemos ser de nadie propiedad. Para la libertad nacimos, y esta libertad no puede sernos arrebatada, sino cometiendo el más vil y el más infame de todos los despojos. Reivindiquemos, reivindiquemos con fuerza, con energía, no ya una propiedad externa y material, sino nuestro propio sér, nuestra propia conciencia. Cambiemos la gemmonía por el hogar; los dioses enemigos por los dioses lares; la sombra de la ergástula por la luz purísima de la montaña; la condicion de siervos por la condicion

de libres: que todo lo conseguiremos con solo volver hácia el pecho de nuestros tiranos las armas que debíamos esgrimir contra nuestros propios pechos. No vacilemos. A la batalla, y pronto. Que Italia sienta todo el peso de su crimen. Que Roma vacile en su altísimo trono. Que sus águilas huyan de nuestras flechas con espanto. Que esos tímidos señores del mundo, bañados en aguas olorosas, vestidos de brocados asiáticos, perfumados como mujeres, adscritos al triclinio, donde gastan la vida entre los besos forzados de nuestras hijas, las esclavas, y las libaciones contínuas de sus embriagadores vinos, veneno del alma, bajen ahora al Circo, donde nosotros los citamos; al noble circo de los campos de batalla, y peleen, y caigan y mueran, dándose en espectáculo á nosotros que tantas veces hemos divertido sus criminales ócios. A la pelea, á la guerra. Sí, la guerra fortifica, sostiene, educa, eleva á los fuertes, sobre todo, la guerra por nuestra libertad, la guerra por la sagrada causa de la justicia. Pelearemos y venceremos: que nada en el mundo se resiste á una voluntad decidida. Pero si nos toca sucumbir, moriremos serenos, con la sonrisa en los labios, con la paz en la frente, con la esperanza de la inmortalidad en el pecho, se-

guros de que hemos dejado sembradas en los regueros de nuestra sangre la semilla inmortal de la libertad para nuestros hijos, y el ejemplo inmortal de un grande sacrificio para todos los pueblos que combaten por la libertad y por la patria.

ORIEL.

Sigámosle.

CINTIA.

¿Cuántos sois?

ORIEL.

Somos doscientos.

CINTIA.

¡Doscientos! ¿Cuántos serán los romanos?

ESPARTACO.

No os conteis á vosotros mismos; no conteis tampoco á vuestros enemigos.

ORIEL.

Contad con la justicia.

ESPARTACO.

Trescientos de mis antepasados detuvieron, allá en los desfiladeros de las Thermópilas, todo el inmenso poder de la guerrera Asia.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

¡Libertad! ¿Qué quiere decir libertad?

ORIEL.

¡Oh encallecida conciencia!

ESPARTACO.

Mira; la cadena penetra hasta el alma y la envilece.

ORIEL.

Mata el tormento y la deshonra hasta los afectos más naturales y primitivos.

UN ESCLAVO ILIRIO.

Yo he sido comprado, yo no me pertenezco.

UN ESCLAVO TRHACIO.

Yo soy de Léntulo Batiatus. Yo soy su propiedad.

ESPARTACO.

¡Oh mengua!

EL ESCLAVO ILIRIO.

Los dioses lo han querido.

ORIEL.

Estúpida resignacion.

EL ESCLAVO TRHACIO.

¿Donde iríamos nosotros que nos acogieran?

ORIEL.

¿Pues qué, la naturaleza rechaza á alguno de

sus hijos? Como viste al ave, te vestirá á tí; como alimenta á las fieras, á tí tambien sabrá alimentarte.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

No, no; quereis explotarnos, quereis perdernos.

ESPARTACO.

Puede haber mayor perdicion que vuestra suerte? puede haber mayor explotacion que la explotacion de vuestros amos?

EL ESCLAVO TRHACIO.

No haremos más que cambiar de dueño. Hoy nos manda Léntulo, mañana nos mandará Espartaco.

ESPARTACO.

Elegid otro. Yo le sigo.

EL TRHACIO.

A ninguno se le ha ocurrido lo que á tí; por consecuencia tú debes ser nuestro jefe.

ESPARTACO.

Pues seguidme. Al campo; juremos como Anibal eterno odio á Roma.

GRUPO DE ESCLAVOS.

No te comprendemos.

ORIEL.

Es verdad. ¿Cómo lo habeis de comprender? Si lo comprendiérais no seriais siervos, seriais Espartacos.

CINTIA.

Para formar al hombre es necesario formar antes su conciencia.

ESPARTACO.

¡Trhacio! Has nacido allí, te has criado allí, ¿y no sientes deseo alguno de volver á nuestras montañas?

EL TRHACIO.

No me pertenezco.

ESPARTACO.

¿Te has enajenado tí mismo?

EL TRHACIO.

No.

ESPARTACO.

Y aunque quisieras ¿podrías tú jamás enagenarte, venderte, sin que todo tu sér se revelara contra tí mismo?

EL TRHACIO.

Me han enagenado. Solo me toca sufrir hasta la muerte.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

OTRO GRUPO DE ESCLAVOS.

Y luego vosotros ¿qué quereis? Poneros en lugar de nuestros amos.

ORIEL.

¡Imbéciles!

ESPARTACO.

No les insultes, compadécelos.

ORIEL.

Es verdad; si ellos no fueran así, ¿habria esclavitud en el mundo?

ESPARTACO.

No la habria.

CINTIA.

Espartaco, huyamos. Si Batiatus viene, se valdrá de sus propios esclavos contra nosotros.

ESPARTACO.

Sígame quien quiera. A la pelea.

BATIATUS (*desde una ventana*).

¿Qué ruido es ese? No me habeis dejado dor-

mir esta madrugada. ¿Por ventura os preparais para la funcion de esta tarde? Ya os he dicho que debeis combatir hasta la muerte los dos primeros: Espartaco y Oriel.

ORIEL Y ESPARTACO.

Sí, ya hemos jurado combatir hasta la muerte; pero contra tí.

BATIATUS.

¿Qué oigo?

ESPARTACO.

Y contra Roma.

ORIEL.

Contra su dominacion en el mundo.

BATIATUS.

¡Ah! mercader infame, ¡qué venta hizo! ¡Qué infamemente me engañó!

ESPARTACO.

Quien quiera seguirme, que me siga. Voy á la libertad, voy á la pátria.

BATIATUS.

¿Dónde habrá aprendido semejantes palabras? ¿Habrá ido alguna vez ese tunante á los comicios ó al senado?

ESPARTACO.

Seguidme.

BATIATUS.

¡Ah de mis gentes! ¡ah de mis siervos! A ellos. (*Los esclavos vacilan.*)

ESPARTACO.

¿Sereis capaces de prestar mano á vuestro opresor contra vuestros libertadores?

BATIATUS.

Yo soy la ley.

ESPARTACO.

No hay ley que valga contra las eternas leyes de la justicia.

BATIATUS.

¡Qué extraño lenguaje! No lo he oido nunca ni en lábios de los más exaltados tribunos.

ESPARTACO.

Mi libertad es mi ley.

BATIATUS.

Te he comprado.

ESPARTACO.

Déjame la libertad y yo te juro que te devolveré tu dinero, el dinero que has dado por nosotros.

BATIATUS.

¡Proposicion donosísima!

ESPARTACO.

Despues de todo, ¿no era mia mi vida? ¿No era mia mi libertad? ¿No era mia mi familia? ¿No era mia mi montaña? ¿Qué indemnizacion me has dado por todo esto?

ORIEL.

La ergástula, la gemmonia, la fusta, la horca, la saliva en la cara, la sangre chorreando por todo el cuerpo, la muerte en el Circo, la infamia y la deshonra en el alma.

BATIATUS.

Pero ¿será posible? Una sublevacion de esclavos

ESPARTACO.

No, sublevacion no. El esclavo se vuelve á su hogar, el esclavo se vuelve á su patria. Vosotros y solo vosotros habeis intentado una sublevacion contra la naturaleza humana.

ORIEL.

La libertad, la libertad es nuestra. Nadie puede, nadie, quitárnosla.

BATIATUS.

¿En qué escuela de sofistas habeis aprendido todos esos disparates? Roma dejará de ser Roma sino ahorca á todos los filósofos.

ORIEL.

Pues qué, ¿no tiene cada hombre una maestra inmortal en su respectiva conciencia?

BATIATUS.

Yo creí comprar fuertes gladiadores, y he comprado ridículos sofistas.

ESPARTACO.

Tú creiste comprar bestias, y has comprado hombres. Las bestias hubieran puesto el lomo á tu carga, los hombres te arrojan con desprecio á tierra.

BATIATUS.

¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis gentes! Cazadlos.

ESPARTACO.

El que quiera ser libre, que me siga. El que quiera ser esclavo, quédese en paz con su tirano.

BATIATUS.

Esclavos, ¡á ellos!

ESPARTACO.

Esclavos, á la pátria!

ORIEL.

Esclavos, á la libertad!

CINTIA.

Esclavos, á vuestra religion!

BATIATUS.

Esclavos, á vuestro amo!

ORIEL.

Esclavos, á la ergástula, á la muerte, ó á la libertad ó á la vida.

BATIATUS.

Vais á ser cazados como fieras.

ESPARTACO.

Vais á vencer á vuestros dominadores. Vais á redimir á vuestros hijos.

(*Setenta esclavos siguen á Espartaco, que sale hácia el campo. Ciento treinta se quedan en casa de Batiatus, inmóviles ante sus órdenes imperiosas.*)

BIBLIOTECA PROVINCIAL de Granada

VIII.

ESPARTACO (*en la cima del Vesubio*).

Hermoso, maravillosísimo espectáculo. ¿Por qué, por qué esta deslumbradora tierra ha de engendrar tiranos tristemente? A mis piés el mar azul, que parece un pedazo de cielo echado sobre la tierra, y que bordan de estrellas los rayos del sol. A mi izquierda, las montañas de los Abruzos, esmaltadas por reflejos de color violeta y ceñidas por nieves que fingen como diademas de nácar, pirámides de cristal. Recostadas entre pámpanos, besadas por las olas, ciudades de orígen griego, hermosas ciudades llenas con todos los prodigios del arte. Aquí, allá, á manera de sirenas, que sacan sus cuerpos de las olas, para recibir los besos de la luz, esas islas que tantas veces han oido los cánticos de nuestros poetas, y han visto pasar en las triremes doradas las teo-

rías de nuestras expléndidas religiones. A mi frente, la griega Parthenope, la musa inmortal de la alegría y del amor. Allá lejos, entre las ondulaciones de las montañas, entre el reflejo de las olas, bajo el expléndido horizonte, cubierta por el follaje umbroso, el golfo de Bayas, por donde han pasado los héroes y los dioses. Tierra hermosísima, por tus dotes naturales, por tus antiguos recuerdos, por los esmaltes del arte; por el espíritu de la religion; por esas ciudades que en aromas se embriagan; por esos bosques incomparables donde crecen la adelfa, la rosa, la verbena; por tus montañas que inspiran fortaleza é independencia, por tus sonoras ondas que cantan, debieras ser en siglos de siglos la tierra de la libertad. Mas parece que tus aromas enervan, que tus placeres degradan, y te has convertido en la inmensa mancebía de los romanos. Aquí no vienen sino á libar tu miel y á traerte sus vicios. Aquí no vienen sino á comer, á dormir, á gozar seguros de que el mundo les obedece, y de que el esclavo trabaja por ellos. Tierra hermosísima, ¿por qué no has de tener sobre todos tus explendores el explendor de la libertad? ¿Por qué has de consentir que entre tantas bellezas se deslice esa triste deformidad moral llamada esclavitud, esa

muerte del alma, de la conciencia, de todo cuanto hay grande y bello bajo el cielo?

ORIEL.

¡Espartaco, Espartaco!

ESPARTACO.

Hermano mio.

ORIEL.

Veo la alegría en tu rostro.

ESPARTACO.

Ayer estábamos en el fondo de la ergástula; hoy estamos en la cima del Vesubio.

ORIEL.

Hay algo más vivificante que el aire, más claro que la luz, más hermoso que el cielo, y es la libertad.

ESPARTACO.

A vivir sin ella, es cien veces preferible la

muerte, sí, la muerte que solo temen los cobardes.

ORIEL.

Tu palabra de libertad ha recorrido toda Italia. Los esclavos campesinos arrojan los instrumentos de labranza, y corren á buscarte como impulsados por salvador instinto. Las puertas de las ergástulas se abren y salen los siervos al aire libre, como muertos resucitados que rompen las losas de su sepultura.

ESPARTACO.

Sea cualquiera nuestra suerte, no está en vencer la gloria, no; está en protestar, y hemos protestado. Roma sabrá que los esclavos son hombres.

ORIEL.

Por de pronto con cuchillos de cocineros hemos cortado nuestras cadenas, con esos cuchillos que solo servian para partir el blando pan de nuestros amos. Con armas de gladiadores hemos

vencido á los soldados de Cápua. Ya tenemos las mismas armas de los romanos recogidas en el botin de sus derrotas, lanzadas en la precipitacion de su fuga. Confiemos y esperemos en nuestra sagrada libertad.

AGATHON.

Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO.

¿Qué hay?

AGATHON.

Los enemigos al pié de la montaña.

ORIEL.

No importa.

ESPARTACO.

Sí, no importa. El aire de la libertad nos ha fortalecido, y venceremos.

AGATHON.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Se imaginan sin duda que nos han sorprendido.

AGATHON.

Ciertamente.

ESPARTACO.

Pues debemos sorprenderlos á ellos.

AGATHON.

¿Cómo? ¿Cuándo?

ESPARTACO.

Sangre fria, amigo, sangre fria. En la guerra no hay peor enemigo que el propio atolondramiento.

ORIEL.

Manda, y serás puntualmente obedecido.

ESPARTACO.

¿Ellos suben?

AGATHON.

Sí, suben.

ESPARTACO.

La subida es penosa.

ORIEL.

Penosísima.

ESPARTACO.

Dime, Agathon, ¿mandaste fabricar las escalas que te encargué?

AGATHON.

Hechas están.

ESPARTACO.

Nos hemos salvado.

ORIEL.

Tu serenidad inspira completa confianza.

ESPARTACO.

¿Han venido los espías y escuchas?

AGATHON.

Por ellos tenemos todas estas noticias.

ESPARTACO.

¿Cuántas gentes vienen?

AGATHON.

Como unos tres mil soldados.

ESPARTACO.

Están pues perdidos. ¿Qué general los manda?

AGATHON.

El pretor Clodio.

ORIEL.

Esta montaña es inexpugnable.

ESPARTACO.

Y no hay para subir á ella más que un solo tortuoso sendero.

ORIEL.

Y es tan ágrio que difícilmente llegarán hasta nosotros.

ESPARTACO.

Aunque el volcan se haya apagado, extinto, resbaladizas frias lavas lo cubren por do quier, y viñas salvajes lo guardan contra las asechanzas de los enemigos. Defendámonos, defendámonos como buenos.

AGATHON.

Manda y serás obedecido.

ESPARTACO.

Es necesario sorprenderlos.

ORIEL.

Ordena, pues.

ESPARTACO.

Finjamos, poniendo centinelas por los sitios visibles á sus ojos, que los aguardamos.

AGATHON.

Bien.

ESPARTACO.

Y mientras ellos suben, suspende de los otros costados de la cónica montaña, las escalas de sarmiento, hechas por nuestros soldados.

AGATHON.

Estarán suspendidas al instante.

ESPARTACO.

Y en cuanto estemos al pié, reunidos, disciplinados, con el sigilo del zorro, con la furia del leon, con la agilidad del tigre, con la rabia de la hiena nos lanzaremos todos juntos sobre nuestros enemigos, y los aplastaremos ni más ni ménos que el alud, desprendido de las montañas de nieve, aplasta cuanto encuentra en su rápida carrera.

ORIEL.

A la pelea.

AGATHON.

Corro á cumplir tus órdenes.

CINTIA (*apareciendo en la cima*).

Espartaco, he consultado los dioses, y nos prometen una segura victoria.

ESPARTACO.

Cintia, esposa mia; Oriel, hermano mio, sea la que quiera nuestra suerte, la protesta escrita está; la flecha lanzada. El mundo no ha de permanecer eternamente encerrado en la ergástula

romana; la tierra no ha de ser perpétuamente el lecho donde Italia se entregue á sus placeres. Algun dia estos esclavos, que ahora trabajan como bestias, se acordarán de que son hombres. Y entonces buscarán, sino mis huesos destrozados en la voracidad de la naturaleza, mi nombre, y lo pondrán junto á sus héroes, junto á sus mártires; y lo trasmitirán, como un ejemplo digno de ser seguido é imitado, á todas las generaciones; y los historiadores, que ahora me desprecian, registrarán el dia luminoso de esta rebelion sublime como uno de los dias creadores del hombre, como uno de los dias sagrados en que comenzó la redencion del esclavo.

IX.

CLODIO (*al pié del Vesubio, dirigiéndose á los soldados romanos.*)

Soldados, ya lo habeis visto. La más infame de las rebeliones amenaza á Roma, á la ciudad, ante quien se postran de hinojos todos los pueblos. Aquellos seres, que solo merecen vuestro desprecio, inferiores al perro que guarda vuestras casas, han querido ser, como vosotros, hombres, cual si los dioses, al crearlos para la servidumbre, no les hubiera negado el alma. Vosotros no podeis vacilar, ni dudar un momento. La ciudad que ha sometido desde la sabia Grecia hasta la risueña Bética; la ciudad que ha penetrado victoriosa en Asia y en Africa; la ciudad que ha vencido á Annibal y á Mitridates; que ha entrado dentro de sus muros, y en calidad de despojo, al feroz Yugurtha, no se aterrará porque innobles

esclavos la amenacen, dirigidos por un trhacio oscuro, por un gladiador bárbaro como Espartaco. El génio de Roma está esparcido por el Universo, y protege á todos aquellos que en él se inspiran y que por él combaten. Fuerzas teneis, fuerzas muy superiores á la empresa. Valor teneis, valor mucho más grande que el de esos siervos inferiores á los brutos. Las espadas romanas están en vuestras manos libres, mientras en sus manos solo están las marcas de las cadenas. Los dioses con vosotros están, mientras ellos no saben qué númen ni que divinidad invocar. El génio de la justicia romana, que ha sojuzgado el mundo, va con vosotros. Subid, subid. No desmayeis un punto; que la duda no os haga vacilar; que no os haga vacilar el terror. Esos enemigos no merecen ni las palabras que gasto, ni las fuerzas que empleamos. No asistimos á una guerra, asistimos á un ojeo; no vamos á una batalla, vamos á una caza. En cuanto vean nuestras enseñas gloriosas, esas enseñas que asombran al mundo, caerán desarmados á nuestras plantas. Y si no, mirad. Han corrido despavoridos de Cápua á Parthenope. Incapaces de esperarnos en territorio llano, se han guarecido en una montaña abrupta; creen que hasta no podrán llegar los que han pasado los

Pirineos y los Alpes, los que han vencido en los desfiladeros de Macedonia y de Tracia. Ese asilo es el asilo de su terror; esa alta montaña es el testimonio altísimo de su debilidad. Subamos en alas de nuestro entusiasmo, seguros de que en su cima crece el laurel de la victoria. Rico botin de esclavos nos aguarda; el Senado os entregará de ese botin una parte. Vuestro general os lo promete. Y en el momento de comenzar esta lucha solo quiere que tengais presente lo que sigue: sois invencibles porque sois los soldados de Roma.

ESPARTACO *(apareciendo al pié de la montaña.)*

Y nosotros los soldados de la libertad. ¿Hay algo más grande?

CLODIO.

El enemigo.

ESPARTACO.

El enemigo.

CLODIO.

¡Qué audacia!

ESPARTACO.

No tan grande como la vuestra al convertir en bestia de carga á hombres que tienen alma.

CLODIO.

A ellos, soldados romanos.

ESPARTACO.

A ellos, siervos redimidos.

CLODIO.

¿Qué veo? Se dispersan mis gentes.

ESPARTACO.

Se dispersan.

CLODIO (*retrocediendo.*)

¡Oh mengua!

CINTIA (*sobre un risco.*)

Los pátrios dioses han oido mi plegaria.

ESPARTACO *(á los suyos.)*

Ya lo veis, huyen. Corred tras ellos. No deis paz á la mano. Quereis esclavizarnos, soldados romanos? ¡Ay de Roma! ¡Ay de Italia!

ORIEL *(en los campos de Lucania.)*

¿Estás triste, Espartaco?

ESPARTACO.

Muy triste.

ORIEL.

Pues todo te sonrie, todo te promete venturas sin cuento.

ESPARTACO.

Hasta aquí, hermano mio, los dioses nos han sido favorables. Pero de aquí en adelante..... ..... ¿quién sabe? ¿quién lo sabe?

ORIEL.

No hay motivo alguno para dudar. Tu cons-

tancia es la misma, tus hombres son más, tu prestigio mucho y tu causa justísima.

ESPARTACO.

Cierto, cierto. Pero no sé qué triste presentimiento me atenacea el corazon. Esperemos.

ORIEL.

¿Quién se resiste á tu pujanza?

ESPARTACO.

El destino, de que todos somos juguete.

ORIEL.

Mil veces te ha dado la victoria.

ESPARTACO.

Por lo mismo es fácil, facilísimo, caer de más alto.

ORIEL.

Pero no habrás caido sin cumplir escrupulosamente tu deber.

ESPARTACO.

Escrupulosamente. Mi deber estaba reducido á protestar, y he protestado; á decir al esclavo que no hay derecho para apoderarse de su persona, y se lo he dicho. Ahora, confiada esta idea al viento, hecho este soberano esfuerzo, queda todo lo demás al arbitrio del cielo. Cuán difícil es, en las postrimerías de la vida, volver los ojos hácia atrás y decir: he cumplido estrictamente mis deberes!

ORIEL.

La victoria te ha seguido á todas partes. El Senado romano se ha espantado como no se espantó en presencia de Annibal. Sin duda ha visto en tí reunidas las razas que ha oprimido, y condensadas las justísimas cóleras de esas razas opresas. La sangre en que esta sociedad se halla como amasada, arde por sí misma. La ceniza que creian apagada, se ha convertido en lava ardiente. Donde imaginaban tener las bases de su trono, el volcan ha abierto su cráter. El gladiador se ha convertido en ciudadano, el ciudadano en soldado, el soldado en vencedor, el vencedor graba-

rá en la impura realidad su idea, y redimirá á todos los suyos.

ESPARTACO.

¡Ah! No. Los tiempos todavía no están maduros. La redencion de nuestra casta no puede ser obra de aislados esfuerzos. La redencion de nuestra casta debe ser obra lenta y segura del tiempo. Se necesitan todavía muchos sacrificios. Se necesitan todavía muchos holocáustos para desarmar al destino.

ORIEL.

Pero tú has luchado con valor, y has vencido con fortuna. En los alrededores de Cápua huyeros los romanos á tu mirada; y á tu voz en las ágrias laderas del Vesubio. Despues has deshecho las gentes del pretor Varino, y de su lugar-teniente Cossinio, cuyos bagajes, cuyas riquezas, cuyo cadáver, cuyo ejército completo fué en tus manos. Montas el caballo del pretor, y llevas á tu lado sus lictores. De marcha en marcha llegaste al pié de los Alpes; donde, con dar un paso, hubieras podido ganar los desfiladeros de tu

pátria, y en ellos la codiciada libertad. Luego has retrocedido, recorriendo vencedor y pujante toda entera la tierra de Italia. Cercado ya por Léntulo, en supremo esfuerzo, rompiste el cerco, y te quedastes con nuevos y más ricos despojos. Casio en las tierras que el Pó baña, probó la fuerza de tu brazo. Saliéndote al encuentro con gran golpe de gente, perdióla toda, y estuvo cerca de caer al filo de tu espada. Craso ha venido con multitud de caballeros romanos. La ciudad de los dioses ha mandado contra míseros esclavos la flor de sus soldados. Has vencido al teniente de Craso, á Mumnio. Multitud de caballeros romanos han muerto en este encuentro. Multitud de águilas romanas han pasado desde el cielo de la victoria, donde vibraban el rayo de la guerra, á ser como nuestras aves domésticas. El terror ha sido tanto, que Craso se ha visto forzado á diezmar á sus legiones, para obligarlas á combatir contra tí, contra los míseros esclavos. Perdido estabas en Regio, cercado por Craso, y te salvaste. ¿Qué, qué puedes, dime, temer hoy? Aquí estamos en la rica Lucania, con más fuerza que nunca, vencedores, esperanzados, dispuestos á comenzar de nuevo nuestras inacabables y tenaces peleas. Pues qué, ayer mismo, cuando todo

parecia acabado, cuando innumerables de los nuestros habian caido, cuando el romano cantaba su victoria, y se apercibia á comunicarla al Senado, ¿no te revolviste, marchaste á marchas dobles, te lanzaste de nuevo sobre tus implacables enemigos y los venciste con la celeridad del relámpago, con el estruendo del trueno? Espartaco, el mundo te pondrá entre sus héroes, y entre sus redentores el esclavo.

ESPARTACO.

Es verdad cuanto has dicho, pero tambien es verdad que luchamos con un imposible.

ORIEL.

¿Por qué?

ESPARTACO.

Porque es imposible hoy vencer á Roma.

ORIEL.

Otras ciudades han caido. Babilonia, Tiro, han

visto desprenderse la corona inmortal de sus altivas frentes.

ESPARTACO.

Habian cumplido su destino.

ORIEL.

¿Y en qué, dime, conoces tú que Roma no lo ha cumplido todavia?

ESPARTACO.

Lo conozco en la debilidad de sus enemigos, en nuestra propia debilidad.

ORIEL.

Te llamas débil despues de tantas victorias?

ESPARTACO.

Que ninguna puede ser definitiva.

ORIEL.

No te desesperes, ilustre vencedor de los vencedores de la tierra.

ESPARTACO.

¿Pues qué, no lo has visto.? ¿No has visto cómo son los esclavos? La servidumbre apaga la conciencia en su frio cerebro. La cadena los abruma hasta destruirles y extirparles el alma. No entienden lo que es la libertad. No sienten el placer purísimo de poseerse á sí mismos, de ejercer sobre su propia persona la autoridad, la jurisdiccion, el dominio que ejercen ahora nuestros amos. Para mí, toda nuestra sublevacion acababa el dia en que fuésemos libres. Con esta idea llevé los esclavos emancipados desde la Campania á los Alpes, para que tomando unos hácia el Oriente y otros hácia el Occidente, hubiéramos ganado los galos sus selvas, nosotros nuestras montañas. No habria placer semejante al placer de tornar libres las tierras que habíamos dejado al caer en la esclavitud. Los aires serian allí más puros, la luz más brillante, la naturaleza más vívida y más rica en el seno de la libertad. ¡Ah! los corazones endurecidos no sienten el amor á la pátria. Sus conciencias apagadas no tienen la idea del derecho. A ganar las montañas, á poseer el hogar, á vivir en comunicacion con la naturaleza, han preferido talar los campos, destruir las ciudades,

quedarse con grandes despojos, incendiar, matar. Yo hubiera querido que nuestra causa no costara más sangre que la sangre vertida en los campos de batalla. Hubiera querido que no fuéramos opresores por haber sido opresos; que no fuéramos perseguidores, por haber sido perseguidos; que limitáramos nuestra obra á defender nuestro derecho. Ahora, caidos en este abismo del Mediodia de Italia, de donde difícilmente saldremos, muy difícilmente, vamos á luchar con furia, con rábia, con la exaltacion propia de nuestra causa; pero, hermano mio, no lo dudes, no lo dudes, ¡ay! sin ninguna esperanza.

XI.

CLAUDIO(*en el campamento de Craso. Es de noche.*)

Cuidemos, como cumple á un buen tribuno militar, de este campo.

SEXTO.

Y todo es menester, tratándose de tan vil canalla, que ha salido de sus ergástulas como una manada de fieras.

CLAUDIO.

Imposible pernoctar sin fortalecernos grandemente contra todo asalto.

SEXTO.

Antes de ayer parecian exterminados, y ayer han vuelto con mayor furia.

CLAUDIO.

Hoy debe ser el dia decisivo.

SEXTO.

Me han dicho que Craso demandaba el auxilio de Pompeyo. Mal hecho.

CLAUDIO.

En algunos momentos creyó imposible vencer á los esclavos, si no venian prontamente en su socorro las legiones de España, de Africa, de Asia.

SEXTO.

¿Cómo gente de esa vil condicion, tendrá tanto valor?

CLAUDIO.

Son fieras, y es su valor el valor de las fieras.

SEXTO.

¿Has cuidado bien del campamento?

CLAUDIO.

Todo está en regla.

SEXTO.

Craso ha sido implacable con las legiones. Hacía mucho tiempo que no se usaba el expediente de diezmarlas.

CLAUDIO.

Tambien hacia mucho tiempo que no mostraban los soldados romanos un terror tan grande. Vigilemos.

SEXTO.

Está perfectamente concluido el cuadrado?

CLAUDIO.

Y cavado hondamente el foso que resguarda nuestras elevadas trincheras, seguro del águila romana.

SEXTO.

La tierra sacada del foso forma una grande

muralla que fuerte empalizada termina y corona?

CLAUDIO.

Ya he dado las órdenes para evacuar el campo antes de amanecer, puesto que el enemigo se halla cerca. Las cuatro puertas, pretoriana y decumana, derecha é izquierda, ofrecen bastante espacio al paso de las tropas.

SEXTO.

Veo que aún allá abajo trabajan los nuestros.

CLAUDIO.

Concluyen el camino de cintura.

SEXTO.

Todo el mundo está en regla. La vanguardia ocupa el frente. Tras de ella se eleva la tienda del general. Junto á la tienda del general, nuestras tiendas, las tiendas de los tribunos militares. Las demás fuerzas ocupan su sitio de ordenanza. Tanto mejor. El descuido del más pequeño detalle, puede costarnos, como otras veces, muy caro.

CLAUDIO.

Vigilemos. Ocupa el general su pretorio, y duerme profundamente. El Augur, despierto todavía, consulta los presagios del cielo á un lado del pretorio, mientras el cuestor cuenta al otro lado los próximos estipendios. Las doce tiendas tribunicias se hallan cerradas, con excepcion de las dos nuestras. Las tiendas están ordenadas legalmente, y distribuidas en seis columnas. Sobre la tribuna reposan, como en su nido, las águilas de las legiones. La vía quiritaria tiene los cincuenta pies exigibles, y separa en dos grupos el campo. La caballería ocupa sus alojamientos, y las vivanderas y los cantineros reposan sosegadamente en los arrabales del campo. Esperemos que mañana se empeñe la última batalla, y sea nuestra la última victoria.

SEXTO.

Mas parece que oigo rumor allá en el campamento enemigo. La primera luz del alba dora inciertamente el borde oriental de los cielos. La alondra sube desde su nido de barro á entonar allá por las alturas el cántico matinal. Apercibámonos.

XII.

ESPARTACO (*en su campamento.*)

Compañeros, oidme. La luz del nuevo dia debe alumbrar una gran victoria, si unís al valor de siempre la decision de no ser vencidos, sino antes muertos. El enemigo es poderoso, pero vosotros lo sois más; porque él, feliz, teme á la muerte, y vosotros, desgraciados, buscais la muerte como un consuelo supremo. Mirad qué general nos han mandado, un epicúreo, un avaro, que se ha enriquecido con los despojos de la guerra civil, de la guerra extranjera, y que conserva sus riquezas con legiones de esclavos continuamente oprimidos y atormentados por su sórdida codicia. Cara á cara con todos esos vicios repugnantes os hallais vosotros, hijos de la naturaleza, amamantados á los pechos de la madre tierra,

crecidos en la pura atmósfera de las montañas inundadas por purísima luz, vigorizados por la desgracia, reclamando la propiedad sobre lo más propio que puede tener el hombre, sobre la vida, sobre el alma, recibidas de los dioses. Luchad como habeis luchado hasta aquí, teniendo siempre en cuenta que es preferible, muy preferible la muerte á la derrota. El dia en que todos prefiriéramos morir á ser esclavos ¿qué habian de hacer nuestros señores? ¿Y no es más grata, más misericordiosa, más blanda esta tierra donde caemos muertos que esa ergástula sombría, húmeda, chorreando dolor y sobre todo vergüenza, en la cual sufrimos cien muertes cada minuto estando vivos? Soldados, á combatir con verdadera furia. Soldados, á buscar con nuestras armas el corazon de esos enemigos, eternos tiranos de nuestros hijos. Soldados, á vencer pronto, ó morir, y á apagarnos en una eternidad, que aunque fuera un sueño perdurable, un vacío eterno, la nada seria preferible siempre á nuestra deshonrosa servidumbre.

AGATHON.

Partámonos á la pelea. Toma, Espartaco, toma tu caballo.

ESPARTACO.

Pelearé con vosotros á pié; no quiero caballos. Vencedor, tomaré hermosos caballos de mis enemigos; vencido, no los necesito. El vencido solo necesita el caballo para la fuga; y yo os juro que no huirá Espartaco.

AGATHON.

Al combate, al combate.

ORIEL.

A buscar la victoria.

ESPARTACO.

O la muerte.

SOLDADOS DE ESPARTACO.

A la pelea, á la pelea.

XIII.

CINTIA (*en una eminencia desde la cual se domina el campo de batalla. A sus espaldas un gran precipicio*).

Dioses pátrios, escuchadme. Vosotros no habeis podido enviar un alma tan grande, como el alma de Espartaco, impregnada de vuestro aliento creador, bruñida en vuestra luz divina, para que se apague, para que se extinga en las tinieblas del Orco, sin dejar tras sí eterno reflejo en la vida universal. Oidme, oidme, oid á esta pobre mujer, que ruega por él, que para él impetra vuestro auxilio, el auxilio de aquellos génios de la montaña, que protegieron su cuna. Venid, venid, aunque sea invisibles, en alas de los vientos, sí, de aquellos vientos descendidos de las altas cumbres de Tracia; venid á pelear á su lado por la causa de la raza entera que os consagra su corazon y

os ofrece sus sacrificios. Si el crimen de esclavizar esa raza se consuma; si cada dia nuevos cazadores la merman; si el pueblo entero es trasladado desde las crestas luminosas de los montes á los abismos negros de la ergástula, ya no hay, ya no hay esperanza, no hay esperanza de que humanos lábios consagren á vuestro nombre una oracion, ni humanas manos ofrezcan bajo vuestros rústicos templos religiosos sacrificios. Vosotros que le habeis creado, mantenedle; vosotros que le habeis dado aliento para tanta empresa, acorredle; no le dejeis, no, desamparado; no me dejeis á mí solitaria en esta tierra. ¿Por qué digo esto? Yo no estaré, no, solitaria; yo en cuanto él no sea, no seré tampoco. Si vosotros no me arrancais la vida, me la arrancaré yo misma. Allá le veo; sus ojos despiden llamas, su aliento parece el aliento de la tempestad; en torno suyo caen los hombres, las enseñas, las lanzas como los árboles de un bosque á las embestidas del elefante furioso. Busca á Craso, lo busca con la agilidad del tigre. Cuantos obstáculos encuentra, destroza; cuantos hombres le salen al paso, derriba; cuantas fuerzas se le oponen, rompe, como si fuera su cólera un huracan desencadenado. Pero ¿qué veo? Le cercan, le alcanzan, le hieren,

ha caido. ¡Ah! los romanos avanzan, avanzan y pisotean su cuerpo. Los esclavos caen. ¡Desgraciados! Unos pocos huyen. ¡Cobardes! Si Espartaco huyera tambien, si á lo ménos se conservara para mí sola. Amor mio, huye, nos iremos á una caverna muy alta, donde no puedan llegar estos tiranos; ya no me oirá.

AGATHON (*despavorido.*)

Cintia, Espartaco es muerto.

CINTIA.

Y su esposa tambien. (*Se lanza por el precipicio.*)

XIII.

ORIEL (*en el campo de batalla. Es de noche.*)

¡Qué silencio! Al ruido estridente de la batalla, al choque de las armas, á los gritos de la cólera, á los ayes de los heridos, á los estertores de los moribundos, sucede esta calma pesadísima, esta calma de muerte. Solo se oye el grito del ave nocturna, ó el rechinar de los dientes del oso que ha bajado de sus madrigueras al olor de la carne fresca. Solo se ven algunas luces pálidas, verdosas, que andan de aquí para allá, que lucen brevemente, y que se apagan, como si fueran funerales antorchas salidas del seno de los profundos infiernos. Las nubes descienden tanto, pasan por tan cerca del suelo, que parecen venidas á recojer las almas de los muertos en sus flotantes sudarios. A veces el pálido rayo de la luna se abre paso á través de las nieblas amontona-

das, é ilumina con su luz mortecina los rostros de los cadáveres diseminados, sus varias expresiones, ya de terror, ya de cólera, ya de venganza, ya de alguno de esos infinitos matices del ódio, pasion predominante en la guerra. Yo te busco, grande entre los grandes, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires, yo te busco, sí, con el anhelo que la madre á su hijo perdido, para posar por última vez mis lábios en tu frente donde vibrará encendida la chispa de tu idea. Si yo fuera como tú, mortal, sino personificara en mi vida eterna el eterno dolor de la casta, por cuya redencion te has sacrificado, yo moriria junto á tí, yo pediria que mis huesos en la tierra se mezclasen con tus huesos. Hombres que temeis á la muerte, si viérais con qué ánsia la busco, y con qué impaciencia inútilmente la espero. Seria á mis ojos su blanco sudario como el velo de la desposada, y su cavernosa boca como los rizados y melífluos lábios de la casta vírgen de los primeros amores. El mundo no es para mí otra cosa que un desierto erizado de espinas, la vida corre para mí como un rio de hiel sin fuente, sin desagüe y sin riberas. ¡Oh, muerte, muerte, amiga única de los tristes! ¿por qué no vienes á consolar mis acerbas, mis profundísimas

tristezas.—(*Óyese un gemido.*) ¡Ah! ¿Qué voz oigo? (*Precipitándose sobre un cuerpo humano tendido á sus plantas.*)—Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO.

¡Ah!

ORIEL.

¿Vives?

ESPARTACO.

Muero.

ORIEL.

Mi aliento te infundirá nueva vida. Mi sangre alimentará tus venas.

ESPARTACO.

No, no.....

ORIEL.

Es imposible, hermano mio, que mueras.

ESPARTACO.

Imposible..... imposible... que viva.

ORIEL.

Como el fresco de la noche te ha vuelto el sentido, mi amistad te conservará la vida.

ESPARTACO.

Mi carrera está terminada; mi vida concluida. Por cada una de las infinitas heridas de mi cuerpo se escapa el alma.

ORIEL.

Si yo pudiera morir contigo. . . . . .
. . . . . ¡Ah! seria feliz.

ESPARTACO.

En verdad, el sueño es el alivio, y la muerte el remedio de la esclavitud.

ORIEL.

¿No crees que haya otro remedio?

ESPARTACO.

¡Oh! Sí..... sí..... lo hay, lo hay.

ORIEL.

No podias tú morir en la desesperacion.

ESPARTACO.

Muero, muero en la esperanza.

ORIEL.

Si así no fuera, ¿de qué serviria tu sacrificio? ¿Qué seria? Un grande esfuerzo sin resultado; un grande holocausto sin objeto.

ESPARTACO.

Yo veo algo, yo oigo algo, extraño, sobrenatural.

ORIEL.

Díme lo que ves en los reflejos de tu martirio.

ESPARTACO.

Levántame, levántame.

ORIEL (*lo incorpora*).

¡Oh todavía de pié, y el cuerpo es una pura herida.

ESPARTACO.

¿No ves nada?

ORIEL.

Nada más que los cadáveres amontonados y los lobos errando entre ellos, como sombras.

ESPARTACO.

El rayo de la luna que ahora besa nuestros rostros, ¿no dibuja nada á tus ojos?

ORIEL.

Nada mas que algunos ligeros reflejos en las armaduras y en las espadas rotas.

ESPARTACO.

¿El viento no murmura ninguna palabra en tu oido?

ORIEL.

Solo murmura un gemido.

ESPARTACO.

Pues yo veo nuevos patíbulos alzarse para el esclavo; nuevos circos abrirse para sus cruentas

peleas; nuevos tormentos cebarse en sus cuerpos; dolores nuevos en su alma. Y sin embargo, de pronto, el mundo se transforma. La sangre vertida en los campos de batalla fecundiza la naturaleza y fecundiza el espíritu. La proterva ciudad, que se ha prostituido á los reyes, que ha fabricado las ergástulas, que se ha divertido en los circos, rota, despedazada por nuestros descendientes, sin corona y sin cetro, caerá sobre un lecho de cenizas, para hacer penitencia por siglos de siglos, y penitencia cruentísima, de rodillas ante sus explotados esclavos. La cruz, el árbol por donde ha corrido nuestra sangre; la cruz, el patíbulo donde han muerto nuestros padres y morirán nuestros hijos; la cruz infamada, la cruz maldecida, se elevará, como un lábaro bendito, sobre las frentes y las espaldas encorvadas, derramando esperanzas, luminosísimas esperanzas, que prometan al esclavo, á cambio de su corona de espinas en la tierra, otra corona de estrellas en el cielo. Pero el esclavo no se contentará con esta lejana promesa. Una voz misteriosa le habrá dicho desde el sacro altar de un grande martirio, que es igual en espíritu y en esencia, en orígen y en destino, á los demás hombres. Y esta voz arrojará sobre su cuerpo inerte, acribi-

llado de heridas, abrumado por la impía coyunda, una idea pura, una idea inmortal. Al calor dulcísimo de esa idea, brotará un nuevo espíritu, y este espíritu será el esposo eterno de la naturaleza, y querrá en el seno de la naturaleza realizar la plenitud de su esencia, la integridad de su destino. Y el martirio será largo, y la redencion será lenta. En nombre de Dios le habrán al esclavo dicho que su alma es igual á las almas de los demas séres humanos; y cuando vaya á los templos á pedir el cumplimiento en la tierra de esta promesa divina, entre los fieles entregados á la adoracion de la Cruz, patíbulo del siervo; entre los coros que canten la exaltacion del humilde y el abatimiento del poderoso; en el seno de una religion que enseña el martirio, la muerte de un Dios por la redencion de un esclavo; el eterno siervo será vendido y comprado como una bestia, azotado hasta salpicar de sangre los mismos altares donde se conmemora el holocausto por su redencion. Y vendrán pueblos que salgan como nosotros de las selvas; que sean parientes nuestros por la sangre; hijos de la naturaleza, educados en la libertad; sin más idea que la apoteosis de la personalidad humana, sin más destino que matar el cesarismo romano, y sin embargo, con-

tinuarán la esclavitud. Pero un viento misterioso descenderá del cielo, y derramará en el espíritu de los hombres de Occidente la idea extraña de conquistar en Oriente misterioso sepulcro, que vacío, desierto, abandonado, tan sólo por haberlo henchido mil años antes con su cuerpo un mártir, será aún fecundo hasta producir de nuevo la libertad, en una guerra donde se mezclen las razas, y con las razas las castas, y con las razas y las castas todas las ideas, hasta que de tan divina infusion resulte necesaria é indispensablemente el espíritu divino de una nueva humanidad. Y el mundo que estaba atormentado por infinitos terrores, se erguirá como la flor, agostada por el sol, se levanta al dulce rocío del crepúsculo. Creia el mundo ver sus bases rotas, sus cielos desvanecidos, sus astros deshechos como pavesas, sus hijos reducidos á esqueleto, su sentencia final é inapelable escrita con caractéres siniestros en la inmensidad vacía; la muerte reinando en la alta cúspide del universo; la nada tragándose todas las cosas en sus negros ábismos; y entre tanto terror, que se asemejaba al suicidio de la humanidad, surge de nuevo la esperanza, pura, inmaculada, engendrando la primera encarnacion de la libertad. Entonces bro-

tarán ciudades encargadas de producir una nueva vida, como las abejas producen la dulcísima miel en sus colmenas. Y esta nueva vida descenderá hasta el insondable abismo, hasta la conciencia del esclavo. Y de las ruinas surgirá la diadema de las artes para el hombre transfigurado. Y la tierra se doblará, y se ensancharán y dilatarán los mares. Y al mismo tiempo que los mares se dilatan, dilataráse con ellos el espíritu humano, que adquirirá la plenitud de su conciencia. Y despues de la conciencia vendrá la razon libre, cargada de frutos, como antes la fantasía y el sentimiento se habrán cargado de flores al dulce calor de la nueva vida y de su fecunda libertad. Pero como el mal es incansable, tenderá al género humano nuevas asechanzas, y pondrá en la libre y emancipada conciencia nuevas sombras. Y en el mundo rejuvenecido, en ese mundo, en que es más nueva la luz y más vigorosa la vida, y más inmaculado el cielo, veránse entre los explendores de la naturaleza, como negros ataudes entre las alegrías de un festin, barcos que conduzcan nuevos esclavos, impíamente oprimidos y maltratados, más infelices aún que nosotros, los esclavos de Roma. Pero esta esclavitud será transitoria. No en mármoles, no en bronces, no

en ninguna materia que pudiera gastar el tiempo, sino en los senos inmortales del espíritu, se escribió, se promulgó la nueva ley de la vida, la nueva constitucion del género humano, la igualdad en el derecho, en la justicia. Y los últimos eslabones de la cadena del esclavo, se fundieron al fuego de las ideas. Y desaparecieron las ergástulas de la sociedad como sepulcros pestilentes, que envenenaban los aires. Y se asentaron los hombres, hijos de una misma madre, continuadores del mismo linaje, iguales en derechos, á la sombra benéfica del árbol sagrado, sacratísimo, de la justicia universal, una, como el sol. La guerra se acabará entre los pueblos, la marca de infamia y de vileza desaparecerá en el trabajo, la vida se tornará más luminosa y más bella; el espíritu humano más puro y más diáfano; el mal será como una sombra lejana, y cada hombre estará en comunicacion con todo el universo. En este dia sublime, dia de redencion definitiva y eterna, el pobre esclavo que ahora muere en el campo de batalla, maldecido por sus señores é ignorado de sus hermanos, será bendecido, exaltado, puesto entre los redentores de la humanidad emancipada. Y los padres enseñarán á sus hijos mi nombre. Y la historia recogerá mis me-

nores hechos. Y la poesía maldecirá á mis verdugos. Y cada lágrima de un esclavo emancipado, de un pueblo redimido, de un espíritu que se levanta á la vida, de una conciencia que se abre á la luz, cada lágrima de reconocimiento caida, hará palpitar de alegría mis huesos en su tumba. Y la sangre de mis venas será como la via láctea en las tinieblas de la noche; un reguero de ideas, de esperanzas, de consuelos, de nuevos y más hermosos mundos. Y subirá en espirales á lo infinito, como la nube de humo despedida por un sacrificio, este último aliento que se escapa de mis labios. Y tú, mártir, víctima, sér eternamente infeliz; tú, esclavo, serás por la libertad redimido. Mira, este es el consuelo supremo de mi agonía. Déjame ahora morir. Tiéndeme sobre el suelo. Cierra mis ojos. Deja, deja que me duerma. Cintia..... Oriel..... Hermano..... Esposa. Nos vere.....mos. Oriel..... Cintia..... Esposa..... Esclavos..... Libertad..... Esperanza..... Cintia..... Amor..... Re..... Redencion. (*Espira.*)

XIV.

ORIEL.

Crasso, Crasso, vuelves á Roma á recibir una ovacion, triunfo pequeño, honor fugaz, decretado á tu soberbia, por haber vencido un enemigo tan despreciable como el esclavo. Entras á pié en la ciudad, vestido con tu traje consular, envuelto en el manto con franja de púrpura, saludado por coros y flautas, ceñido á la frente el oloroso y bello mirto, el árbol de Vénus entrelazado con ramos de olivo, el árbol de Minerva. Dejas á tus espaldas veinte mil muertos, y enclavados en el patíbulo de la cruz diez mil esclavos. ¿Ves esa cruz maldecida, abominada? Pues esa cruz ha de ser en lo porvenir, ¡oh, vencedor! la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida.

JORNADA CUARTA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

LA AGONÍA.

I.

LA VOZ DE JOB *(en el desierto)*.

Yo, Jehová, te ofrecia sacrificios y holocaustos que eran aceptos á tus ojos. Tenia servidores fieles, manadas de camellos, ganados de bueyes y borregos, esposa casta, hijos queridos, hijas casadas, cosechas en el campo, abundancia en el hogar, honra entre los hombres, en el cuerpo salud, en el espíritu alegría. El mal era para mí palabra sin sentido: que no podia comprender, como siendo tú Dios, hubiera en el mundo ni en el cielo otro Dios poderoso, el Dios del mal. Porque de tí, Jehová, de tí solo puede venir el bien. Mas un dia los salteadores me robaron mi ganado lanar, los filisteos mis camellos, la peste mis

hijos, la miseria mi hacienda, el dolor la salud del cuerpo, la alegría del alma. Desnudo me encuentro, como salí del vientre de mi madre, y desnudo voy á caer sobre la tierra, como un puñado de estiercol. Mi cuerpo es una llaga desde la cabeza á los piés; y tosca teja me sirve para rascarme tanta lepra. De tí, Dios mio, venian los bienes que yo bendije; de tí la salud, de tí la alegría, de tí la abundancia. ¿Vendrán de tí tambien todos los males? ¿El mal y el bien pueden venir á un tiempo de Aquel que es todo-poderoso, y todo-bueno? Si todo-poderoso, ¿cómo no tienes poder para aniquilar el mal? Si todo-bueno, ¿cómo surge de tí algo contrario á tu naturaleza? El que nunca se ha separado de tus caminos, concluye por extraviarse. El que nunca ha vacilado en sus creencias, concluye por dudar y por caer. No se diga jamás que puede ser de nuestra voluntad obra el mal. ¿Qué daño ha hecho el niño inocente, traido sin consultar su voluntad á la vida, y al nacer, en cuanto la fria atmósfera le toca, llora, como si sér fuera sufrir, hasta que, despues de convulsiones sin número, y de penas inmerecidas, muere sobre una tierra que no conoce, cual un juguete quebrado por la arbitrariedad y por el capricho de un génio en delirio? El

problema del mal se ha levantado á los ojos de mis honrados vecinos, y solo han sabido romper sus vestiduras, rapar sus cabezas, ceñirse el sayal y el cilicio, quejarse á la inmensidad. Maldito sea el dia en que nací! Maldito sea el instante en que me engendró mi madre!

ORIEL.

¿Te quejas del mal? Si lo llevaras como yo mezclado en la sangre de las venas, en el aire del pecho, en la idea de la mente, en la vida y hasta en las sombras de la vida. Yo á nadie ofendí. Yo á ninguna ley falté. Yo no he pecado. Y los tiranos han lanzado sobre mis espaldas una cadena tan pesada como la tierra, tan larga como la eternidad.

CORO INVISIBLE DE ANGELES.

Nosotros venimos de lo infinito y podemos contestar, Oriel, á tus amargas quejas. Naciste en la inmensidad, al soplo del Eterno, con alas de luz, y cuerpo trasparente por donde discurria un alma inmaculada. Cuando viste la eternidad sin fondo ni riberas, cuando escuchaste el suave con-

cierto compuesto por los astros, cuando sentiste la idea increada como un calor benéfico derramarse por tus venas, cuando contemplaste á Dios, en vez de esa incomunicable alegría de la vida, expresaste pena intensísima por no haberte creado á tí mismo, por no haber sido tú el autor único de tu propia existencia. La creacion es obra inmensa. El ángel que quiso ser Dios, fué lanzado al mal, y el ángel que quiso ser creador de sí mismo, á la pena, al trabajo inacabable de la propia creacion. ¿Ves el grano de arena que en el fondo del agua se precipita y queda inerte? Pues ha costado su formacion siglos de siglos. ¿Ves la colina florida? Pues producirla, elevarla, sostenerla ha sido obra casi de una eternidad. Deseaste salir por tí mismo del no sér al sér. Caiste en el no sér. Tu voluntad, tu conciencia, tu sentimiento dejaron de pertenecerte, pasando á pertenecer á los tiranos. Has sufrido mucho. Has atravesado toda la tierra, toda la historia, sin hallar en el mundo un soplo de libertad, ni en el cielo una señal de misericordia. Pero has trabajado y has podido comenzar la obra jigantesca de tu propia creacion. El mal de que se queja el desgraciado Job, tiene su justificacion plena con sólo mirar el Universo. Y el mal de que te que-

jas tú es la obra de tu propia libertad. La redencion ha comenzado desde que ha comenzado el trabajo.

SATANAS (*surgiendo de negra nube.*)

¿Os quejais de mí? ¿Os quejais del mal? ¡Bellacos! ¿Qué sería sin mí la vida? Yo soy la ágria levadura de todas las cosas. Vuestros dias serian en su explendor horribles sin las noches; vuestros amores en su beatitud insoportables sin los celos; vuestras ciencias en su saber ridículas sin la duda. Para comprender lo hermoso, necesitais lo feo; para lo bueno, lo malo; para la vida, la muerte. Yo soy tan necesario con mis cuernos y mis pezuñas de macho cabrío, con mis alas de murciélago, con mis ojos de lechuza, con mi voz de tigre, con mi lujuria de mico y con todas mis maldades, tan necesario al Universo, como vosotros, ángeles del Señor, séres insípidos que vagais, eternos niños, de cielos en cielos, y de mundos en mundos, arqueológicos y anticuados como la ignara teología. Decid á vuestro Dios que yo me muero y vereis cómo al instante se muere él tambien, pues cada sér vive por su idea y cada

idea necesita de su contraria, como Dios de Satanás.

JOB Y ORIEL.

¿Será verdad que el mal es necesario?

II.

LA SOMBRA DE ESPARTACO (*en el campo de Filipos.*)

¡Oh, Roma! ¡infame Roma! Creias con la inmolacion de mis derechos conservar tu libertad. La venganza ha sido bien pronta, el castigo bien rápido. Tu libertad perece.

BRUTO.

¡Qué extraño rumor! ¡Qué sombrío fantasma!

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Bruto.

BRUTO.

¿Quién me llama?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Tu conciencia.

BRUTO.

¿Qué me quieres?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de tus prisioneros?

BRUTO.

He despedido á los ciudadanos diciéndoles que fueran donde quisieran, pero que á mi lado, en mi República hubieran sido libres.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de los esclavos?

BRUTO.

Los he sacrificado á todos.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Y eres tú el defensor de la libertad?

BRUTO.

¡Oh, dioses! Habeis abandonado á Roma, hogar del mundo, abandonando la libertad romana, honra y grandeza de la tierra.

VOLUMNIO.

¡Bruto! El águila de la primera legion apareció cubierta de abejas. Dos milanos se han perseguido ferozmente, y uno de ellos, el que estaba hácia tu lado, ha corrido en precipitada fuga. Un negro etiope se ha presentado en nuestro campamento. Todas estas señales son de funestos augurios.

BRUTO.

¿Pues no sabes que todo está perdido?

VOLUMNIO.

Han ganado nuestros enemigos la batalla?

BRUTO.

La han ganado.

VOLUMNIO.

¿Y qué va á ser de la libertad y de la República romanas?

BRUTO.

¿De la libertad? ¿De la República? Inútil empeño el nuestro. Su sangre fluyó, su alma se disipó con la sangre y con el alma de Catón, el último romano. La libertad ha muerto, y ha muerto la República.

VOLUMNIO.

¿Qué puedo hacer á tu lado?

BRUTO.

Nada más que sacrificarte inútilmente. Huye.

VOLUMNIO.

Quisiera morir contigo.

BRUTO.

Imposible. Válte de los piés para huir; yo me valdré de las manos.

ESTRALON.

Bruto, no resta ninguna esperanza. El feroz Antonio celebra su victoria en la tienda de seda. Sobre la mesa, llena de áureas ánforas, que rebosan vino, dejan caer sus ébrios seides las sienes ceñidas de flores que se entrelazan artísticamente con hojas de azafran. Tendido sobre lecho de púrpura como un sátrapa oriental, agitando en la mano ancha copa vaciada en una sola esmeralda, deja errar su voluptuosa mirada sobre los coros de doncellas griegas que entonan voluptuosa plegaria al vino y al amor, sobre los grupos de bailarinas gaditanas, que danzan al compás de la pandereta y de los crótalos, pidiendo con voluptuoso anhelo en su embriaguez rayana de la imbecilidad, más vino, y en su sensualismo rayano de la impotencia, más amor. Roma acaba de entregarse por completo al vicio y á los viciosos. El vicio la arrastrará á la servidumbre. No queda esperanza. Ha muerto la libertad; ha muerto la República.

BRUTO (*solo.*)

El aire trasparente, el cielo azul, en calma el

campo, las estrellas centelleando su luz suave, todo sonriente, todo sereno, desde los mundos hasta las luciérnagas, cuando mi corazon se parte en pedazos, y estallan mis sienes al recuerdo y al pensamiento de que ha muerto la libertad en el mundo. ¡Oh! Comprendo que en tu indiferencia, despiadada tierra, te bebas la sangre humana, te tragues los cadáveres y cubras tantos despojos de fresco verdor sembrado de flores que exhalan vida. Pero no comprendo que el vicio haya subido al trono del mundo y el sol suba á su trono de záfiros; no comprendo que la luz de tus estrellas se confunda con la luz de esas orgías; no comprendo que la libertad haya muerto y tú vivas; no comprendo que una nube te oscurezca y no te oscurezca el crímen, que una ráfaga del huracan te agite y no te agite ni te conmueva la infame tiranía. ¿Para qué os abris así, estrellas, á la manera de inmortales retinas? Para ver nuestra infamia y nuestra servidumbre; para cercioraros de que se oye el ruido de las cadenas donde antes se oia el rumor de la elocuencia; para testificar á los cielos y á los dioses que el Senado romano es una mancebía, y Roma, la diosa de la tierra, una manceba, no ya de César muerto á mis manos, del bárbaro Antonio y del vil Augusto.

Yo queria resucitar la antigua virtud y el antiguo valor; recomponer la tribuna de los rostros para que la ocuparan los oradores en vez de los retóricos; vigorizar las leyes borradas por las conjuraciones de tantos traidores; volver á los tiempos en que nuestro arado abria el seno fecundo de los campos y nuestra República iluminaba con el sol los inmensos cielos. Con este pensamiento, entre César, mi protector, y Pompeyo, mi enemigo, opté por Pompeyo, en cuya persona veia yo la personificacion de la libertad. Con este pensamiento, corrí á Farsalia y peleé junto á los mios, hasta que nos abandonó la fortuna. Con este pensamiento asesiné por mi propia mano á César. Con este pensamiento me levanté despues en armas, y vine hasta los campos de Grecia, en pos del heroismo y de la libertad. Nada he podido, nada, contra el ciego implacable destino. Mis esfuerzos mayores se han vuelto contra mí mismo. Los últimos romanos han muerto en esta noche tan riente para los ojos de carne, tan siniestra para los ojos del alma. Gemidos de los moribundos, pisadas de los fugitivos, miasmas de los muertos, quien huye, quien agoniza, quien muere verdaderamente en vosotros, últimos ciudadanos, es la República. Esta noche será siempre tenida por la

última noche de un mundo. La tierra no podrá llevar, sin podrirse, el inmenso cadáver de la antigua Roma. En cuanto á mí, solo me resta una cosa, morir por mi pátria, morir por la República. Sea mi sepultura tan profunda, la leña con que abrasen mi cadáver tan voraz, que mi sombra, sorda á todas las evocaciones terrestres, no reaparezca jamás por esta infame ergástula. Ni palabras mágicas, ni plegarias religiosas, ni conjuros puedan atravesar jamás el Letho, para ir á despertarme en el abismo, cuando caiga allí abrazado con mi eterna esposa, la muerte. Abomino de todo cuanto he visto. Abomino de la vida. Quiero, invoco la nada. (*Clava el pomo de su espada en tierra y se lenza sobre la punta, traspasándose el pecho y muriendo instantáneamente.*)

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¡Ah! Murió la República y con ella murió la libertad. De aquel tribuno que llevaba en su mente el derecho romano, y en su inteligencia la idea estóica, sólo quedará un puñado de cenizas que disipe, que desvanezca el viento. Bruto, no te merecia Roma. Tus conciudadanos habian olvidado sus leyes, y la majestad de sus antiguas

magistraturas. Los aromas del Oriente trastornaron sus cabezas; la molicie de la dominacion enflaqueció sus corazones. Ya sólo pueden servir como los eunucos de Asia. Ya sólo pueden disputar por quién será su amo, quién será su rey. Enflaquecidos, extenuados, la corona de sus derechos es demasiado abrumadora para sienes acostumbradas á las flores. El licor de la libertad no los embriaga, como los embriaga el vino encendido de Palermo. La libertad es, como el agua clara, la bebida de los fuertes. Dormid, roncad, romanos, en vuestros lechos del festin. Cantad, danzad como mujeres. El arpa os cuadra más que la espada. La argolla os sienta mejor que la libertad. El látigo debe cruzar vuestros rostros teñidos con los afeites de las prostitutas. Servid en buen hora, servid de comparsas á los Césares, ya que no habeis sabido ser compañeros de los tribunos. ¡Oh! el esclavo ve desde las regiones de su inmortalidad vuestra afrenta y cree que la habeis merecido. Si teníais por fundamento de todo vuestro poder la servidumbre ¿cómo aspirar á la libertad? Si estábais confundidos con los esclavos, ¿cómo queríais que no se os pegaran sus cadenas? Las frutas sanas se mezclan con las podridas, y adquieren la podredumbre. El esclavo ha des-

truido vuestra libertad. Si el dia en que me levanté de mi gemmonía hubiérais tenido ánimo para seguirme, en vez de aplastarme, no muriera, no, vuestra República. La libertad es una palabra vacía de sentido si no la llena y la completa la igualdad. Me despreciasteis, me heristeis; casi se desvaneció un alma que aspiraba á ser libre, y se llevó consigo vuestras almas, y acabó vuestra libertad. ¡Oh, Roma! te ha herido la esclavitud.

III.

ORIEL (*en Egipto.*)

Esta es la tierra del misterio y de la muerte. ¿Qué huracan me ha traido á su seno? Miro sus jeroglíficos, y no los comprendo. Interrogo sus esfinges, y están mudas. Giro en todas direcciones los ojos, y columbro colosales monumentos que en realidad son colosales sepulcros. Esas magníficas pirámides, que semejan á montañas talladas, cuyo peso apenas puede soportar la tierra, contienen bajo las moles abrumadoras sólamente restos de reyes. Nada habla aquí de la vida. Yo habia recorrido otras tierras, habia tocado con mis profanas manos otras aras, habia sentido caer sobre mi inteligencia la lluvia de otros pensamientos. Pareciame que el calor de nueva vida se derramaba en mis venas y que al contacto de otros

espíritus mi espíritu oprimido sentía el comienzo de su redencion. ¿Quién me ha traido aquí?

SATANAS (*surgiendo del seno de la tierra.*)

Yo.

ORIEL.

¿Quién eres tú que apenas te conozco, y que tanto me repugnas?

SATANAS.

Yo me defino á mí mismo poco más ó ménos como los dioses. Yo soy quien soy. Pues ahí es moco de pavo una definicion. Como he asistido á las áulas de los retóricos y de los sofistas, como soy tambien un poco retórico y un poco sofista, sé cuán difícil cosa es siempre definir.

ORIEL.

¿Y por qué me has traido aquí?

SATANAS.

Porque yo soy el mal.

ORIEL.

¿Y cómo hasta hoy no te he encontrado?

SATANAS.

Pues me has sentido mil veces.

ORIEL.

¿Cómo, dónde?

SATANAS.

En el hierro de tu cadena, en la sombra de tu ergástula, en la hiel de tu amargo pan, y en el fondo de tu eterna servidumbre.

ORIEL.

Invisible á mis ojos ántes, sólo recuerdo haberte visto una vez en el desierto, y ahora.

SATANAS.

El mundo va envuelto en una atmósfera de ideas. Todas estas cosas que ves tan de relieve al sol deslumbrante del Africa, tienen su sombra en otra region más alta y más extraña, que se llama la inmensa region del pensamiento. El Universo entero está allí en espíritu.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Cuando estabas en Asia, estabas en la tierra de la indiferencia, entre el bien y el mal; en la tierra de la divinizacion universal, donde el hombre, inocente como un niño, todo lo cree bueno y en todo ve la divinidad.

ORIEL.

Continúa.

SATANAS.

Cuando estabas en Grecia y en Roma, estabas entre gente moza y alegre, que hasta de los males ha hecho dioses hermosos y rientes.

ORIEL.

¿Y ahora dónde estoy?

SATANAS.

¿Creias por ventura que el mundo era una línea recta? ¿Creías que despues de tantos y tantos

siglos de esclavitud, bastaba haber oido en una Academia de Atenas, en un campamento de Roma, la palabra libertad para que inmediatamente se fundieran tus cadenas? Has llenado el tiempo, has recorrido la tierra, eres uno con la historia, posees la ciencia de las ciencias, el dolor; y aún te desconoces á ti mismo y desconoces á los demás hasta el extremo de ignorar lo eterno, lo omnipotente, lo universal; mi sér de donde surgen todos los males.

ORIEL.

Pero tú ¿quién eres?

SATANAS.

Vivo en tí eternamente y no me conoces. Si alguna vez te has reido del infortunio, yo soy aquella carcajada. Si alguna vez has apetecido la desgracia ajena, yo soy aquel deseo, yo soy aquel apetito.

ORIEL.

Apenas comprendo tu existencia.

SATANAS.

Como el pobrecillo Job.

ORIEL.

¿Qué necesidad tiene de tí el mundo?

SATANAS.

Quizá no sea yo en el Universo; pero soy en la inteligencia.

ORIEL.

Ahora te comprendo ménos.

SATANAS.

Pues habiendo pasado por Grecia habrás visto muchos filósofos.

ORIEL.

Ciertamente.

SATANAS.

Y al fin de cuentas ninguno es tan claro como yo.

ORIEL.

Explícate mejor.

SATANAS.

Llamais á vuestrá inteligencia, infinita, absoluta, eterna. El hombre es el eterno borracho de los mundos, tan ébrio de orgullo, como abrasado de lujuria. Cree su inteligencia absoluta, y esa pobre inteligencia no puede afirmar una idea sin que inmediatamente surja su contraria. En el mismo vaso donde bebes el amor va mezclada la muerte. Y como en vuestras largas investigaciones habeis llegado los hombres, para ser libres, al dios personal del bien, ha surgido de vuestra misma fantasía, como una inmensa sombra, el dios personalísimo del mal. Yo soy la araña de sombras en cuyas patas van como engarzados los topacios de los mundos. Yo soy el bufon con cascabeles que salta tras el sublime trono del Eterno. Y para que nada me falte, yo soy político y poeta. Con mi política vuelvo tonta una mitad del género humano, y loca la otra mitad con mi poesía. Yo soy el diablo; y á mí se darán quince veces por dia todos los mortales desde que les

duelan las muelas por cualquier cambio de temperatura hasta que les abrase el amor por cualquier razon te temperamento. Yo soy la nata y flor (*cantando y riendo.*)

ORIEL.

Mas á lo ménos díme por qué me has traido aquí.

SATANAS.

Muy pronto voy á decirte el por qué y muy claro.

ORIEL.

Acaba.

SATANAS.

Así sois los hombres. En el deseo está la felicidad y en la satisfaccion del deseo está el desencanto, el desengaño. Y sin embargo, teneis febril impaciencia por llegar á la satisfaccion de todos los deseos que es tanto como llegar á todos

los desengaños. Trabajos inacabables de ciencia para llegar á saber que surgísteis de la tierra como los hongos y que teneis por toda ascendencia los monos. Luego sois una máquina. Y vuestro pensamiento, esa idea creadora que es la luz de la luz, el alma del Universo, vuestro pensamiento queda reducido á una secrecion de la cabeza como la cerilla de vuestros oidos ó como los mocos de vuestras narices.

ORIEL.

Hablador estais.

SATANAS.

¿No ves que yo soy el principio de contradiccion? ¿Han crecido ciertas ideas? Pues yo he crecido tambien con ellas. El aumento del bien, cosa baladí. Al cabo se ha de resolver en el aumento del mal como la creacion entera se resuelve por la muerte y por la putrefaccion ¡ay! en inmenso monton de estiércol.

ORIEL.

¿Pero acabarás alguna vez de decirme por qué me has traido aquí?

SATANAS.

Parto sin dolor, imposible. Tambien imposibles revoluciones sin reaccion.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Atenas habia llegado hasta la unidad del espíritu, y Jerusalem hasta la unidad de Dios. Si estas dos unidades se juntan en el hombre por medio de Roma, la redencion está hecha, la igualdad promulgada en las conciencias, el esclavo emancipado, y yo me quedo como un trasto viejo en las bohardillas de la inteligencia, objeto de compasion más que de ódio.

ORIEL.

¿Y qué has pensado para evitar eso?

SATANAS.

¿Qué he pensado? Cosa difícil es. El esclavo ha trabajado mucho, y el trabajo es un principio

de redencion casi incontrastable. He pensado en deshacerlo todo. A Jerusalem ya me la tienen apresada los fariseos, y á Atenas los sofistas. He tentado á Roma para que se convierta de una ciudad de legisladores en una ciudad de pretorianos. Y he encerrado el alma de Asia, que se evaporaba y se perdia en el breve y lindo cuerpo de una prostituta con corona. Y el pretoriano de Roma caerá en los brazos de la prostituta de Asia. Y este contubérnio debe celebrarse en la tierra de los misterios, que arrojarán sus sombras sobre la inteligencia emancipada; en la tierra de la muerte, que envenenará hasta el alma de Roma.

ORIEL.

¿Y..?

SATANAS.

Y el esclavo olvidará todo lo que ha aprendido; retrocederá en todo cuanto ha adelantado, y volverá á ser el pária del Oriente confundido como un feto con las entrañas de la naturaleza. Y no volverá esa idea de la justicia á vislumbrarse en

la inteligencia, ni esa idea de la libertad á penetrar en la razon humana. El hombre volverá á su sueño eterno. Para esto no hay cosa como una reaccion á tiempo.

IV.

LOS DIOSES GRIEGOS Y ROMANOS (*sobre las pirámimides de Egipto.*)

Tenemos frio. Un viento helado penetra en nuestros templos. El fuego del sacrificio se apaga en el ara. Los creyentes no vienen á las ceremonias. La Pitonisa de Delfos ha enmudecido. En cambio se ha levantado por las riberas de Parthenope, la Sibyla de Cumas, anunciando que se acerca un Dios único, superior á la naturaleza, el Dios del espíritu. Madre tierra, ¿no te defenderás? ¿Dejareis, ¡oh estrellas! qué os arrebaten vuestros génios; dejareis ¡oh arroyos! que perezcan vuestras ninfas; dejarás ¡oh mar Mediterráneo! que las ondas escupan á la orilla los yertos cadáveres de tus divinas sirenas? Aquí venimos, á la tierra de los misterios, en pos de un filtro para prolongar nuestra vida. Aquí, donde

todos los dogmas de la teogonía asiática se reunen; aquí donde todos los misterios se esperan; aquí donde reina la muerte, encontraremos el veneno que mate á nuestro gran enemigo. Levántate, espíritu eterno de la Naturaleza; levántate, alma eterna del Asia.

LA SERPIENTE ASIATICA.

Yo tentaré al romano que tiene la fuerza y que esgrime las armas. Yo me enroscaré á su cuerpo. Yo silbaré palabras venenosas en su oido. Yo me deslizaré en su lecho. Yo le arrastraré á destruir esa Roma que hace de su espada el arado con que se abren surcos profundísimos en la conciencia humana, para sembrar la nueva idea de que surgirá el nuevo Dios. Yo renovaré la tentacion del Paraiso, y el hombre volverá á caer en la tierra hechizado por la magia de nuestra hermosura y de nuestro prestigio.

LOS DIOSES.

Apresúrate, porque enardecidos en el nuevo espíritu, se levantan á romper sus cadenas los esclavos; y el dia que se quiebren esas cadenas en

sus brazos, se quebrarán tambien estas coronas en nuestras espaciosas frentes. ¡Sús contra el romano!

(*La serpiente toma la forma de Cleópatra.*)

V.

ANTONIO (*á las orillas del mar egipcio.*)

¡Qué impaciencia! En el vasto horizonte no se descubre el cortejo que debe acompañar á Cleópatra. ¡Amada mia! Lejos de tí la vida es imposible. He olvidado á Octavia, la hermana de Augusto, la madre de Marcelo, la más admirable matrona de Roma, por esta hija del desierto, cuyos ojos fascinan como la serpiente, cuyo aliento embriaga como el vino, cuyo amor abrasa como los vientos del Africa, y cuyo orígen es celeste como los manantiales del misterioso Nilo. Por verla una hora antes he dejado en mi camino, á mis espaldas, muertos, ocho mil hombres sin apenarme, sin conmoverme siquiera. Más hubiera sentido la muerte de un caballo ó de un perro. Y llego, y no la encuentro. Me atormenta, me atenacea la impaciencia. Ardo en amor. Toda mi

vida es deseo de verla, de estrecharla en mi ardiente seno, contra mi corazon que se rompe en mil pedazos. Parece mi sangre plomo derretido. ¿Cómo no vienes cuando te llamo con tanto imperio? ¿Cómo no me oyes cuando mi voz debe llegar hasta las estrellas? ¿Cómo no te apiadas de mí, de este soldado reducido por tu amor á la triste condicion de un niño, cuando mis quejas partirian el pórfido de tu palacio? Distraigámonos en los banquetes.

LOS ESCLAVOS GRIEGOS.

Aquí tienes apercibidos los manjares y los vinos mejores del mundo.

ANTONIO.

Todo me parece insípido en su ausencia.

CORO DE DONCELLAS GRIEGAS.

Cantemos á Baco. Sobre los bosques de mirtos y de adelfas, bajo las argentadas gasas de la luna, vuelan, como legion de pintadas mariposas ó de zumbadoras abejas, los ecos de los crótalos y de

los címbalos que forman suaves armonías en loor de la vida. El tirso cubierto de pámpanos, la corona entrelazada de yedra y de verbena, los leopardos tachonados como el horizonte, los racimos de ámbar, las ánforas con sus graciosas asas, el címbalo. . . . . .

ANTONIO.

Callad, callad. Todo me cansa. Vuestros cantares, que tanto me exaltaban ayer, hoy me hastian como ese áureo vino de Falerno me parece ágrio, ni más ni ménos que si fuera vino de las Gálias; Esclava griega, cantora de Corinto, cuéntame algo de nuestros dioses que me consuele de la ausencia de mi diosa.

LA ESCLAVA.

Era el tiempo en que, retirados los mares de una gran parte de la tierra, el limo depositado en los hondos valles comenzaba á fecundarse á los rayos del sol, brotando varios séres, como en Egipto, al retirarse ese Nilo que desagua por siete bocas, brotan animales informes, de varios organismos, hijos del agua y del calor, que tie-

nen mucho del barro donde surgen y mucho de vida animada, anillos intermedios en los eslabones de la inmensa cadena de la vida. Allí, en la primitiva tierra, se levantó de la corrupcion universal la serpiente Pithon, persiguiendo y devorando á los demás animales, hasta que el Dios de la luz, el hermoso Apolo, acertó á herirla con sus flechas y la dejó exánime, derramando por tierra sangre y veneno. Con la victoria sobre la serpiente creció tanto el orgullo del dios que, habiéndose encontrado un dia á Cupido, burlóse de ver el grande arco en manos de tan menudo y lascivo niño, y le conjuró á dejar esas peligrosas armas y á entretenerse con más baladies y frágiles juguetes. Irritado Cupido, juró vengarse, y aguzó dos clases de flechas: unas que inspiran amor y otras que inspiran, por el contrario, ódio en la persona amada hácia la persona amante. Las flechas del amor fueron á dar al corazon de Apolo y las flechas del ódio al corazon de Dafne. Así es que Apolo ama á Dafne y Dafne ódia hasta el nombre de Apolo. Emula de la cazadora Diana, doncella y casta, celosa de su virginidad, gusta, como las frescas auras, de errar solitaria por los campos, y como la gallarda gacela de perderse en el fondo de los bosques. Los jóvenes,

al verla pasar, se sienten heridos por su hermosura y le ofrecen el corazon y la vida. Pero orgullosa ella, los desdeña, y prefiere su soledad á los nudos con que á los mortales el Dios Hymeneo esclaviza. Muchas veces su padre, el rio Peneo, le habla de la tristeza de su vejez, de la soledad de sus grutas, y le dice que su Dafne le debe un yerno, y algunos nitezuelos. A estas palabras los ojos de Dafne se bajan púdicamente y el rubor se sube á sus megillas, acrecentando su hermosura. «Padre mio, exclama la doncella, déjame conservar mi virginidad; Júpiter concedió esta gracia á Diana.» ¡Ay! cómo se oponia su belleza á sus deseos. El padre respeta los votos de Diafne; mas Apolo no puede respetarlos, porque no es libre en el exceso de su amor. Y en cuanto el Dios se presenta, huye la ninfa con la celeridad del viento. «Detente, hermosa, tan hermosa como ingrata, detente á mi voz que ha cautivado á las Musas. ¿Tanto te va en atormentarme? Soy jóven, soy vencedor, soy fuerte y como amante rendido te busco. Cuida de no caerte en tu rápida carrera; cuida de no clavarte las estrías de las rocas ó las espinas de la zarza en el ampo de tus níveos piés. La oveja huye al lobo, la ternerilla al leon, y al ver el águila se esconde la

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

tímida paloma: todas se esquivan al ódio y tú solo al amor. Sin duda no sabes de quién huyes; pueblos ilustres obedecen mis leyes; Júpiter es mi padre; mis labios revelan los misterios de lo pasado y los secretos de lo porvenir; el verso y el cántico es mi obra, la lira mi atributo, la luz mi alma, y conozco la ciencia de la medicina y la virtud oculta de las plantas. ¿Pero hay alguna por ventura que cure el amor? Mi arte á todos útil, solo es inútil para mí.» Y diciendo estas quejas, sigue, y sigue á la ninfa, y ve sus ojos brillantes como estrellas, su boca roja como el rosicler, sus blancas manos y sus desnudos brazos, adivinando estático las gracias que se ocultan pudorosas entre los pliegues de su túnica. Los cabellos de Dafne esparcidos sin arte, perfuman é iluminan los aires; y Apolo se consume de amor como las secas cañas abrasadas por voraz incendio. Mas á medida que su carrera crece ¡ah! crece tambien la rápida fuga de Dafne. No corre el perro galo tras la liebre, no corre aquel por su presa y ésta por su salvacion; no alarga aquel su cuello y abre su boca y muestra sus dientes y ésta se esquiva á las asechanzas y burla astuta la carrera de aquel, como Apolo corria tras de Dafne, y Dafne burlaba á Apolo, impul-

sado éste por el amor y aquella por el miedo. Sostenido en su raudo vuelo por su esperanza, el dios se acerca tanto, que su aliento orea el rostro y agita la cabellera de su amada. Exhausta de fuerzas, falta de aliento, próxima á rendirse ¡ah! se cree perdida la mísera fugitiva ninfa, y vuelve sus encendidos ojos á la mansa corriente del Peneo. «¡Ah!, le dice, si es verdad que como rio participas del poder de los dioses, acórreme en mi desventura ¡oh padre! Y tú, tierra, que has visto el funesto encanto de mis gracias, ó ábrete y trágame, ó cambia esta hermosura que ha sido mi desgracia.» Apenas dijera estas palabras, su transformacion comienza instantáneamente; se detiene su carrera, se endurecen sus carnes; ligera corteza de ténue leña se prende á su turgente seno; sus brazos se alargan en forma de tronco, sus cabellos verdean en forma de ramas; sus piés, antes tan veloces, se arraigan en el suelo por medio de raices, y donde ostentaba la esfera de su cabeza incomparable, abren sus corolas delicadísimas rojas flores. Apolo llega, abraza el arbusto, besa sus hojas y siente bajo su corteza palpitar aun el corazon de Dafne. «Ya que no puedes ser mi esposa, exclama, sé mi árbol favorito: que desde este momento tus ramas coro-

nen mis sienes, mi lira, mi carcaj. Tú serás el ornamento de los poetas de Grecia, cuando vayan á los juegos phíticos á cantar la victoria de los más diestros en manejar el caballo y guiar el carro; tú serás tambien el ornamento de los guerreros del Lacio, cuando vuelvan triunfantes al Capitolio; quiero que tus lustrosas ramas gozen de una eternal primavera.» Este es el orígen del laurel salvaje, de la florida adelfa, que ama la sombra y huye al sol, que brota en las orillas de los rios, y es ornamento de las regiones donde nacen los héroes y los poetas.

ANTONIO.

Te oí encantado, sin respirar ni un momento. Mas ¿por qué referirme historias de desdenes y de sufrimientos de amor? ¡Oh! Si Cleópatra huyera de mí, como Dafne de Apolo, yo la mataria en su carrera, y me mataria despues; y ya que no pudiéramos dormir en el mismo lecho dormiriamos en el mismo sepulcro.

LAS ESCLAVAS.

Cleopatra no podría jamás esquivarse á tus caricias; ¡porque te ama tanto!

ANTONIO.

Me ama y no llega.

LAS ESCLAVAS.

No puede tardar. Confía y espera.

ANTONIO.

Todos esos manjares me disgustan.

LAS ESCLAVAS.

Confórtate.

ANTONIO.

No puedo. Ese vino me parece vinagre.

LAS ESCLAVAS.

Sosten tu ánimo.

ANTONIO.

No puedo comer.

LAS ESCLAVAS.

¿Dónde vas?

ANTONIO.

Voy á la ribera.

LAS ESCLAVAS.

¿A qué?

ANTONIO.

A ver si llega mi Cleópatra.

LAS ESCLAVAS.

Ya llegará pronto.

ANTONIO.

Le regalo esta copa de oro, en que han bebido los dioses, á quien me señale pronto la primera aparicion de mi amada en el horizonte (*se oye una suave música*).

LAS ESCLAVAS.

Se acerca la reina.

ANTONIO.

Me parece mentira. Gracias, dioses inmortales, gracias.

VI.

ANTONIO.

Cleópatra.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Creí no volver á verte.

CLEOPATRA.

Antes cieguen tus ojos, tigre mio.

ANTONIO.

Dáme un beso.

CLEOPATRA.

Mil besos.

ANTONIO.

Yo pasara mi vida besándote.

CLEOPATRA.

Gloria mia, mi orgullo.

ANTONIO.

Deja que vuelva á contemplarte.

CLEOPATRA.

Antonio, Antonio mio.

ANTONIO.

¡Cuántos besos necesitaria, no ya para satisfacer, porque eso es imposible, para calmar mi avidez! Antes se contaran las arenas de los desiertos de Libia y las estrellas de los cielos de Egipto.

CLEOPATRA.

Vivamos, vivamos para amarnos, y no temblemos ni ante la vejez ni ante la muerte. Que nuestros ojos brillen como el sol encendidos por el fuego de éste amor. Que nuestra vida sea una embriaguez contínua. Hagamos de la tierra el lecho de nuestros placeres. Guerra eterna al dolor.

ANTONIO.

Si no te amo con amor voracísimo hasta el postrer suspiro, que me olviden los manes de César, que renazca y me insulte la lengua de Ciceron, que me gane en poder el torpe y debilísimo Octavio, que me abandonen mis tenientes, y me venzan los parthos.

CLEOPATRA.

Cantad, jóvenes cantoras, un epitalamio, porque al ver á mi Antonio, creo encontrarme en el dia primero de las nupcias y de los amores: tan grande es nuestra pasion, y tan varios y siempre nuevos nuestros goces.

CORO DE DONCELLAS.

Hijo de la luminosa Urania, habitante eterno

de la risueña colina de Helicon; el de las guirnaldas de mejorana, el de los áureos borceguies; oh Dios del Himeneo, inmortal cantor de las nupcias y de los amores, que llevas en tu mano la resinosa antorcha, y brillas y hueles como el florido oloroso mirto en las sacras riberas del Asia; baja de tu roca de Thespia, deja tu gruta aonia, aparta tus lábios de la aganipea linfa y ven, presidido por la Venus púdica, rodeado de hermosísimas y jóvenes mancebas; ven de promontorio en promontorio, al conjuro de nuestros acentos, á unir estos dos esposos tan estrechamente como se unen la tierna parra y el erguido olmo, la fresca yedra y el robusto roble. Entra con buen pié en su palacio, trae en las manos tu velo, é incita al amador á que se incline sobre el lecho de marfil y púrpura, cayendo su mirada en el seno de la esposa como los rayos del sol en la tierra aterida, ó como las gotas de rocío en la flor sedienta. Sea más fácil contar los corales del mar de Erytrea que sus besos. Y de tantas delicias surjan graciosos pequeñuelos, reproduciendo la hermosura de la madre unida á la fuerza del padre, para que tiendan desde el materno seno de la diosa los brazos al héroe que les ha dado la vida, y sean ornamento del suelo, envidia de las

estrellas, sosten de Roma, y de Egipto gloria.

ANTONIO.

Dejadnos solos. El amor gusta de la soledad, como la fiera del desierto. Repartíos esas copas de oro cinceladas en Grecia; esas perlas escupidas por el mar de la India, en celebridad de mi amor y mi ventura.

VII.

NIGER.

Gréculo.

EL GRECULO.

Mensajero.

NIGER.

Necesito ver á Antonio.

EL GRECULO.

Duerme todavía en brazos de Cleópatra.

NIGER.

El soldado de los soldados se ha vuelto un ri-

dículo mancebo. Era de hierro y lo han hecho de pasta. El dia ménos pensado pasa de general á prostituta.

EL GRECULO.

Si te oye, no doy un as por tu cabeza.

NIGER.

El sol sube ya en el horizonte.

EL GRECULO.

Y el sueño quizá baje ahora sobre sus párpados.

NIGER.

¿No están hartos el uno del otro?

EL GRECULO.

¡Hartos! Ayer tarde, al crepúsculo, cuando la estrella vésper aparecia como si surgiera de los senos del mar, mandaron que les cantasen poéti-

cos epitalamios, cual á castos novios, y se recluyeron y se acostaron temprano, diciendo que tenian aquella noche por la noche primera de sus bodas.

NIGER.

No me hagas reir, porque de rabia me estalla el pecho. No le conozco. Ese hombre no es aquel que venció en Syria y que conquistó el Egipto. Su frugalidad espartana se ha convertido en bárbara glotonería; y la espada de Filipos en rueca donde hila sus vertiduras la infame reina de Egipto. ¿Y ese es el descendiente de Hércules? Más bien parece el siervo impuro de escandalosa mancebía. Sus manos que tuvieron bastante fuerza para levantar la corona de los antiguos reyes y ceñirla á las sienes de César, apenas podrán sostener ahora, enflaquecidas por el placer, las trenzas de Cleopatra. El que yo ví en la Galia cisalpina, durmiendo sobre el duro suelo, sin más amor que el amor á Roma, alimentado por racimos de uva, y apagando su sed, no en aguaclara, sino en agua cenagosa, ahora se viste de seda y oro, se ciñe corona de sésamo y de mejorana, se tiende en cogines de púrpura, y pasa

sus dias en fiestas orgiáticas, y sus noches en placeres inmundos.

EL GRECULO.

Parece que llama.

NIGER.

Y si no llama, le despertaré yo.

EL GRECULO.

Guárdente de ello los dioses.

NIGER.

¿Por qué?

EL GRECULO.

Porque te mataria.

VIII.

ANTONIO.

¿De dónde vienes, Níger?

NIGER.

Vengo de Atenas.

ANTONIO.

¿Cómo te has dejado las riberas de Grecia por estas riberas?

NIGER.

Me ha obligado el deber.

ANTONIO.

¿A quién buscas?

NIGER.

Busco á Antonio.

ANTONIO.

Aquí me tienes.

NIGER.

Francamente, al verte en ese traje; al ver la palidez de tus mejillas, el morado círculo que rodea tus ojos, la lívida color de tus lábios, la debilidad de todo tu cuerpo, nadie diria que eres Antonio.

ANTONIO.

¿No es verdad que en vez de parecerme á Hércules me voy pareciendo á Octavio? Casi, casi me creo digno del puesto que acepté con resignacion, y que guardo con avaricia; el de alzarme á su lado en esta division del mundo, en que él y yo hemos arrojado reinos como quien arroja dados sobre un tablero, y nos hemos repartido provincias, como quien se reparte los despojos de una víctima despues del sacrificio.

NIGER.

Dejémonos de bromear y vamos al objeto de mi mensaje.

ANTONIO.

Habla.

NIGER.

¿Te acuerdas de que tienes una mujer?

ANTONIO.

Ya sabes que me casé por razones políticas y que las razones políticas no suelen ser alimento nutritivo para el amor.

NIGER.

¡Oh! El mundo entero te arguye de cruel por tu proceder con la casta matrona, digna imágen de nuestra diosa Roma.

ANTONIO.

Si fueras capaz de sentir todos los placeres que yo he sentido en esta noche última, com-

prenderias cómo Antonio ya no puede ser en el mundo de otra mujer que de Cleópatra.

NIGER.

Antonio, algun dios, enemigo tuyo y enemigo de Roma, te ha cegado para que no encuentres en una casta romana, los goces que encuentras en una bárbara extranjera.

ANTONIO.

¿Extranjera? No lo seria en el Olimpo. Los dioses la pondrian en uno de sus tronos inmortales, y las estrellas en una de sus inmortales constelaciones.

NIGER.

¡Hipérboles de sátrapa! Ya se conoce que cuando estuvistes en Atenas solo practicastes la elocuencia asiática.

ANTONIO.

César se enamoró de Cleopatra.

NIGER.

Pero no se echó á sus plantas como un esclavo.

ANTONIO.

Imposible apartarse del fuego de sus ojos. ¡Qué frio! Más fácilmente apartarías esta nuestra tierra de la lumbre del sol.

NIGER.

¿Cómo te has apartado siempre de todos los enemigos de Roma?

ANTONIO.

¿Tú la crees enemiga de Roma?

NIGER.

Implacable.

ANTONIO.

Níger, estás loco.

NIGER.

Por más temible la tengo que al mismo Annibal.

ANTONIO.

Ja, ja, ja. (*Suelta grandes carcajadas*).

NIGER.

Annibal se valia de la fuerza y Cleópatra de la seduccion. Annibal daba con la Roma de Escipion; Cleópatra da con la Roma de Antonio.

ANTONIO.

Niger, abusas de tu lengua y de mi afecto. Acabemos; díme qué quieres.

NIGER.

Vengo en nombre de Octavia.

ANTONIO.

Cómo me molesta ese nombre.

NIGER.

Octavia cree que es inmensa su grandeza como mujer de uno de los dueños del mundo, y hermana del otro. Cree que debe conservar la amistad de su hermano Octavio, el dueño de Occidente, con su marido Antonio, el dueño de Oriente. Con tal de verte, con tal de estar á tu lado, aunque injuriada en sus derechos de esposa por una manceba, te serviria Octavia de rodillas y serviria á Cleópatra, siquier cada palabra vuestra fuese una puñalada, y cada reflejo de vuestros ojos un rayo. Pero no puede contener la irritacion de Roma, la ira de los romanos. Viene pues en alas de su amor desde Italia á Grecia, y pasaria de Grecia á este campamento al eco de una sola palabra. Teme en su amor que la cólera de Roma te abrase, y lo teme por tí, no por ella, á quien nadie podria quitar en la ciudad los derechos de hija adoptiva de César, hermana de Octavio, y esposa de Antonio. Pero me ha dicho que preferia que tú fueses viudo de ella á ser ella viuda de tí; y cree que continuando en tu pasion ciega visitará tu sepultura muy pronto y te ofrecerá las fúnebres libaciones. Hoy te trae ricos presentes, mucho oro, vestiduras para los soldados, un cuerpo de dos

mil hombres que te sirvan de guardia personal. Todas sus riquezas las ha gastado en tu provecho, y esta carta te mostrará su afecto.

ANTONIO.

Pues mira, una sola respuesta debo dar á tu discurso; que me envie los presentes y que se vuelva á Roma.

NIGER.

¿Y desoyes el postrer ruego de tu esposa?

ANTONIO.

Lo desoigo.

NIGER.

¿Y te quedas en brazos de Cleópatra?

ANTONIO.

Me quedo.

NIGER.

¿Y te declaras esclavo de esa reina de Oriente?

ANTONIO.

Me declaro esclavo.

NIGER.

Tiembla.

ANTONIO.

¿Ante quién? ¿Ante una mujer como Octavia? ¿Ante un hombre como su hermano?

NIGER.

Ante la cólera de Roma que te anuncio en nombre de los dioses del Capitolio.

IX.

ANTONIO (*solo*).

¡Mujer divina! Yo, despues de la batalla de Filipos queria esclavizarla, y ella me esclavizó á mí. Reina, habia auxiliado á los republicanos; amante de César, á los asesinos de César. ¿Quién hubiera podido entonces contener mi furor? Yo dudaba entre conducirla á Roma en mis trofeos como cantora, para enaltecer más el valor de mis triunfos, ó degollarla como víctima en las aras santas, para tener siempre á los dioses propicios. Más ¿quién podrá resistirse á semejante aparicion? Paréceme que todavía la veo. Bajaba por las aguas del Cidno en navío, cuya popa era de oro macizo, las velas de púrpura de Tiro, los remos de plata, remos que se movian al compás de las flautas concertadas con las cadencias de los pastoriles caramillos y los arpegios de las voluptuosas

liras. Coros de voces molodiosísimas agitaban el aire; nubes de embriagadoras esencias lo henchian de muelles placeres; grupos de niños rosados como amorcillos, se destacaban sobre las telas purpúreas; ninfas ornadas de perlas y alhajas, vestidas de gasas como las neréidas de los arroyos ó como las neréidas de las olas, se inclinaban sobre el timon de oro, sobre las cuerdas de seda, sobre los pebeteros de ámbar; y bajo ancho dosel de tisú y en deslumbradora concha de nácar, venía la mujer, la reina, la sirena, la diosa, con tanto explendor y belleza tanta que los pueblos de las orillas, arrobados por el son de las músicas, y casi enloquecidos por el aroma de las llamas, veian en ella á una Vénus, surgiendo nuevamente para gozo de los mortales, entre las blancas espumas, con la promesa de rejuvenecer por medio de su embriagadora alegría nuestras cansadas vidas, y de trasformar por nuevos y no gastados amores nuestro viejo mundo. Estaba yo en mi tribunal dando audiencia, y todo el pueblo corrió á verla, hasta el punto de que volví los ojos y me encontré completamente solo. Invitéla á venir á mi vivienda, y ella me invitó á ir á la suya. Me presté á su llamamiento, y aún no he salido de mi asombro, cuando al llegar la noche,

ví luminarias de colores y matices vivísimos, de dibujos tan fantásticos, que ningun horizonte, ningun pedazo de cielo podria compararse á su hermosura. La convidé, y vino á mi alojamiento; la hablé á lo soldado y á lo soldado me habló, sobrepujándome en grosería; elevé mi palabra hasta las alturas de la elocuencia asiática, y su palabra se elevó más alto que la mia; bebí, y bebió más ella; comí y ella comió como yo; empleé mis fuerzas en ejercicios gimnásticos, y me venció en vigor y en agilidad; y al ver aquel prodigio, no me sentí ya en mí mismo, y me declaré su esclavo. Desde entonces, cada una de sus miradas me enardece y me arrebata. Sus lábios son como volcan de amores; su aliento se derrama por mis venas y las abrasa; sus palabras se parecen á dardos invisibles que se clavan en mi corazon y le hinchan de mortal veneno. Cuando la tengo entre mis brazos, parece que tengo á todas las mujeres juntas, porque cada una de sus caricias no se asemeja á la otra, renovando los placeres como si tuviera mil formas su sér, y palpitara la vida universal en su amoroso seno.

X.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Cleopatra.

CLEOPATRA.

¿Estás solo?

ANTONIO.

Yo nunca estoy solo.

CLEOPATRA.

¿Cómo?

ANTONIO.

Siempre estoy contigo.

CLEOPATRA.

Y yo venia á decirte, á rogarte que te apartaras de mi lado.

ANTONIO.

Más fácil me sería apartarme de mí mismo.

CLEOPATRA.

Acabas de recibir un mensajero.

ANTONIO.

¿Cómo lo sabes?

CLEOPATRA.

Yo evoco lo pasado, lo presente, lo porvenir. Yo lo sé todo.

ANTONIO.

Entonces tambien sabrás mi respuesta.

CLEOPATRA.

La sé.

ANTONIO.

¿Y no te ha satisfecho?

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Si un mensajero, aunque viniese de parte de los dioses, me conjurara á dejarte, ¿crees que se iria con vida de mi presencia? La cabeza capaz de concebir ese pensamiento rodaria á mis plantas, segándola yo misma con mi hoz de sacerdotisa.

ANTONIO.

Cleopatra, me aterras.

CLEOPATRA.

Mira, en esos breves instantes he sufrido como si hubiera bajado por toda una eternidad al orco.

ANTONIO.

Serénate.

CLEOPATRA.

Mis pupilas se han terriblemente encendido como si fueran carbones ardientes. Mis párpados se han amoratado como violetas. Sobre mis pestañas pesan nubes de lágrimas como las que se agarran á las cimas de los montes. He resuelto que no vuelva el vino á enardecer mi sangre, ni el alimento á sostener mis fuerzas, ni la alegría á sonreir en mis lábios.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra mia.

CLEOPATRA.

Ya que has oido en paz al mensajero de tu esposa, véte con ella y déjame á mí sola.

ANTONIO.

¡Irme! Ni las amenazas de los rayos de Júpiter podrian moverme á dejarte, ni la fuerza de los vientos de Eolo podrian desarraigarme de tu lado.

CLEOPATRA.

Y si Roma te lo manda..?

ANTONIO (*balbuciente*).

Roma... Roma...

CLEOPATRA.

Responde.

ANTONIO.

Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿No respondes?

ANTONIO.

¡Oh!

CLEOPATRA.

La sombra de Coriolano surge á tus ojos.

ANTONIO.

Terrible evocacion.

CLEOPATRA.

Los nombres de los grandes romanos vagan por tus oidos.

ANTONIO.

Es verdad. Me parece que los veo levantarse de las cenizas del Foro y subir, mirándome siniestramente, á las cimas del Capitolio.

CLEOPATRA.

¿Lo ves?

ANTONIO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

¿Ves cuántos motivos tengo para creerme desgraciada? Amas mucho más á Roma que á Cleopatra. Maldicion mil veces!

XI.

CLEOPATRA.

¿Está todo preparado? Charmion.

CHARMION.

Todo, como lo ordenaste, señora mia.

CLEOPATRA.

¿Has puesto en su sitio cada símbolo?

CHARMION.

No he olvidado nada. Ya sabes cuán diligente es tu esclava. He consultado al sacerdote y he leido los libros mortuorios. Por consiguiente he colocado con exactitud las imágenes de los anima-

les simbólicos. El macho cabrío representa la lujuria, el cocodrilo de anchas fáuces la gula, y la tortuga de grande pesadez la pereza. A un lado está Anubis con su cabeza de chacal y á otro lado Horos con su cabeza de gavilan. Thot tiene una mano sobre los procesos de los muertos y otra sobre la balanza de los últimos juicios. Tambien está el milano que representa la fuerza de la naturaleza, el pez que representa el ódio, y el hipopótamo que representa el mal ó la injusticia. Ahí ves el escarabajo, imágen del dios Ptah que hace y rueda los mundos como el escarabajo las pelotas de barro y escrementos. Mira allá mucho más lejos el Fenix, hijo de Ra, que viene cada quinientos años del seno de la aurora para arrojarse en las llamas del sacrificio, consumirse, volverse un monton de frias cenizas y renacer luego en perpétua juventud, como muere y renace nuestra especie.

CLEOPATRA.

Yo os evocaré, dioses de la Naturaleza, yo os evocaré á todos para salvarnos. El Oriente ha sido la cuna del sol y la cuna de las religiones. En sus bordes se ha dibujado el primer crepúsculo

de la primer mañana del mundo, y el primer crepúsculo de la primera mañana del espíritu. Todos los dioses llevan una corona oriental en sus sienes, y todos necesitan para ser sagrados recibir en sus lábios el beso creador de su eterna nodriza, el Asia. Por eso nuestros dioses son misteriosos como el crepúsculo, y nuestros templos duraderos como la eternidad, y nuestros sepulcros de igual solidez que la tierra. El mundo se pierde, la necesaria gerarquía de sus castas se acaba; el centro de la autoridad se rompe; los dioses se van; los templos se arruinan y hasta los sepulcros, si esas razas de Occidente realizan sus ensueños de dominacion que creen ya incontestable omnipotencia. Pero yo me he atravesado en su camino. Yo he ganado al más fuerte entre sus hijos y lo he uncido á mi carro. ¡Oh, rayos de la luna, que traeis en vuestros melancólicos resplandores el alma de Osiris! ¡Oh, vapores del Nilo, que llevais disuelta en vuestras nieblas el espíritu de Asia! ayudadme con vuestros filtros, con vuestros sortilegios; os conjuro á ello, ayudadme con todo vuestro poder y toda vuestra fuerza enérgicamente á convertir los trofeos de los romanos en escobas que limpien vuestros templos. Y entonces esa angustia que se ha apoderado de los dioses del Uni-

verso cesará. Esas amenazas de destronarlos y vencerlos se desvanecerán. La Naturaleza volverá á su pristina alegría y los fantasmas de los dioses del espíritu, sombras del orgullo humano, irán á perderse en el caos. Por vosotros, dioses, por vosotros peleo contra todas las fuerzas de Occidente, contra todas las victorias de Roma. Vosotros, en cambio, el dia que prevalezcan mis intentos y consiga mi anhelado triunfo, debeis alzar para mi satisfaccion y vuestra defensa sobre la tribuna de los Rostros, sobre las piedras del Capitolio, sobre la Vía-Sacra de los vencedores, la córte y el trono de Cleopatra.

XII.

UN SOLDADO (*en el pórtico de un templo*).

No conozco á Antonio. Era Marte y se ha convertido en Vénus. Era el primero de los romanos y ahora aparece como el último de los mancebos. Sus manos, que podian mantener por sí solas el cetro de Roma y la espada de su ejército, ahora apenas pueden soportar el pomo de esencias que embriaga á Cleopatra. El que tronaba como un dios en las batallas, debe danzar como una gaditana en las orgías. El rey de Oriente sólo merecerá ser de hoy en adelante rey de los festines.

UN EUNUCO.

Repórtate, soldado.

EL SOLDADO.

¿Qué me reporte? De nadie he aprendido á ha-

blar á mis anchas como de nuestro general Antonio. Roma podrá ser esclava; pero el campamento ha sido siempre libre. La tribuna arrancada al Foro, se ha venido á nuestras tiendas. Y como tengo la razon, murmuro, al verle alejarse de las batallas para perderse en las orgías.

EL EUNUCO.

No le insultes: que yo le enseño la filosofía.

EL SOLDADO.

¿Tú, barbilampiño?

EL EUNUCO.

Pues si la ciencia hubiese de juzgarse por las barbas, los chivos serian los séres más sábios de la tierra.

EL SOLDADO.

Ahora tienes tú razon para quejarte de mí, como ántes yo tenia razon para quejarme de Antonio.

EL EUNUCO.

¡Pobre Antonio! Dèspues de haber dado muerte á tanta gente, déjale que dé á nuevos séres vida.

EL SOLDADO.

Los amores criminales suelen ser amores estériles.

EL EUNUCO.

¿Quién sabe? Ya tiene algunos hijos.

EL SOLDADO.

Más fácil es averiguar el orígen de los jeroglíficos de esos templos, que el orígen de los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Mira que las paredes oyen y sus ojos matan.

EL SOLDADO.

Pues si yo muerdo, porqué no me llevan á matarme á Media, imagínate el miedo que me dará

la mirada de basilisco de esa hechicera, de esa bruja.

EL EUNUCO.

Calla.

EL SOLDADO.

Si conocieras á Octavia, la mujer que ha despreciado por Cleopatra, si vieses su casta belleza, su amor desinteresado, maldecirias á la manceba infame y á su infame amante. Octavio ha querido que se fuera á su palacio, y ella se ha encerrado en el palacio de su marido, consagrándose á educar los hijos de Antonio, los habidos de su matrimonio y los habidos del matrimonio con Fulvia. Seria capaz esa heroina de educar hasta los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Si te oyen decir esas cosas, te aspan.

EL SOLDADO.

Y tú, ¿qué esperas aqui?

EL EUNUCO.

Espero la señal de que Cleopatra ha entrado en

el templo para decírselo á Antonio, á fin de que pueda entregarse á los asuntos del Imperio, pues cuando ella está presente sólo acierta, extático, fuera de sí, á oirla y á mirarla.

EL SOLDADO.

Y mientras tanto, el rey de los medas pide el auxilio de Antonio contra el rey de los parthos; y Antonio, en vez de subir al carro de guerra, sube al lecho del placer; en vez de darnos voces de mando, con la majestad del trueno, canta como un tiple al resplandor de los banquetes; en vez de acariciar el pomo de su espada, acaricia el cuello de su manceba; en vez de oler á sangre, huele á vino; en vez de matar, ama.

EL EUNUCO.

Cleopatra ha pasado al templo.

EL SOLDADO.

Así las lechuzas se beban su sangre, los cocodrilos mastiquen sus carnes, el orco reciba su sombra y el mundo entero maldiga su nombre y su memoria.

XIII.

CLEOPATRA (*en el templo*).

Dioses, que no se escape de mi lecho el romano, que no se escape de mis uñas Roma. Yo quiero poner Alejandría sobre todas las ciudades, poner vuestros ritos sobre todas las religiones, poner al mundo entero á vuestras plantas como un ara. Mágicos encantos, ritos litúrgicos, pronunciad vuestras palabras incoherentes sobre el escarabajo de piedra dura engarzado en oro que llevo prendido al lado del corazon, y al cual ya le he dicho: corazon mio, tú eres mi madre, corazon mio, tú eres eterno y estarás en todas mis transformaciones y metamórfosis. He leido el capítulo místico de Hermópolis, trazado con letras azules sobre un cubo de hematites. Libradme del áspid de la serpiente, cuyo veneno abrasa; haced que los cocodrilos se sumerjan espantados en el agua,

cuando yo pase; cerrad la boca de todas las fieras al abrirse contra mí, como cerrais el sagrado de vuestros arcanos; yo deseo vivir para vencer y deseo vencer para daros el dominio de la tierra, que os tiene usurpado Roma. Isis, madre mia, pronuncia las palabras que me han de dar alas para subir de un vuelo desde las pirámides de Egito á las cimas del Capitolio. Permíteme que te demande tu virtud fascinadora y petrifique á un tiempo junto á mí el romano de corta espada y el reptil de larga cola. Sea oscura yo como la noche del Boreas cuando medite alguna emboscada, y clara como las estrellas de la mañana cuando quiera brillar ante el mundo; enrojéceme en tu luz y en tu fuego, á fin de que abrase como aristas secas á todos tus enemigos y los mios. Al que yo quiera perder, quítale la vista, para que sólo me vea á mí, y el oido para que sólo pueda escuchar mi fascinador acento. Yo sé la gnosis que me han trasmitido mis padres los Ptolomeos. Yo sé llamar á los dioses por su nombre. Cuando os invoque, venid á mis sortilegios, descended á mis conjuros, identificaos conmigo. Yo necesito que Antonio reparta entre mis hijos sus dominios; que Antonio saque su vencedora espada contra Octavio; que Antonio me lleve en su carro triunfal

hasta Roma, y me dé la corona de los dioses como le dió á César la corona de rey. Yo he agotado todas mis gracias; agotad, vosotros, vuestra mágia.

LOS DIOSES (*invisibles*).

La voz de la soledad resuena en nuestra voz; las estrellas del cielo rielan en nuestros ojos; las aguas del Nilo fluyen fecundantes de nuestros entreabiertos lábios. Nosotros somos el secreto de la creacion; nosotros el hilo misterioso que enlaza unos organismos con otros organismos y suscita el mundo animal con toda su exuberante vida, y todas sus armoniosas afinidades. Desprendidos del seno de la aurora, abrigados en los santuarios del desierto, salimos del Asia con la frente llena de misterios, para revelar cantos divinos del eterno poema de la creacion que pasa en los cielos y en la tierra. Nuestras esfinges tienen el cuerpo de tigre, los riñones del leon, la astucia de la serpiente, el rostro de las diosas y los ojos del ibis, porque salen del mundo oscuro donde se adora la materia para entrar en el mundo más luminoso donde se adora al hombre. Asi nuestra teologia no está escrita en ténues palmas, que se lleva

el viento, sino en eterno granito donde puedan leerla dos continentes y todas sus generaciones. La forma humana desaparecia antes, se pulverizaba en las hogueras indias; la forma humana queda perpétuamente ahora, hosificada á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol, en las piedras de las pirámides que contienen los misterios de la eternidad, entre las largas columnas de las pintadas necrópolis, bajo la custodia de nuestras esfinges más misteriosas, las rematadas con cabezas de gavilan y de carnero, cerca de los colosos, inmóviles aun como los ritos de donde proceden, pero creados ya, como ha creado y se ha agrandado la humanidad en Egipto. Pero no te lo ocultamos, ¡oh sacerdotisa de nuestros ritos, oráculo de nuestras voces, reina de nuestra tierra! una nueva idea corre como savia misteriosa desde el nenufar que flota sobre las aguas del Nilo hasta las palmas que forman el chapitel de la columna de nuestros templos. Esa idea que corre como un viento misterioso por los desiertos infinitos perturba la serenidad de nuestros templos. Los bueyes sagrados mugen, las serpientes alimentadas en el santuario silban, los perros divinos ladran, los leones rugen como si universal calentura se hubiera apoderado de todas las divinidades. Y esa idea dice que viene

un nuevo Dios, y que ese Dios va á ser de los débiles, y no de los fuertes; de los esclavos y no de los reyes. Roma, en cuyo santuario nos congregábamos para defendernos de este enemigo misterioso, Roma no ha hecho más que prepararle las vias con la espada de sus soldados, con la palabra de sus pretores, con la idea de sus jurisconsultos. El Asia entera se levanta para luchar con esta idea misteriosa que seria su muerte. Romperíanse las gerarquías en el cielo y las castas en la tierra. Los hombres entrarian audaces en nuestros santuarios para deletrear las fórmulas sagradas y lanzarlas á los cuatro vientos. Caerian los ídolos del ara y los reyes del trono. El esclavo se alzaria de su ergástula á ser igual con su señor. Y para no ver tales crímenes el sol velaria su faz, y la tierra misma, despues de desgarrarse en huracanes y en terremotos, se disiparia en los espacios, para convertirse en torbellino de aereolitos y en legion de innumerables cometas. Así, Cleopatra, practica nuestros ritos, observa nuestra liturgia, sigue nuestras ceremonias, toma todas las formas de nuestra serpiente, todas las hechicerías de nuestra mágia, todos los zumos de nuestras yerbas sagradas y dá un bebedizo á ese romano, á fin de que te entregue Roma, y el alma del

Asia se eleve como una llama eterna en la cima del Capitolio. Los que vencimos al griego Alejandro, mejor venceremos todavia al romano Antonio. Prepárate al combate, que en premio á tu conocimiento de nuestros libros y nuestras evocaciones, saldrás hoy de este nuestro templo más hechicera y más hermosa.

ORIEL *(de rodillas á la puerta del templo).*

Sér invisible, que llenas los espacios y la conciencia, apiádate de los siervos. Nuestros huesos han sido ya harto tiempo la base de todos estos templos y de todos estos tronos. Calcinados por el fuego de las ideas se levantan pidiendo, no misericordia, sino justicia. En nuestro orgullo quisimos crearnos á nosotros mismos. Y el trabajo de nuestra propia creacion ha sido tan largo como el alzamiento de una montaña ó la apertura de un valle. Siglos de siglos hemos llevado sobre nuestras espaldas las piedras de los templos y de los palacios, que solo servian para calabozos nuestros, y descoyuntamiento de nuestros huesos, y evaporacion de nuestras almas, y tortura de nuestra conciencia. Ya hemos pasado por todos los grados de la vida, y hemos muerto y renacido mil

veces en todas las catástrofes de la sociedad humana, siempre con la pesada argolla en la mano, y la larga terrible cadena á las plantas. Ahora que nuestra redencion comienza, porque hemos pensado y hemos combatido, sobre todo, porque hemos trabajado, no consientas á las asechanzas de una maga, á los encantamientos y sortilegios de una hechicera el detener, allá en los cielos, el espíritu creador, próximo á desprenderse como misteriosa esencia, sobre nuestro sér, que yace digno ya por sus largos tormentos y martirios de la divina visita de la libertad.

XIV.

ANTONIO.

Escribe.

PROBO.

Por Hércules.

ANTONIO.

Escribe, repito.

PROBO.

Meditalo bien ántes.

ANTONIO.

Ó escribes, ó te cojo y te parto en dos pedazos, y los entrego á mis dos tigres.

PROBO.

Estás fuera de tí.

ANTONIO.

Porque me perfumo y me visto de seda creeis que soy una mujer, que no he vencido á los galos, que no he dominado á Bruto y Casio, que me voy pareciendo á Octavio. Pues cuando mis puños se crespan y mis ojos se encienden, y flamea mi espada en las callosas manos, todavía tiemblan los reyes de los parthos en su trono, los leones del Africa en su desierto.

PROBO.

Así te quiero ver, irritado, feroz, como en los dias felices del mando soberano de tus legiones, de las batallas innumerables en los campos y en los mares, de las sangrientas victorias. En estos momentos creo á Roma digna de tí; te creo á tí digno de Roma. Nuestra ciudad no ha debido á la fortuna sus triunfos, sino al valor. Y tú eres el más valeroso de los romanos, créelo. Pero óyeme. El que ha merecido los honores del triunfo

en el Capitolio como un dios, no debe poner su cabeza bajo los piés de cualquier hembra como un perro. Huye de Cleopatra que afemina tu genio y malogra tus victorias.

ANTONIO.

No seas inocente. Tú crees que Cleopatra me domina á mí, cuando yo domino á Cleopatra. Finjo anhelar su amor, y lo que anhelo es su imperio. Con los hombres se lucha á golpes, con las mujeres á besos. En Cleopatra no abrazo tanto á una amante hechicera como á una aliada poderosa. Nuestra ciudad siempre ha tenido un amigo dentro de los pueblos por conquistar, á fin de que le abriera las puertas. Es antigua costumbre romana, es tradicion de nuestros padres. Por Cápua entramos entre los samnitas; por los camertinos en Etruria. Sagunto nos llevó al seno de España; Masinisa al seno de Africa. Sin los etolios jamás fuera nuestra Grecia, y sin los marselleses las Galias. Pues bien; al abrazar á Cleopatra en tierra de Egipto, en este istmo africano que une el Oriente con el Occidente, lo que yo abrazo no es ese breve cuerpo de mujer, sino el cuerpo jigantesco del Asia.

PROBO.

Cómo te engañas á tí mismo.

ANTONIO.

No me véjes.

PROBO.

Léjos de ser el conquistador, eres el conquistado; léjos de ser el dueño, eres el esclavo. Cleopatra no es tu aliada. Cleopatra es tu reina.

ANTONIO.

Vuelvo á advertírtelo, y no me conozco á mí mismo de sufrido y paciente. A una nueva injuria te mato. Escribe.

PROBO.

Escribo.

ANTONIO (*dictando*).

He sabido, Octavio, tu proceder, y apenas me

atrevo á creerlo. Si el divino César descendiera á la tierra confundiria con una de aquellas miradas más abrasadoras que el rayo de Júpiter á su infiel ahijado, á su indigno sucesor. Acabas de cometer, sin consultarme, dos gravísimas faltas, una política y otra militar. La falta política consiste en haber despojado á Sexto Pompeyo de su gobierno de Sicilia. La falta militar en haberle despojado con naves mias sin darme parte alguna en el despojo. Siempre fué temible el nombre de Pompeyo que recuerda la antigua República, que personifica sacras leyes y venerandas instituciones, caras á los romanos sobre todo, desde que el leon, César, ha sido reemplazado por la zorra, por tí, Octavio. La injusticia cometida con Sexto Pompeyo acrecentará el poder de ese nombre y las dificultades de nuestro gobierno en todo el mundo romano. Luego has desposeido á Lépido, nuestro compañero, de su autoridad, y al desposeerle, te has quedado con sus dominios y con sus legiones, sin acordarte de que está aquí Antonio, sufrido por amor al antiguo César, pero incapaz de soportar más tiempo estas ofensas. Las tierras de Italia, que dimos á mis veteranos, al cabo del dictador veteranos tambien, las ha arrebatado á su posesion y á su cultivo tu avaricia. Todos los

dias me llegan quejas de esta injusticia con ellos; ofensa á mí, olvido de César. Les he dicho que reclamaré de palabra, y si no me oyeras requiriria la espada. Ya puedes reparar esa falta ó apercibirte á soportar el peso de mi ira. Te he visto temblar, como la hoja de los árboles, al acercarse una tempestad, y meterte bajo una cama al sonar el trueno; ¿dónde te meterás el dia que lance contra tí el trueno de mi voz, el rayo de mis ojos? Enmienda tus faltas, deshaz mis agravios, y no tendrás en tu compañero un enemigo, que puede romperte como una débil caña entre sus puños.

PROBO.

¡Antonio!

ANTONIO.

¿Por qué me interrumpes?

PROBO.

Para decirte que esta carta es la guerra con Octavio.

ANTONIO.

¿Y qué me importa á mí?

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

PROBO.

¿Nada te importa semejante catástrofe?

ANTONIO.

Nada.

PROBO.

¿Has pensado lo que puede sobrevenir?

ANTONIO.

No pienso lo que puede sobrevenir; resuelvo lo que debo hacer.

PROBO.

Si eres vencedor.....

ANTONIO.

¿Qué?

PROBO.

Se pierde Roma.

ANTONIO.

No, no, no.

PROBO.

Si eres vencido te pierdes tú.

ANTONIO.

¿Yo? Tengo el génio de César en mi génio, y mi espada es todavía la espada de Antonio.

PROBO.

Apiádate de Roma. No la entregues á nuevas guerras. Harto perdimos con perder el antiguo valor y la antigua virtud. A un nuevo sacudimiento de la tierra, se pueden derrumbar las piedras del Capitolio.

ANTONIO.

No me importunes.

PROBO.

Perdimos la libertad. ¿Perderemos tambien la pátria? Se desvaneció el Senado de nuestros patricios. ¿Se desvanecerá tambien el Senado de nuestros dioses? Cayó la República en Farsalia y

en Filipos. ¿Caerá la unidad en cualquier rincon de Asia ó de Grecia, en cualquier espacio del mar que habíamos engarzado á sus sandalias? Antonio, por la memoria de César, por tu nombre, por los dioses, por la ciudad, apiádate de tí mismo, y habrás salvado los manes de tus padres, la honra de tus hijos.

ANTONIO.

¡Oh?

PROBO.

En tí, Antonio, hay dos naturalezas; de héroe, de semi-dios, y de mujer perdida, de inmunda prostituta. Ya veo centellear tus ojos de ira y asomar á tus lábios la hiel de amarga cólera; pero el que en la última retirada ante los parthos, cuando te enlutabas para mover la piedad de tus soldados y pedias al cielo el esfuerzo de Jenofonte, el que entonces se envenenó con yerbas homicidas, único alimento en el hambre devoradora, único lenitivo á la sed calenturienta, y encontrando por todo supremo remedio y antídoto supremo, escasísimo sorbo de vino, te lo cedió

á tí, general, y en aquella copa, y en aquellas heces te cedió la vida, bien puede hablarte con la libertad necesaria, no á él, deseoso de morir por no ver tanta afrenta, sino á la eterna madre de todos, á la diosa Roma. Recuerda cuando Hércules te prestara su fuerza, Marte su gloria, y devorabas como los héroes de Homero, gran pedazo de carne, apenas asada, lavándote en las claras fuentes, vistiéndote de burda lana, sin curarte de otra cosa que de llevar siempre al cinto, en defensa de nuestras leyes, cortante y larga espada. Entonces tenias entre tus despojos gentes como Aristóbulo. Entonces, ni las abrasadas arenas del desierto de Egipto, ni el blando lodo de las lagunas serbónidas detenian tus triunfales correrías. Pasabas junto al sumidero de Thifon y sus remolinos, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra mágica, fiado en el poder de tu génio, y subias por las escalas de Pelusa entre el polvo de las brechas y el humo de los incendios, sereno y majestuoso como Júpiter entre sus nublados. Yo te he visto ir de Brindis á Macedonia, desafiando las tempestades del aire y las tormentas del mar, entre bandadas de naves enemigas, alegre, tranquilo, como si en una mano tuvieras el tridente de Neptuno y en otra mano los odres de Eolo.

Tu gloria fué tan grande que mereciste de César mandar el ala izquierda en la batalla de Farsalia, y tu poder y tu fortuna tan envidiables, que al tornar el dictador de su última guerra en España, te llevó á su lado en el carro de triunfo. Hasta la elocuencia te habia concedido la fortuna, pues jamás se me olvidará cuando lograste del pueblo, ofendido por tus larguezas con los veteranos, que tomara los tizones de la hoguera donde ardia el cuerpo de César asesinado, y fuese á incendiar los hogares de los estóicos tribunos, última esperanza de la República. En aquellos dias la severa Calpurnia depositaba en tus manos toda la fortuna legada por su divino esposo, que consistia en cuatro mil talentos. Por aquellos dias, fugitivo de Módena, alimentado con raices, bebiendo los orines de tus caballos, te granjeaste un ejército cautivado por tu heroismo y por tu fuerza. Casio jamás fuera vencido sino por Antonio; y tus tenientes consiguieron sobre los parthos victorias, jamás conseguidas por los primeros soldados romanos. Así tienes en tus manos hoy el antiguo imperio de Alejandro, y si luchas y vences, los soldados te seguirán como á su Emperador, y los pueblos te adorarán como á su Dios.

ANTONIO.

¡Probo! ¡Probo! Amigo mio.

PROBO.

Sí, tu amigo, y por lo mismo tu juez. Has visto al héroe y ahora verás á la prostituta. Semejas á esos ídolos egipcios que tienen medio cuerpo de hombre, otro medio de zorro, adorados como génios próvidos en nuestros dias, y en nuestros dias maldecidos como génios de la destruccion y del mal. Hablas sin medida, ries sin tasa, entras á emborracharte como cualquier soldado en las cantinas, y te pones de gordo y fatigoso como un cerdo en los ranchos. No te contentas con dejarte llevar, cual inexperto mancebo, de todo el torrente de tus pasiones, sino que sirves, cual vergonzoso alcahuete, las pasiones de los demás. Recompensas largamente á los ejércitos, pero con el dinero estafado á los pueblos. Aun recuerdo el dia en que diste á cierto favorito un millon de sextercios, y como el intendente quisiera mostrarte tu largueza, lo puso en monedas ante tu vista, y comprendiendo el juego, contestaste: «poco es, darle dos millones.»

No quiero hablarte de cómo repartes las hojas de tu corona y los despojos de tus victorias entre las cortesanas. El mundo te ódia, porque te vé dias enteros á la mesa, enteras noches por las mancebías, durmiéndote en la presidencia de los tribunales, y luego no dejando á nadie dormir con tus calaveradas nocturnas y con tus correrías indecentes, tras larga asistencia á las chocarreras fiestas de cómicos y bufones. ¡Cuántas veces, en el Senado de nuestros patricios, en los comicios de nuestro pueblo, apareciste tambaleándote, y vomitaste en público las indigestiones de tus orgías! ¡Cuántas veces lanzaste la litera de una comedianta entre la litera de tu esposa y la litera de tu madre! Para que nada te falte, eres vil como un cortesano, y pusiste la corona de oro sobre la estátua de César, atrayendo á su corazon el puñal de Bruto, y arrancáste la lengua de Marco Tulio, para que se acabara la elocuencia romana, y solo se oyeran desde entonces en la tierra las carcajadas y los eruptos de tus soldados. Creíste que la herencia de César seria un peso harto abrumador para los hombros de Octavio, y ahora se desprende en pedazos y fragmentos de tus hombros, mientras él la recoge y la guarda para si. Habitaste la casa de Pompeyo

profanándola con tus vicios, convirtiendo en lupanar lo que fuera templo. No te pareció bastante matar á los republicanos y robar á sus viudas y á sus huérfanos, sino que entraste á saco en la casa de los más pacíficos padres de familia, quedándote con sus bienes para repartirlos en pago de algunos besos y algunas lisonjas. Los generales, los cónsules, los embajadores mismos, no logran verte; pero en cambio te ven á todas horas los perdidos, los jugadores y las prostitutas. A un lado llevas á Anaxenor porque tañe la cítara, y á otro lado llevas á Xutho porque tañe la lira, y detrás al danzarin Metrodoro porque agita á compás brazos y piernas, y alrededor, en grandísimo tropel, muchachas disfrazadas de bacantes, muchachos disfrazados de sátiros, bosques movibles de yedra, millares de tirsos, tropeles de músicos tocando caramillos, flautas, zampoñas, y consientes que las muchedumbres al pasar, te llamen como á César, el divino, sí, pero el divino Baco. Y por lo bajo todavía añaden más, todavía te llaman Baco agrion, es decir, Baco salvaje. Eres pródigo en la recompensa y en el castigo, más en la recompensa que en el castigo ciertamente, pero tus mayores recompensas recaen siempre sobre los que ménos las mere-

cen. Oyes los vejámenes de la crítica, á veces con la paciencia de ahora, mas es porque acostumbras á echarlo á broma. Pero ¿quién no se rie al saber que solo para cenar tú y once amigos, se asan diariamente ocho jabalíes por cocineros, más numerosos ya que los ejércitos? Y no te acuerdas cuando te vistes las rozagantes túnicas babilónicas, cuando te calzas las pantúflas orientales, cuando te ciñes las tiaras medas, cuando llevas por todo cetro la verga gimnasiaca, de que, en realidad, no depones ante los bárbaros las insignias de tu propia dignidad, sino las insignias de la dignidad de Roma? Y á una querida le regalas fragmentos de nuestro imperio, Fenicia, donde se tiñe la púrpura, Chipre, donde nació Venus, la Arabia nabatea, que toca ya en los mares externos, la provincia judía que produce los más aromáticos bálsamos y los más embriagadores perfumes. Díme, pues, si los corazones íntegros, si las conciencias puras, no tienen derecho á levantarse de este monton de inmundicias, al recuerdo de aquellos tiempos en que nuestros padres iban á elegir sus magistrados votando con habas por ellos mismos plantadas y por ellos mismos recogidas, para marchar despues al combate en obediencia á la pátria, y volver á empu-

ñar en sus manos el arado de Cincinato. Entonces se llamaban nuestras mujeres la madre de los Gracos ó la madre de Coriolano. Entonces habia tribuna en los Rostros, comicios en el Foro, Senado en el templo de la Concordia, castidad en la esposa, paz en los hogares, libertad en Roma. Ahora somos una turba de cortesanos, rendidos de hastío, puestos de hinojos, condenados á ver cómo soberbios triunviros, que ni siquiera parecen hombres, arrojan las naciones, cual si fueran dados, sobre un tablero de juego. Llegará, Antonio, la hora de tu muerte, y al convertir los ojos á lo pasado, verás como Orestes, en torno tuyo, las Euménides roncando de furor, y reconviniéndote con la voz de sus atroces remordimientos por haber asesinado á Roma, á tu diosa, á tu madre.

ANTONIO (*frotándose los ojos*).

¿Sueño? ¿Es realidad ó delirio cuanto me sucede? ¿Soy yo quien oye todas estas injurias, y las tolera? Antonio era un tigre, y se ha vuelto un perro paciente y desdentado.

PROBO.

Antonio, este amigo, este hermano, que te ha

dicho la verdad, te incita á la guerra, á fin de que no seas vencido por tus rivales.

ANTONIO.

¿La guerra? ¿A dónde? ¿Con quién?

PROBO.

La guerra con los parthos.

ANTONIO.

¿Ahora?

PROBO.

Ahora mismo, ántes de perderte por completo en brazos de Cleopatra y de entregarte á la lucha con Octavio.

ANTONIO.

¿Crees que se atreverá Octavio á desafiar á Antonio?

PROBO.

¿Te acuerdas cuando tus gallos reñian con sus gallos?

ANTONIO.

Sí.

PROBO.

Y no habrás olvidado que siempre los gallos de Octavio vencian á los gallos de Antonio; no habrás olvidado eso.

ANTONIO.

No lo he olvidado.

PROBO.

¿Te acuerdas de aquel adivino egipcio que encontramos en una encrucijada por las rutas de Armenia?

ANTONIO.

Es verdad; y me dijo que reñiriamos Octavio y yo; que en estas riñas ganaria siempre Octavio.

PROBO.

Pues tienes un medio de deslumbrar á tus enemigos y de vencerlos.

ANTONIO.

¿Cuál?

PROBO.

La guerra.

ANTONIO.

Es verdad, es verdad.

PROBO.

Levántate. Empuña tu espada.

ANTONIO.

Sí, dadme el casco, ceñidme la espada, haced venir mis legiones; plantaremos las águilas romanas, como sobre su nido, allá en el centro de Asia.

CLEOPATRA (*entrando*).

Antonio, Antonio mio, vamos á las alegres fiestas.

ANTONIO.

¡Oh! me fascinas y me deslumbras. Dejémonos, Probo, de combatir. La vida es corta. Quiero gozar. Vámonos, Cleopatra.

PROBO (*acariciando un puñal*).

Me lo regalaste en Filipos. Lo guardo para tí, para tu manceba y para mí. Enemigo de Roma, amigo de Cleopatra, puesto que en ello te empeñas, irá tu carta al astuto Octavio, y el astuto Octavio te dará en cambio la muerte.

XV.

ANTONIO (*tendido en el lecho de púrpura*).

Danza en baile seductor como jamás ví bailar en los festines de Roma. Sus brazos se levantan como dos heridas serpientes. Los crótalos béticos resuenan deliciosamente en los huecos de sus palmas, heridos por los dedos de rosa. La cabeza se cae hácia atrás como una flor marchita, y la cascada de sus negros cabellos roza en los talones. Ya se mece como la palma agitada por las brisas del mar, ya se pierde en vertiginosa carrera formando innumerables círculos. El aire que agita con su traje, el aroma que exhala de su cuerpo, la luz y el calor que irradia de sus ojos, perdidos en sublime arrobamiento, encienden, enardecen mi sangre en voraces amores, en inextinguibles deseos.

CLEOPATRA (*despues de dejar el baile, se sienta junto á Antonio y canta*).

Era caluroso estío, y la cigarra cantaba, confundiendo su chirrido con el rumor del trillo sobre las espigas y la cancion del segador en los áureos sembrados. Mi amante dormia la siesta fatigado y sudoroso. Las ventanas de su cubículo estaban á medio cerrar, y por sus hendiduras penetraba dulce luz semejante á la luz propia de la misteriosa caida del dia en brazos de la noche. Podrian compararse aquellos dudosos resplandores al reflejo de los sacrificios en los misterios, al tíbio resplandor de la luna en el mar, á la sombra de las selvas en la tarde, á todo cuanto gusta al pudor y enardece á los amantes. Sobre sus párpados entreabiertos se suspendieron esos ensueños que no quitan enteramente la luz, y que dan á las ideas y á las ilusiones inciertos contornos de firme realidad y de etéreos espíritus. Yo aparecí entonces, desceñida la túnica, ruboroso el rostro, dejando caer mis cabellos, semejantes á sombras, en el seno que palpitaba de amor. Corrí hácia él como Semíramis á su lecho nupcial, y le alargué los brazos con la embriaguez con que los alargaba Lais á sus numerosos amantes. Mi ama-

do quiso desceñirme de mi túnica, á pesar de que las lijeras gasas no le ocultaban ninguna de mis gracias. Pero yo me resistí, luchando más que por una victoria odiosa á mis deseos, por la placentera derrota. Acuérdate, romano, acuérdate que no habia ninguna mancha en mi cuerpo, ninguna sombra en mis ojos, ninguna duda en mi mente, ninguna reserva en mi enajenacion, ningun hastío en mi amor, jamás saciado, jamás satisfecho. Y cediendo al imperio de la naturaleza, nos poseyó el sueño, durmiendo tú en mis brazos, yo en los tuyos, y preguntándonos mútuamente por qué no habia de ser eterna aquella siesta.

ANTONIO.

Cleopatra, no recuerdes esas horas, esos placeres, esos trasportes, si no quieres que caiga exánime en tus brazos y que durmamos pronto el último sueño, convirtiendo en sepulcro nuestro lecho.

CLEOPATRA.

Pues hablemos de filosofía; hablemos, por

ejemplo, de la filosofía de Timon de Atenas. Es el más perfecto contraste que puedo oponer á mi cancion de amores. Timon, uno de los ciudadanos más ricos de la Atica, desde los esplendores de la opulencia cayó en los abismos de la miseria. El instinto de hacer bien, de consolar todas las desgracias, disipó rápidamente en leve humo sus sólidos bienes. En cuanto empobreció, todos sus antiguos amigos le abandonaron, y así que alargó á ellos la mano en demanda de algun beneficio, le respondieron tristemente con olvido y desprecio. Timon irritado se volvió á Júpiter diciéndole, al ver la virtud abatida y poderoso el vicio, que sus rayos se habian convertido en apagados tizones. Miope, sordo, no alcanzaba á ver los crímenes de los mortales ni á oir sus lastimeras quejas. Allá, en su juventud, cuando los humanos le faltaban, despedia en tropel sus nublados y los anegaba en espantoso diluvio, mientras que en su vejez le robaban los ladrones su corona de oro en Olimpia, y ni siquiera tenia fuerzas para despertar á los perros y mandarles que ladrasen. Así que no era mucho que viese á los antiguos amigos de Timon pasar junto á este bienhechor mirándole como mirarian rota columna de antigua tumba, y no los persiguiese y los probase con sus

divinas iras. Y era para llorar el ver al viejo filósofo vestido de pieles, con el azadon del trabajo en la mano, frio y escuálido como la muerte, ganando por toda soldada dos óbolos diarios. Su gran desgracia por fin hirió al dios de los dioses, al señor de los nublados, aunque Júpiter rara vez convertia su atencion á la Atica, porque solamente le llegaban de allí fórmulas de filósofos en vez de oraciones de creyentes, y un dia que recompuso en el monte Etna sus despuntados rayos para asestarlos á la cabeza del pensador Anaxágoras, bastante audaz para negar la existencia de las divinidades del Olimpo, no dió en la parte amenazada, sino en los techos de sus propios templos. Pero le habia consagrado Timon tantos sacrificios, que todavía guardaba el humillo en las narices y el recuerdo en la memoria. Así es que llamó á Pluto y le mandó ir á enriquecer nuevamente al desgraciado. Mucho le dolia al cojo dios de las riquezas volver á entrar en casa de donde con tal facilidad le arrojaran, cuando todos se pierden por conservarlo y retenerlo bajo llaves y dobles cerraduras. Pero al cabo fué, á pesar de que Timon habia llegado á despreciar tanto á los hombres como á los dioses, y le enriqueció nuevamente. Así que supieron sus menos-

preciadores semejante cambio, se trasformaron de súbito en sus devotos, corriendo á requerirle de amistad y á mostrarle el antiguo olvidado entusiasmo. El primero que aparece es Guathonides, famoso parásito, incapaz de saludar á su protector en la miseria, y luego en la inesperada prosperidad preguntándole por la sala del festin y el ánfora del vino; el segundo es Philiades, de la misma tribu del filósofo, y que iba á darle un talento precisamente á la hora misma de saber su felicidad; el tercero Demeas, que olvidara hasta el nombre de Timon, y luego propusiera para él en la plaza pública los honores reservados á los héroes; todos con la sonrisa en los lábios y las ofrendas en las manos, como los devotos en los templos, pero todos recibidos á palos, porque Timon conoció á la naturaleza humana, y se encerró en aislada torre, decidido á no departir con los hombres y á contemplar como único luminar el propio pensamiento en la inmensidad de su conciencia.

ANTONIO.

Cleopatra ¿no eres feliz á mi lado?

CLEOPATRA.

Completamente feliz.

ANTONIO.

Pues en la felicidad no debe recordarse nunca el cambio de la humana suerte. ¡Oh! Si ahora pudiéramos detener el tiempo, clavar á nuestro lado la rueda de la Fortuna!

CLEOPATRA.

Hablaremos de cosas más altas. Elevaremos los ojos al cielo. Yo estudié la astrología con los maestros caldeos en la inmensidad del desierto, á esas horas sublimes de la noche, en que los astros son tan numerosos como las arenas, y las arenas tan brillantes como los astros. Yo entonces seguia atónita por los cerúleos abismos el vuelo de esas abejas de oro que depositan en la inmensidad la miel de nuestra vida, y ni los cánticos de la caravana errante, ni las esquilas de los ganados conducidos al oasis, que interrumpian el silencio de la noche, pudieron interrumpir jamás la solemnidad de mis meditaciones. Despues, durante el dia, contemplaba las fórmulas astronómicas en los ladrillos trasportados de Babilonia, y anunciaba á las gentes maravilladas la hora precisa en que la blanca luna se vestiria de negro luto. Cuánto

trabajo nos ha costado mostrar á los maestros que la reina de la noche tiene luz prestada, y que sus eclipses provienen de la sombra de nuestra tierra, pues creian explicar este desmayo de luz por gigastesco dragon, extendiendo las garras sobre su plateada superficie para devorarla como la araña á la mosca. En bien temprana edad, todavía niña, comencé á estudiar sobre las rodillas de los Ptolomeos los saros, período de diez y ocho años, á cuyo término vuelven á reproducirse con uniformidad los eclipses, conociendo además la diferencia entre las horas equinociales y las horas civiles. Y á veces me parecia que las estrellas se desprendian de los cielos, y contaban el tiempo como las gotas de mi Klepsidra, murmurando al pasar secretos de lo porvenir, misterios del destino. Yo sé cuáles son lo astros intérpretes, los astros reveladores, todos relacionados entre sí por la armonía de sus movimientos, y todos presididos por el principal de ellos, por el sublime Kronos. Llámanse los astros intérpretes, en el comun lenguaje, planetas, y lleva cada uno sobre sí treinta estrellas que todas las semanas bajan de las regiones inferiores para traernos ideas y aromas de los cielos, como en torno nuestro hay otras estrellas no ménos luminosas, aunque invisibles, á

nuestros ojos de carne, para llevar á los cielos ideas y aromas de la tierra. Así es que en esas inmensas tablas de zafiro tachonadas por jeroglíficos de oro, que llaman cielos, leemos nosotros la suerte de los mortales y adivinamos la estrella que surge en el Oriente para acompañar cada cuna y la estrella que se sumerge en el ocaso para acompañar la triste sepultura.

ANTONIO.

Cleopatra, léeme mi horóscopo.

CLEOPATRA.

Antonio, eres inconstante como un griego.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque has dicho que no querias saber mudanzas de la suerte, y ahora deseas interrogar el destino, esa contínua mudanza, esa eterna transformacion.....

ANTONIO.

Basta. Es verdad, Cleopatra, no sepamos nada de lo porvenir, cuando tan venturoso es lo presente.

CLEOPATRA.

Sobre todo, cuando te acercas á mirar ese abismo abierto á nuestras plantas, el abismo de la muerte, adivinas que todos allí hemos de parar por virtud de las fuerzas destructivas de la Naturaleza y allí todos hemos de regenerarnos por virtud de sus fuerzas vitales y creadoras. La esencia de nuestro sér, ese aroma escapado del ánfora de este nuestro cuerpo, irá á través de los organismos sucesivos á residir en la planta, en el animal acuático, en el terrestre, en las aves, hasta elevarse, como una espiral de blanquecino humo en el ara sagrada, á otras superiores infinitas regiones, llegando á su plenitud de vida, despues de mil años de sucesoras metamórfosis, en que se haya desceñido y despojado por completo de sus antiguas formas. Muchas veces, si mirais con atencion una estrella, vereis que os corresponde, que os llama, que os atrae como diciéndo-

doos mudamente vuestro orígen y vuestro destino; venir de allí como vienen los rayos de la luz, replegarse allí como allí se repliegan los rayos de la luz. La muerte sigue á la vida en este mundo, y luego que hayais reposado en el sepulcro, la vida seguirá á la muerte. Si sólo hubiera muerte, el Universo entero se dormiria una vez para siempre como se durmió Endimon en los bosques. Vivir es recordar otro mundo. Morir es en otro mundo nacer. Antes de volver al cielo, si hemos sido perezosos, vejetaremos en un árbol; si músicos, ascenderemos á la garganta de melodiosas aves; si sublimes, nos perderemos con las águilas en las ethéreas alturas, si sociales y buenos, zumbaremos en el enjambre de las abejas y destilaremos miel para dulcificar la vida universal. Y la muerte.....

ANTONIO.

Háblame en buen hora de la muerte, si la muerte ha de tenernos por siempre unidos bajo sus negras alas. Pero si la muerte ha de separarnos, ¡oh! no me hables jamás de la muerte; no quiero recordarla, no quiero creer en ella; la niego, ó cuando ménos la desprecio.

CLEOPATRA.

Si las ideas filosóficas te hastían, podré recitarte algunos versos de los antiguos poetas griegos; la descripcion de Colonna, con su blanquecino suelo, sus ligeros caballos; de bosques donde los mirtos crecen y los ruiseñores cantan; de florestas ricas en olientes narcisos y en áureo azafran, con que se coronaban las antiguas diosas; fecundada por el claro arroyo del Cefiso que en tortuosas serpientes de cristal se divide y por varios lechos se desliza; tierra sagrada del ceniciento olivo protegido por la severa Minerva de azules ojos; tierra en cuyos senos duerme tranquilo Baco y danzan ligeras las hermosas Musas.

ANTONIO.

Háblame de tu ciencia, de la que verdaderamente luce en estas misteriosísimas regiones; háblame de la Magia.

CLEOPATRA.

Yo soy maga. Yo tengo encerrados en mis pomos de oro fecundos rayos del sol, y en mis po-

mos de plata mustios rayos de la luna. Yo poseo la magia blanca, con cuyos conjuros se fuerza á los dioses á descender sobre la tierra y auxiliar á los mortales; y tengo la magia negra, que penetra en las tinieblas y apercibe los filtros contra los genios del mal. Yo conozco el himno caldeo al sol, con cuyas estrofas los encantamientos se disipan y los vampiros se alejan.

ANTONIO.

Me dan frio esas evocaciones.

CLEOPATRA.

Dejémonos pues de ciencias, y emprendamos otros ejercicios más gratos á la vida. Si quieres, engancharé yo misma mi cuadriga, compuesta de cuatro caballos apacentados á las orillas del Bétis, y citaré á todos mis rivales para arrancarles una vez más el premio en estas difíciles contiendas y ceñir nuevas palmas á mis sienes. Si quieres, me encerraré en las jaulas con mis tigres y mis leones de Numidia, y vendrán á lamerme sumisos las plantas al mandato de mi imperiosa mirada. Si quieres, disolveré la perla más bella, el

precio de un reino, traida de la India y encontrada entre los despojos de los reyes de Armenia, y la disolveremos en vinagre de Campania, y nos la beberemos de un sorbo. Cuanto quieras hará por tí, por verte gozoso, tu Cleopatra, que así cogerá el plectro para tañer la lira de oro, como la espada para bajar desnuda á combatir con los gladiadores, si puede darte un momento no más de satisfaccion y de gozo.

ANTONIO.

Yo sólo quiero tu amor. Con ese bien, con ese lauro tengo bastante para no desear ni más gloria ni más bienes. Poseyéndote, poseo el Universo. Todas las delicias que tú guardas, todas las ciencias que tú sabes, todas las artes que tú inspiras, toda la magia con que tú hechizas, forman otro mundo mejor que este pobre mundo...

CLEOPATRA.

No, no te creo.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque el amor habla ménos y hace más.

ANTONIO.

¿Qué quieres que yo haga? Dilo.

CLEOPATRA.

Olvidarte de Roma.

ANTONIO.

Imposible.

CLEOPATRA.

Imposible, porque en Roma vive Octavia. ¡Traidor! tu cuerpo está entre mis brazos, pero tu pensamiento está sobre el solitario lecho de tu esposa. Y como Cleopatra te ha entregado todo su ser, ya te disgusta Cleopatra. Tu amor antojadizo vuelve nuevamente hácia Italia sus deseos. Dioses infernales, que el sueño no se pose en sus párpados, que el remordimiento le muerda hasta en las entrañas, que el afeminado Octavio le venza y le deshonre, que los esclavos le insulten, que las mujeres le aborrezcan, que el orco le reciba, y desde allí me vea en los elíseos cam-

pos, me desee y no pueda obtenerme; que si la muerte no fuera débil castigo á sus crímenes, le hubiera arrancado el corazon para dárselo á mis perros.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra! Por tí dejé las riberas de Grecia. Por tí he suspendido la guerra con los parthos. Por tí he repudiado á Octavia, repudiando con ella la fortuna. Por tí me declarará mi propia ciudad la guerra, y no crees en mi amor.

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Qué sincera prueba de amor deseas?

CLEOPATRA.

Deseo que dividas tus maravillosas conquistas entre mis hijos.

ANTONIO.

Me pierdes...

CLEOPATRA.

Y dice que me ama! Voy á vestirme de luto como si te hubieras muerto. (*Se aparta del lado de Antonio*). Jamás volveré á tu lecho. Estoy viuda. Para siempre; para siempre separados.

ANTONIO (*levantándose y cayendo en sus brazos*).

¡Oh! Soy tu esclavo. Manda.

XVI.

PROBO.

¿Será verdad? ¿Arrancará de Roma ciudades tan grandes, provincias tan florecientes, imperios tan ricos, para entregarlo todo á la voracidad de una manceba impúdica y al peculio de unos hijos adulterinos. Júpiter, que reinas en el Capitolio, si no has perdido tus rayos, ¿cómo tardas en blandirlos con fuerza y arrojarlos sobre la frente del protervo?

SEXTIO.

Este oficio de parásito, á primera vista socorrido y cómodo, tiene sus dificultades y sus quiebras. La costumbre requiere que digamos á todo el mundo verdades amargas desde nuestro abati-

miento, y suele costarnos esto dias y noches de profundo vacío en el estómago y altas prominencias en las costillas. Venido desde Roma, donde mi franqueza no se apreciaba en todo su valor, á este ejército, cuyas enseñas siguen parásitos tan desvergonzados como yo, quise ayer entre sorbo y sorbo de dulce Falerno, decirle á Antonio que la reina de Egipto juega con él como orgullosa gata con prisionero raton, y del puntapié con que me respondió, rodé las escaleras de su jardin, y en el mármol me abrí la cabeza como un melon, jurando desde entonces á los dioses no volver á meterme en tales peligros, para no dar semejantes saltos.

NATO.

Ignoras, Sextio, por completo, el código de nuestro oficio. Para comer á dos carrillos y roncar á pierna suelta y divertirse, hay que seguir mi vocacion, la de adulador. Veo á un general vencido, aporreado, fugitivo, y le digo que acaba de conquistar el mundo. Veo á un ricacho, ayer medio parásito como yo, hoy rodeado de parásitos, y le digo que su riqueza, robada en el gobierno de las provincias, proviene de ricas heren-

cias aumentadas por su talento y sus virtudes. Veo á un poeta silbado y le comparo con Cátulo, y le digo que dará á Roma una epopeya digna de emparentar con la Iliada de Homero. Así, ricas túnicas y largos mantos se ciñen casi por sí mismos á mi cuerpo; esencias olorosas caen como menuda lluvia sobre mis cabellos; sitios preeminentes, cerquita de las orejas agasajadas por el rumor de la adulacion, me están siempre reservados en los festines, y el mejor trago viene como por encanto á mi gaznate y los lechones asados corren bajo mis manos. Yo lo sabia, por ejemplo, todo; sabia que Octavia llegó á Roma; que César, al verla entrar desdeñada por Antonio, montó en cólera; que la casta matrona intentó con inútil empeño desarmar al hermano amante é interceder por el marido ingrato; que la ciudad entera pide freno á estos escándalos y castigo á estos crímenes; que el dia ménos pensado declaran los de allá la guerra al de acá y cazan como una sierva á esta Cleopatra, pero me guardé muy bien de decirlo por miedo á mi corto genio y á las largas manos de Antonio.

SEXTIO.

Pero sabes bien que cada uno de nosotros so-

bresale en géneros diversos. Si todos nos consagramos á aduladores, concluiríamos por ser arrojados de todas partes. ¿En qué mal hora me dí yo á este género peligrosísimo de decir la verdad aquí donde todo se alcanza por el fraude y por la mentira?

SILIO.

Pero estais desnaturalizando por completo nuestro arte, esta série de principios científicos aplicables á la vida y á la sociedad. Cúrense magistrados y filósofos de los que gobiernan la tierra y de los que gobiernan los cielos; nosotros los parásitos debemos curarnos de saber dónde están los más hábiles. Investiguen estos en buen hora el secreto de la vida, el orígen de las ideas, la superficie del sol, el número de las estrellas; rómpanse la cabeza aquellos por si el elocuente Ciceron, al acabar con Catilina, entregó la República á los caballeros y los caballeros á César; disputen los de más allá sobre si debió Sexto Pompeyo en el golfo de Bayas levantar las áncoras de su navío y ahogar á los triunviros en alta mar, quedándose con la propiedad de esta inmensa mancebía á que llaman tierra; nuestro oficio

es atisbar los festines, entrarnos en ellos de rondon como en nuestra casa, decir frases gratas á los anfitriones, escoger el puesto por donde pasen primero los platos, comer hasta el hartazgo, rebosar de vino hasta embriagar á los demás con nuestro aliento, dormir á pierna suelta, y lejos de perecer en los campos de batalla como gentes vulgares, morir como dioses en los festines, de indigestion, entre un jarro de vino y un plato de jabalí. Nuestro arte es difícil por excelencia, puesto que trata de resolver este problema: comer, beber y vestir como un patricio teniendo el peculio de un mendigo. Para desempeñarlo, necesitamos conocer á los hombres verdaderos y á los falsos, cosa más difícil que distinguir la verdadera de la falsa moneda; conservar delicado gusto que aprecie las especies de las salsas diversas y el mérito de los manjares; tener filosofía bastante á soportar la vanidad, la soberbia, el mal humor, la envidia; murmurar de todos sin llegar á indisponerse con ninguno, y hablar con una elocuencia y una retórica que nos abra todas las puertas y nos mantenga en todos los salones. Así, mientras los demás se afanan y sudan y trabajan, nosotros vivimos en fiesta contínua y tenemos consagrados todos los dias del mes y todos

los meses del año al ócio y al placer. Todo arte exige comer poco y beber menos, el nuestro comer y beber mucho; todo arte necesita de un ajeno instrumento, del plectro el tañedor de cítara, y del cincel agudo el estatuario; nosotros no necesitamos otro instrumento que nuestras muelas; para aprender los demás artes teneis que gastar tiempo y dinero, en el nuestro nacemos ya sabedores é industriados; en fin, los parásitos somos como los poetas, favoritos y privados de los dioses.

PROBO.

¡Y todavía nos extrañaremos de que Roma haya perdido su libertad y su República.—¿Qué veo?—¡Geminio! ¿Dónde vas?

GEMINIO.

Voy en busca de ligera nave que me lleve á las costas de Italia. Huyo de esta tierra maldita donde reina la vistosísima serpiente del Nilo que ha fascinado á nuestro Antonio. Cuando Calvisco acusó al general de haber regalado á Cleopatra la Biblioteca de Pergamo, rica en doscientosmil volú-

menes; de haberse levantado en un festin tras ella, encerrándose ambos á la vista misma de sus convidados para entregarse á sus amores; de haber oido con verdadera voluptuosidad que los efesios llamasen á nuestra enemiga su reina; de haber, en las audiencias públicas, recibido cartas amorosas de su real manceba, escritas en cristal y cornarina, leyéndolas ante los mismos jueces, á pesar de sus escandalosas frases; de haberse dejado la presidencia de un tribunal, estando en el uso de la palabra Furmo, el más elocuente de los abogados y el más digno de los romanos, por seguir la litera de su amada, que iba con propósito de probar al mundo cómo su amante la prefiere al honor y á la autoridad, las gentes imaginaban tales hechos como invento de los celos y pasto de la maledicencia. Pero yo he visto cosas mayores, más inenarrables. Creia descubrir en mí la proterva un mensajero de Octavia, y me impedia toda entrevista con Antonio. Designábame en los festines el último lugar, para ahuyentarme de los oidos que llena ella con su elocuencia asiática. Mi resignacion ante estas maldades era tan grande como su protervia. Hace dos dias me notó Antonio contrariado, porque la vergüenza se pintaba bien clara en mi rostro, y como el buen natural

no se ha perdido en él todavía, me dijo que hablara en alta voz del objeto de mi venida. «Las cosas en que voy á industriarte, le respondí, deben decirse en ayunas; pero harto, y áun bebido, puedo en alta y clara voz anunciarte que todo iria á pedir de boca, si en vez de reinar Cleopatra en tu corazon, reinara sólo en Egipto.» Enfurecióse Antonio; y Cleopatra se irguió, creciendo como un reptil que se estira, ó para defenderse ó para acometer; y mirándome con ojos semejantes á los ojos de una víbora, que clava su aguijon, me respondió: «Procediste bien; lo que te ha hecho decir el vino, de todos modos te lo hubiera hecho decir el tormento.» Y me parto ahora mismo para decir que no caben ya en el mundo Octavio y Antonio, Roma y Cleopatra.

XVII.

PROBO.

Voy á verlo por mis propios ojos. Voy á ver cómo el Gimnasio, elevado por los Ptolomeos en Alejandría, á ejemplo de los griegos, para desarrollar las fuerzas de la juventud y darle energía, entereza, virilidad, se convierte por un momento, con estas saturnales de Antonio y Cleopatra, en casa de pública prostitucion. Los pórticos sencillos están llenos de cortesanos vestidos como mujeres, segun lo rozagante de sus mantos de seda y lo deslumbrador de sus joyas de oro. Los peristilos contienen legiones de innumerables sacerdotes que llenan los aires con las nubes de sus sacrificios y los olores de sus aromáticas esencias. Cada templo de estos dominios ha mandado una ofrenda á la diosa viviente de Egipto, y cada ofrenda vale un reino. En el Efebeo se levantan

airosos, entre tapices de brocado, los tronos que han de ocupar esos locos amantes, tronos de plata y oro, superiores en explendor y en riqueza á los más bellos y más grandiosos altares. Por las demas salas, por todas las palestras, se ven los guardias de las regiones del Asía y del África, vestidos con sus expléndidos trajes y cargados con sus relumbrantes armas; los jóvenes, que imitan á los griegos, desnudos como en los bajos relieves de Fidias, entonando en coro versos de Píndaro y de Homero; las vírgenes hermosísimas, con sus crótalos hispalenses en las manos, danzando al són de las liras; los magos, diciendo palabras extrañas que recogen sus oyentes con supersticiosa veneracion; miéntras que por las florestas y jardines de los alrededores discurren las bacantes con sus coronas de pámpanos á las sienes, su tirso ceñido de hiedra en las manos, sus pieles de ciervo á la espalda, sus palabras incoherentes en los labios, verdaderas imágenes de la voluptuosidad y de la embriaguez.

COROS.

Cantemos la ciudad de Alejandría, la más bella entre las ciudades del mundo. Salió de la mente

del gran Alejandro, como Minerva de la cabeza del gran Júpiter. El cielo de África la mira extático por los ojos de sus estrellas inextinguibles; el desierto la ciñe y la rodea con sus arenas de oro; el Nilo murmura en sus oidos, al deslizarse en el lecho ceñido de palmas y habitado por los cocodrilos, palabras divinas; los obeliscos señalan con su sombra el curso del sol y llevan en sus jeroglíficos pensamientos de la inmortalidad; el mar Mediterráneo la besa con sus ondas recamadas de espumas las sandalias de mármol; el Faro engarza clara luz en su frente; el Asia y Grecia la consultan, porque Alejandría es la perla preciosa del anillo con que se unen y se enlazan los continentes, el santuario en que se confunden y se identifican las ideas.

COROS DE VIRGENES.

Ya viene la hermosísima Cleopatra con los atributos de Isis. Sobre su espaciosa frente se elevan los argentados cuernos en que descansa y reposa el sol de oro. Una túnica blanca, como la azucena de los valles, se ciñe á su cuerpo, tiñéndola con los reflejos de la luna, y negro manto sembrado de estrellas cae de sus hombros, seme-

jándose al manto de la noche. En carro de oro se asienta, rígida, fria, solemne como una estátua; y seis blancos briosos caballos la arrastran por las calles cubiertas de tapices y sembradas de guirnaldas. Precédenla los animales simbólicos, y sigue-la innumerable cortejo compuesto de devotos á Isis, cuya imágen más bella ven á una en la divina Cleopatra. Los devotos la aclaman de diversas insignias revestidos. Llevan unos tahalíes á guisa de soldados; otros cortas clámides que apenas llegan á la rodilla, ligera espada al cinto, venablos de cazador en las manos; éstos, borceguíes de oro, trajes de seda recamados de pedrería; aquellos, el casco y el escudo de los gladiadores. Para divertir al pueblo se disfrazan varios de magistrados y fingen grave tribunal, en tanto que otros se calzan las sandalias y se ponen postizas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todo es grandeza y hermosura. Las más graciosas jóvenes, griegas, egipcias, nubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan hojas de olorosísimas flores. Algunas llevan en sus espaldas bruñidos espejos para que la diosa pueda ver y contemplar á cuantos la acompañan y la siguen. Otras ostentan en sus manos caprichosos

peines de marfil, y fingen sabiamente con sus ademanes peinar y trenzar los cabellos de la hermosísima diosa. Toda suerte de candelabros, lámparas, lucernas, faroles de diversas formas y de riquísimos materiales, indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus incomunicables y divinas esferas. Solemnes cantatas suben á las alturas como llevadas en las nubes del incienso. Ejércitos de esclavas, lujosamente vestidas, queman perfumes de la Arabia. Las iniciadas se adelantan con los piés desnudos y las cabezas cubiertas de trasparentes gasas, y los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo melódicas escalas de armoniosísimos sonidos. Luego siguen los pontífices, llevando sobre su pecho cubierto de blanco lino, las imágenes de los grandes astros á que consagra cada uno de ellos su culto, y cierran la procesion las vacas, las osas, las monas, los dioses con cabeza de perro, el génio que baja del cielo al infierno, y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, y á veces oscuro como la noche, á manera de nube relampagueante, y la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un lu-

ciente áspid recamado de deslumbradoras escamas, cada una de las cuales se compone de un oriental y trasparente zafiro. Sonríense los cielos á tanta hermosura, y saltan de regocijo los corazones como el cabritillo que trisca entre las plantas y los arbustos de una espaciosa floresta.

COROS DE SACERDOTES.

El gran general que protege á nuestra reina, recibió la sagrada iniciacion egipcia, en los profundos misterios. Su cuerpo se ha purificado en la penitencia y se ha enardecido su alma en las austeras ceremonias. Ha penetrado en lo interior de las Pirámides con la solemnidad misma con que los muertos suben á la eternidad y los dioses bajan á la tierra. Llegado allí, ha descendido en las tinieblas de la noche al hondo pozo, valiéndose tan sólo de sus manos y de sus piés, y luego se ha encorvado para deslizarse á rastra, como una culebra, por los hondos subterráneos. Al fin de la galería brilló de pronto siniestra claridad y en ella surgieron tres chacales que le anunciaron los grandes peligros por correr y las grandes amenazas por salvar. Pero intrépido como en las batallas se arrojó á nado en

el canal sacratísimo sin ahogarse, y pasó sin consumirse por las llamas de la cámara ardiente, por su voraz incendio, como si fuera de amianto, y se sostuvo erguido cuando la tierra le faltaba por completo bajo las plantas, y al cogerse á una argolla y encontrarse pendiente de los abismos insondables azotado por huracanes terribles, ni se entornaron sus ojos, ni se fruncieron sus cejas, como si fuera la misma incontrastable divinidad en toda su omnipotencia. Así ha podido llevar las doce estolas sagradas con los signos del zodiaco; los mantos, en cuyos pliegues van bordados antiguos jeroglíficos, y conocer y profundizar todos nuestros misterios que le han sido por nuestros mismos dioses revelados, gracias á los conjuros de la mágia. Y viene en procesion representando junto á la diosa Isis su hermano y su esposo el dios Osiris, el que enseñó á los hombres el cultivo de la tierra y domeñó los mónstruos abortados por las tinieblas.

ANTONIO (*en el trono*).

Os he congregado bajo mis altares de plata sobre los cuales se levantan dos tronos de oro, para deciros que Cleopatra y yo somos como la luna

y el sol entre los astros, como Isis y Osiris entre los dioses. Mi prosapia es á la verdad tan sublime y antigua como la prosapia de los dioses. Yo bien puedo llamarme el Osiris egipcio, puesto que desciendo del Hércules griego. Bien se conoce tan divina ascendencia en mis grandes manos, en mis nervudos brazos, en mi cabeza esférica, en mi frente espaciosa, en mi espeso cabello, en mi rostro sereno como el rostro de un dios. Y Hércules, comprendiendo que faltaban al mundo hombres de su temple, no se contentó con una sola mujer y con una sola familia. Fundó muchas para que muchos heredasen su nombre y su vigor. Así yo he fundado muchas familias nacidas de mi esposa Fulvia, de mi esposa Octavia, y de la más amada entre todas, de aquella que me idolatra y yo idolatro, de la divina Cleopatra. Y para demostrar al mundo que brotan de mi lecho reyes, confirmo á Cleopatra en el reino de Egipto, y le dono Chipre, la isla de la hermosura; Africa, la tierra del valor y de la fortaleza, y le asocio por colega su hijo Cesarion, hijo tambien del divino Julio César, y por lo mismo de la gloriosa estirpe de los génios y de los dioses. Y Cleopatra tiene frutos de mis amores, Alejandro, á quien dono Armenia, Media y el reino de los Parthos, y Ptolomeo,

á quien dono Fenicia, Siria y Cilicia. Acércate, Alejandro, con las insignias de la dignidad que yo mismo te he ceñido, con la tiara puntiaguda, con la púrpura real; acércate, Ptolomeo, con tu diadema que recuerda la gloria y la omnipotencia de Alejandro. Venid, soldados armenios, venid, soldados medas, y rodead á vuestros reyes y rendidles homenaje como á los dioses. Oriundos del Asia y de Grecia, con ferviente sangre romana en las venas, herederos de los dioses griegos y de los dioses egipcios, su gloria se reflejará en dos continentes, y sus nombres, ya escritos con letras de estrellas en los inmensos espacios, se escribirán tambien mañana indeleblemente en los anales de los pueblos.

CORO UNIVERSAL.

Aclamemos al poderoso, al fuerte, al invencible, al divino Antonio, y que todos los séres se asocien á nuestros loores.

PROBO (*saliendo al frente.*)

No, todos los séres no se asociarán á vuestras adulaciones. Aun hay aquí un romano. Yo no

tengo poderes de nadie ni los necesito. Yo siento en mi breve y fugaz sér la Ciudad Eterna. Donde hay un romano, allí está Roma. Y en nombre de Roma te declaro guerra á muerte, general romano, que has pasado á ser general bárbaro. Nosotros no podemos consentir que el imperio del mundo sea repartido, como los manjares de un festin ó como el vino de una orgía, entre los hijos del adulterio, educados como Annibal, en el ódio á la Ciudad Eterna. Tiembla, Antonio, tiembla más tú aun, Cleopatra; el génio del Capitolio habla por mi boca, y todos los maldecidos por el génio del Capitolio se han desplomado en los abismos.

CLEOPATRA.

Calla, fementido, ladron, hijo de mala madre, padre de una generacion maldita, romano falaz y traidor. ¿Cómo te atreves á mirar sin deslumbrarte el sol de los soles.? ¿Cómo injurias al hombre que ha dilatado Roma y sus dominios más allá de los límites soñados por la imaginacion de vuestros poetas y prometidos por el génio de vuestros dioses?

PROBO.

Mientras le imaginé fiel á Roma, le seguí has-

ta el fin de la tierra; ahora que le veo solamente fiel á Cleopatra, le maldigo y le aborrezco.

CLEOPATRA.

Quereis, nacidos ayer en oscura ciudad, hijos de las heces y del rebujo de todos los pueblos, con dioses prestados, sin prosapia y sin historia, sin religion y sin ciencia, poneros al lado de nosotros, que somos Grecia y Asia á un mismo tiempo, que descendemos de Sesostris y de Alejandro, que sentimos discurrir por nuestras venas la sangre de todos los dioses y arder en nuestra mente el fuego de todos los altares? El águila romana que sostuviera en sus garras bajo la mano de Antonio cien pueblos, se ha convertido ya en la gallina clueca de los corrales de Octavio.

ANTONIO.

Repórtate, Cleopatra.

PROBO.

Reina de Egipto, he de verte entrar en el Poemerium romano, atada al carro de nuestros generales, trofeo viviente de nuestras victorias.

CLEOPATRA.

No lo verás, romano, porque ya estoy cansada de tu lengua y de mi paciencia. (*Se baja del trono, saca un cuchillo del cinto y lo clava en el corazon de Probo que cae muerto á sus plantas.*)

PROBO (*al caer.*)

¡Oh Roma.!

CLEOPATRA (*señalando con una mano al cadáver y con la otra á Antonio.*)

Divino Osiris, Isis ha ofrecido en tus aras humanos sacrificios. (*Suena un largo y ruidoso trueno que pone en todos espanto.*)

MENSAJERO ROMANO (*abriéndose paso entre la muchedumbre aterrada.*)

Cleopatra, César te declara la guerra, y Júpiter te anuncia la derrota. (*General estupor.*)

XVIII.

DOMICIO.

Nueva guerra civil. ¿Roma no podrá gozar en paz el dominio de la tierra?

ANTONIO.

¿Cómo consentir, Domicio, que reine sobre el mundo ese mancebo, ese Octavio?

DOMICIO.

Peor es en verdad que reine esa manceba, esa Cleopatra.

ANTONIO.

No provoques mi ira. Le inmolé ya mas de un

amigo mio, y me cuesta trabajo, mucho trabajo refrenar mi cólera.

DOMICIO.

A lo ménos, Antonio, ya que impera con tanto imperio en tu corazon, presérvala de los horrores y de los peligros de esta guerra, no la traigas al campamento.

ANTONIO.

Me ha pedido con grandes instancias el correr mi misma suerte, y me ha prestado poderosísimos auxilios. Dejadme pues en paz, y no volvais á exigirme que me separe de Cleopatra.

CANIDIO.

Yo no soy del parecer de Domicio. Cleopatra ha traido fabulosas riquezas á esta guerra; doscientas naves para la armada, víveres en cantidad tan grande, que podrian alimentar tres ejércitos, y la crecidísima suma de veinte mil talentos de plata. Luego su ausencia desconcertaria á los egipcios, que componen el grueso de nuestra ma-

rina. Y Cleopatra que lleva en sus manos el cetro de Egipto, como si fuera ligero ramillete, no es inferior ni en génio ni en fortaleza á los reyes hoy sometidos á tus órdenes.

DOMICIO.

Permiteme, Antonio, permite á un general fidelísimo deplorar tu proceder. La compañía de Cleopatra te obliga á fiestas, y las fiestas á dispendios. La isla de Samos se ha convertido con tu visita en una inmensa orgía. Todos los sacerdotes que tiene Baco desde Siria hasta Armenia é Iliria han acudido á tu llamamiento. Cada colegio sacro te ha enviado un buey coronado de flores; cada monarca un presente para los festines, cada ciudad un coro de cantores y una compañía de músicos y comediantes; de suerte que mientras la tierra entera resuena con los gemidos y los sollozos, tu corte resuena con las cítaras y los versos; celebrándose en ella los preparativos de una matanza como si fueran los resultados de una victoria.

ANTONIO.

Yo procedo como descendiente de Hércules y

como discípulo de Baco. Y ya adivino cuanto dices al saber que he regalado á los cómicos y á los farsantes, en premio de algunas horas, no tanto de placer como de olvido, una ciudad entera.

DOMICIO.

Por esas locuras se va irremiseblemente á próxima ruina. No te engañes, Antonio. En todas partes asoman señales de la cólera de los dioses contra tí, contra tus empresas. La colonia Pisaura, que fundaste á las orillas del Adriático, acaba de sumergirse como un barco que hace agua. Tu estátua de Alba ha sudado por sus poros de mármol frio sudor de angustia. El templo de Hércules, tu ascendiente, ha sido devorado en Patrás por el fuego celeste. El huracan se ha llevado en sus remolinos la estátua de Baco, que resplandecia en la Gigantomaquia de Atenas. Una tempestad ha derribado las estátuas de Attalo y de Eumenes, que ostentaban en el pedestal tu nombre, mientras las demás no señaladas con este signo, han permanecido intactas. Y en la nave Almirante, que conduce á Cleopatra, han anidado golondrinas, á los pocos dias exterminadas al par de sus hijuelos por otras misteriosas que venian con el hambre de los buitres y con sus implacables entrañas.

ANTONIO.

¿Qué me importan todas esas señales, cuando tengo tan poderosos ejércitos? Ochocientas naves se mueven al eco de mi voz. Doscientos mil infantes siguen mis enseñas. Doce mil caballos hacen estremecer la tierra que pisan con sus fuertes herraduras. Me siguen, como tributarios, innumerables reyes; Bocchus que domina en Africa; Tarcodemus que se enseñorea de la Cilicia superior; Philadelfo á quien los paflagones obedecen; Mitrídates, el de Commagenes; Adallas, el de Tracia, y sin contar los que me han enviado ó sus herederos ó sus tenientes, todos acostumbrados así á la dominacion de los pueblos, como al mando de los ejércitos, y tan ilustres por sus espadas como por sus cetros. Con mi oportuno llamamiento tengo casi todos los reyes, con Cleopatra casi todos los dioses y con mi brazo la fuerza de Roma. ¿Quieres que tiemble todavía ante esa mujerzuela que domina en el Capitolio y que espera dominar en el mundo?

DOMICIO.

A lo ménos te ruego que des la batalla en tierra, no en mar.

ANTONIO.

¿Por qué?

DOMICIO.

Parece imposible que preguntes por qué, siendo general, y general de imperecedera memoria. Porque en tierra le llevas la ventaja á Octavio, y en mar Octavio te la lleva á tí. Me dirás que son más numerosas tus naves; pero tambien son más pesadas. Y en toda lucha marítima la victoria depende más que de la fuerza del empuge, de la ligereza de los movimientos.

ANTONIO.

Y tú ¿qué dices á esto, Canidio? Habla, general, hable tu experiencia militar.

CANIDIO.

Yo digo que es más ventajosa la batalla terrestre.

CLEOPATRA (*apareciendo de súbito*).

¡Qué oigo! ¿Es Canidio quien da tal opinion?

CANIDIO.

¡Cleopatra! Estoy perdido.

DOMICIO (*llamando la atencion de Antonio sobre un libro*).

Mira lo que dice uno de nuestros grandes maestros, y aprovecha sus lecciones.

CLEOPATRA (*acercándose al oido de Canidio*).

¿Es posible? ¿Un general hace lo que no haria un esclavo? ¡Tan pronto te has olvidado de los tesoros que te dí para sostener ante Antonio la preferencia de la batalla marítima!

ANTONIO.

¿Decias, Canidio?...

CANIDIO.

Decia, Antonio, que era preferible á la batalla terrestre la batalla marítima.

DOMICIO.

¡Pero si ántes dijiste lo contrario!

CANIDIO.

Te engañas.

DOMICIO.

¡Pero si lo he oido yo!

CANIDIO.

Pues si lo has oido, te han tristemente engañado tus orejas.

DOMICIO.

Pues di las razones que tienes para preferir el mar inseguro á la segura tierra.

CANIDIO (*balbuciente*).

Tengo que.....

DOMICIO.

¿Balbuceas?

CLEOPATRA (*en voz baja*).

¡Imbécil!

ANTONIO.

Yo cortaré la disputa con una suprema palabra. Combatimos en la mar porque así lo quiere Cleopatra.

CLEOPATRA.

¡Bien, mi leon romano!

ANTONIO.

Ya sabes que tu voluntad es mi ley, hermosa serpiente del Nilo.

CANIDIO (*para sí*).

No me sacó de mal apuro.

DOMICIO.

¿Lo veis? ¡Oh dioses!

XIX.

ARISTÓCRATES (*en las playas egipcias*).

Nada he podido saber de la batalla, nada de mi amigo Antonio. La impaciencia me devora, y por más que he pedido consejos á la filosofía, no he hallado ningun reposo. El peor de los estados del alma es la incertidumbre. Creo ver allí un marino que ha desembarcado recientemente. Le preguntaré lo sucedido.—Marino, ¿qué ha pasado en la guerra?

MARINO.

¡Ah! No quieras saberlo.

ARISTÓCRATES.

He tomado en la filosofía fuerza para sufrirlo todo.

MARINO.

Mas yo en verdad te digo que no las tengo para contarlo.

ARISTÓCRATES.

¿Ha muerto Antonio? ¿Acaso Cleopatra?

MARINO.

Más les valiera haber muerto.

ARISTÓCRATES.

Luego ¿viven?

MARINO.

Viven.

ARISTÓCRATES.

Respiro.

MARINO.

Buenos dias. Me voy.

ARISTÓCRATES.

Permíteme que te detenga en esta playa y te suplique me narres la inenarrable tragedia. Por tus palabras, por tu tristeza, ya veo que todo ha sido funesto. Pero deseo saber las particularidades. Dímelas.

MARINO.

Antonio, contra el consejo de sus compañeros, empeñó la batalla en los mares: funesto empeño! Presintiendo los soldados la catástrofe, le gritaban mostrándole sus adiestradas espadas y diciéndole: «Fíate en este acerado hierro y huye de esos podridos leños.» Tres dias despues de haberse avistado las flotas enemigas, por la punta de Accio, el mar se ensoberbeció tanto que ni unos ni otros pensaron en combatirse, porque ni unos ni otros pudieron domeñar las olas. Pero, al quinto dia, los vientos cayeron; serenáronse las aguas, y las dos escuadras se aparejaron á luchar y se pusieron en guardia. Antonio, desde una chalupa, visitaba sus navíos y animaba á los tripulantes, como Octavio, que tambien inspiraba á los suyos con su presencia ánimo y valor. Cuando

inspeccionaba éste su ala derecha, vió con sorpresa que nosotros estábamos inmóviles, como si tuviéramos echadas las anclas, y se detuvo á ocho estadios de nosotros. Era la sexta hora del dia. Fresco viento sopla; nuestra escuadra se adelanta, y los soldados de Antonio claman, impacientes por romper en guerra, seguros en sus naves, tan fuertes y tan colosales como baluartes flotantes. Una circunstancia terrible agravaba nuestra posicion; no teníamos remeros. En vano se levantaron numerosas levas en las tierras de Grecia; en vano se recogieron segadores, jornaleros, gente ajena al mar; la falta de brazos añadia pesadumbre y solidez á la inercia natural de aquellas naves. Así cada nave de Antonio se encontraba cercada á un mismo tiempo por tres ó cuatro naves de Octavio. Y como las naves nuestras permanecian inmóviles, semejábase aquel sangriento encuentro en las aguas á una batalla terrestre, ó mejor dicho, á un verdadero sitio en regla. Las maniobras mayores se verificaban entre nuestra ala derecha, un poco apartada del centro, y el ala izquierda de los enemigos, que tendia fuertemente á envolvernos. Pero la batalla estaba indecisa, cuando, aterrada Cleopatra por las flechas y venablos que llovian en todas partes; por los heri-

dos que manchaban las aguas con sangre; por los muertos que se derrumbaban en los abismos, huyó á todo huir en su nave capitana, rompiendo y desconcertando nuestra escuadra. Apénas vió Antonio aquella fuga, cuando, en vez de detenerla y obligarla á permanecer á su lado; en vez de huir de ella y abismarse en la pelea, despreció á los que mataban y morian por él, siguiéndola como un tierno amante, olvidado de ser un general que debia mirar con igual indiferencia al amor y la muerte. Se resistieron algun tiempo los nuestros; pero doblaron al destino su frente, y Octavio pudo decir que habia recogido trescientos navíos y sepultado cinco mil cadáveres en los abismos insondables.

ARISTÓCRATES.

¿Y Cleopatra? ¿Y Marco Antonio?

MARINO.

Cerca del Peloponeso, la nave de Antonio abordó á la nave de Cleopatra, y aquél se juntó á su real amante. Pero avergonzada, confusa, no salió la reina en tres dias con tres noches de su camarote; y Antonio, sentado á proa, sumido en meditacion profunda, inmóvil, como si apénas

respirase, miraba alternativamente cielo y mar, rodando por lo interior de su espíritu extraños pensamientos. Al cabo de estos tres dias, pasados sin verse y sin hablarse, como si hubieran para siempre acabado sus amores, juntáronse como ántes, y se dieron á sus antiguos trasportes yá su delirante entusiasmo.

ARISTÓCRATES.

¿Y las tropas de tierra?

MARINO.

Permanecieron fieles á su general, hasta que, habiéndolas abandonado los dos principales tenientes de Antonio, primero Domicio, pasado al comienzo de la batalla, y luego Canidio, huido más tarde, se dispersaron unos y se rindieron otros, acabándose así poderío tan grande y gloria tan excelsa.

ARISTÓCRATES.

¿Y los dos amantes?

MARINO.

Á estas horas deben hallarse en el seno de Egipto.

XX.

ANTONIO.

Dejadme, amigos mios; dejadme romper las ligaduras de la vida.

LUCILIO.

Pero ¿qué intentas?

ANTONIO.

He repartido los restos de mis riquezas entre los últimos compañeros fieles, y al ver las infamias y las traiciones que han rodeado el ocaso de mi poder y de mi fortuna, ya no quiero la vida. Ayer los reyes me besaban los piés, y hoy se burlan de mí los esclavos; ayer los sacerdotes me erigian altares como á un Dios, y hoy me tienen por

protervo y maldito como á una bestia; ayer temblaban los pueblos en mi presencia, y hoy de mí se rien. Bajo el peso abrumador de estos desengaños, sólo queda un refugio, el refugio en brazos de la muerte.

ARISTÓCRATES.

No te desesperes, Antonio. La rueda de la fortuna da muchas vueltas. En los bordes del horizonte, por oscuro que parezca, no se borra jamás el reflejo último de la esperanza. Como reverdecen los árboles, puede reverdecer el laurel de tu gloria.

ANTONIO.

Caton se mató al ver muerta la libertad, Bruto al ver muerta la República. ¿Por qué no he de matarme yo al ver muerto mi antiguo poderío? (*Quiere atravesarse el corazon con su espada, pero se lo impiden Lucilio y Aristócrates.*)

LUCILIO.

No porfíes.

AGATOCLES.

No delires.

LUCILIO.

Consérvate para el mundo.

ANTONIO.

¡Para el mundo, que me rechaza!

ARISTÓCRATES.

Consérvate para Roma.

ANTONIO.

¡Para Roma, que me maldice!

LUCILIO.

A lo ménos para tus amigos que te aman.

ANTONIO.

Vosotros sí. ¿Pero qué me hablais de amistad? Decio huyó de mis mares. Canidio dejó en el

campo, sin guía y sin general, á mis tropas. Cleopatra, por quien yo desafiara la cólera de Roma, corrió en su galera lejos de mí, cuando más necesitaba yo de ser animado por el soplo de sus labios y por la lumbre de sus ojos. Los reyes, que se hundian serviles en el polvo, al pasar mi carro de guerra, y que me alargaban como en ofrenda sus cetros y sus coronas, se han pasado al enemigo victorioso, y se han reido en sus festines de Antonio y de su derrota. Comprended cómo estará mi corazon de triste y desesperado. Ya que me impidais la muerte, ya que os gozeis en ver cómo padezco, dejadme á lo ménos confinarme en esa torre de las costas, alzada entre el desierto de las olas y el desierto de las arenas, y á la cual he dado el nombre de Timon para recordar mi ódio á los hombres y mi eterna misantropía.

ARISTÓCRATES.

Te dejaremos con una condicion.

ANTONIO.

Díla.

ARISTÓCRATES.

Con la condicion de que has de darnos tu espada.

ANTONIO.

Tomadla, amigos. ¿Para qué me sirve? No he sabido superar el ódio de Octavio, venciéndole, ni la amistad de Aristócrates, matándome. Tomadla en buen hora.

LUCILIO.

Celemos por aquí. Impidamos de todas maneras su inútil sacrificio.

ANTONIO (*en lo alto de la torre*).

El mar, que brama; el desierto, que levanta, cuando el huracan lo azota, montañas de arena; el cielo, implacable y sordo á mis clamores; grandes compañeros de mi soledad y de mi tristeza. Muchos dolores hay esparcidos en el mundo. Guerrean los peces, devorándose unos á otros en contínuos combates; desgájanse los cielos en diluvios que inundan, en rayos que abrasan, y en huracanes que talan y destruyen; el desierto es contínuo teatro de catástrofes sin medida y eterno panteon de pueblos sin número; nadie sabe cuántos males se desencadenarán allá en los astros;

pero estoy seguro que en ninguna parte existe un dolor tan agudo como el dolor de mi corazon, ni una batalla tan empeñada y sangrienta como la batalla de mis sentimientos. Odiemos á los hombres. Aprendamos en Timon de Aténas el horror á la humanidad. Leamos ejemplos de este hombre. Aquí tengo su vida. Un dia que le preguntaban por qué acariciaba tanto á Alcibiades, respondió: «Porque está destinado á causar muchos males á nuestros conciudadanos.» Cenaba cierta noche con otro misántropo, único sér á quien veia, y como éste dijese: «¡Qué buena cena!» respondió Timon: «Excelente, si no fuese por la compañía.» Estaba reunido el pueblo en asamblea, y Timon subió á la tribuna para decir á los congregados, que le escuchaban atentos: «Ciudadanos: tengo en mi casa sucio corralillo, y en ese corralillo frondosa higuerra: muchos compatriotas se han colgado de sus ramas. Pienso edificar en tal terreno, y os lo aviso para que, si alguno tiene gana de ahorcarse, lo haga ántes que yo haya arrancado la higuera.» Así pusieron sobre su sepultura este epitafio: «Aquí yace Timon el misántropo. Pasa de prisa. Maldíceme si quieres; pero ¡pasa!» ¡Oh, vida, vida mia, que eres larga y profunda corriente de ponzoña, pasa pronto!

VOCES FEMENILES (*al pié de la torre*).

¡Antonio, Antonio!

ANTONIO.

Me parece que oigo dulces voces. La sirena vuelve á levantar su cabeza del seno de las ondas y á sonreirme con venenosa sonrisa. Sus ojos brillan como las primeras estrellas de la tarde en el desierto cielo; sus labios son abismos sonrosados en que se pierden por completo mi voluntad y mi conciencia. ¡Déjame, hechicera, déjame! Tus conjuros mágicos han trastornado mis sentidos, y los han arrancado á la patria, á la gloria, al poder, á la fortuna, para estrellarlos como vistosos juguetes en el desierto donde se arrastran tus cocodrilos y abren su boca tus serpientes. Voy á recostarme sobre estas duras piedras, para morir tranquilo. Y este sueño sólo será muerte para mí, en tanto que para los demas será vida. Pues si tal como soy, permanezco sobre la tierra, el tigre tendrá más compasion que yo de los mortales. Me empeñaré en guerra universal y me cebaré en matanza sin término y sin tregua. Mi mano derecha empuñará una espada; mi mano izquierda una

tea; mi habitacion será el carro de guerra rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; mi trono pirámides de huesos; mis compañeros los chacales y los cuervos; mi único empeño la destruccion universal; mi única esposa la muerte.

VOCES FEMENILES (*más fuerte*).

Cleopatra te llama.

ANTONIO.

¿Decís que me llama Cleopatra?

VOCES FEMENILES.

Sí, sí.

ANTONIO.

Pues corro á su lado. Volveré á suspenderme de sus labios, á desplomarme en sus brazos. Su aliento me arrebatará de nuevo el sentido. Mas do quier volveis los ojos, allí está la muerte. Si no muero al dolor, moriré al placer. Si no muero al filo de la espada, moriré entre los anillos de la serpiente.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

XXI.

THYRSO.

Ya lo oyes.

CLEOPATRA.

Terrible condicion, á la cual prefiero cien veces morir.

THYRSO.

Tú tienes mil medios de matarlo sin que sienta el dolor de la muerte. En tu magia hay conjuros que asesinan, y en tus brebajes hay venenos que dan á las fatigas de la agonía los goces de una divina embriaguez.

CLEOPATRA.

¡Matar yo al valeroso Antonio! ¡Jamás! Por los placeres que te he procurado en esta noche

última, por la felicidad que gustaste, intercede con Octavio en mi favor; dile que el Oriente se quedará sin su sacerdotisa si me arranca la egipcia diadema de las sienes; que Alejandría, este nido de ideas, se quedará sin la única águila capaz de preservarla y defenderla contra las asechanzas del desierto; que Roma perderá en mí avanzado centinela por las regiones de la barbarie, escudo seguro contra ese simoun misterioso, á cuyas ráfagas abrasadoras cayeron Nínive y Babilonia. Recuérdale que llevo bajo mi casco de oro el alma inmensa de Alejandro; que tengo entre mis abuelos á los gloriosos reyes dignos de haber leido los jeroglíficos de las estrellas para interpretarlos al mundo; y que entre mis hijos se encuentran hijos tambien de Julio César, protegidos por él desde las luminosas constelaciones donde vagará ahora su genio. Y yo haré de mi cetro una espada que podrá requerir siempre en su defensa; y arrojaré mi corona, que lleva engarzados luminares de Grecia, de África y de Asia, como escabel, á sus plantas.

ANTONIO (*entrando*).

¿Qué veo? ¡Tú suplicando al mensajero, al li-

berto de César! ¿Y para eso me llamabas, para ver su ventura y tu degradacion? ¡Por Hércules, que el mancebo es jóven, hermoso, gallardo, y la reina fácil, voluptuosa, insaciable! Veo, Cleopatra, en tus labios descoloridos, en tus ojeras moradas, en tus retinas extintas, en la palidez mortal de tu semblante, que has consagrado la noche al placer, miéntras la consagraba yo á pensar en el dolor inmenso que me han traido tus amores. ¡Ah de mis guardias! Coged á ese liberto, desnudadle, y heridle, azotándole fuertemente, con varas flexibles, hasta tanto que su sangre haya salpicado los pórticos de este palacio, y, si es menester, la frente de esa reina. Mira, liberto: si al tornar á ver á tu amo Octavio, le enseñas tu cuerpo amoratado y se queja, dile que allí tiene á mi liberto Hiparco, y azótelo en buen hora, como yo te azoto á tí, y quedaremos mutuamente pagados. Ahora, Cleopatra, escoge el género de muerte que más te cuadre. Vengo resuelto á matar, porque vengo resuelto á morir. Despues de haber perdido por tu amor nada ménos que Roma, ¡ah! me lo agradeces revolcándote en los brazos de un liberto de Octavio, como cualquier prostituta de la Suburra. Cleopatra; si mi vida se concluye, maginate cómo se concluirá mi paciencia.

CLEOPATRA.

Antonio, tigre mio. Mi amor hácia tí crece, á medida que crecen tus injustificados celos. Mi adoracion se exalta, á medida que se exalta tu injusticia. He ido al pié de tu solitaria torre, y me he pasado noches enteras velando tu sueño, azotada por el viento del mar y por el viento del desierto, amenazada de las serpientes y de los tigres, sin decir siquiera las evocaciones mágicas, porque la muerte me hubiera sido dulce y grata por tí, por mi bravo leon romano. La palidez de mi semblante, el eclipse de la luz de mis ojos, la morada aureola de que surgen mis pestañas, indican mis dolores por tí, no mis placeres con otro. Y al llegar tú, suplicaba á Thyrso, como cumple á una mujer, y á una mujer vencida; como cumple á una reina casi destronada, que nos dejara á nosotros dos una cabaña en el desierto, y á nuestros hijos un trono en Alejandría. Pero aparte de esta súplica, Antonio, ¿qué hice contra tí? Si en Accio eché á correr, atribúyelo á tu amor. Yo sabia que habrias de seguirme y de escapar así tal vez á la muerte. Preferí salvar tu persona á salvar mi imperio. Y desde entónces, si el dolor no te quitara todo conocimiento, verias en mí afectos nunca

ántes mostrados, y pruebas de esos afectos nunca dadas ántes. Celebré mi natalicio modestamente, como si Cleopatra fuera sencilla campesina; celebré el tuyo con explendor no usado, como si Antonio fuera aún el general invencible, el Osíris del cielo y el rey de la tierra. Y lo he preparado todo, para pasar de este mundo ál otro entre los holocaustos convenientes á mi historia y á mi rango. Mira: ¿ves aquel inmenso monumento, que puede competir con los muros de Tébas, con los templos de Ménfis, con las mismas Pirámides? Ese monumento es el sepulcro de Cleopatra. Ahí he llevado mis fabulosas riquezas en plata y oro, el marfil y el cinamomo que poseo, mis perlas de la India, mis claras esmeraldas; y en torno de esos tesoros he puesto una greca de pez y otra greca de estopas, á fin de abrasarlos y abrasarme para no ver, si el destino las decreta, ni la última rota de Antonio, ni la victoria definitiva de Octavio. Dí que suceda esto, y verás arder todos mis tesoros; convertirse en carbones y cenizas como apagado volcan esos monumentos; morir entre las llamas y el humo, rodeada de mis gentes y de mis dioses, de mis magos y sacerdotes, de mis damas y siervas, de mis soldados y esclavos, á esta mujer á quien ahora insultas y que te

ha consagrado su vida, como te consagrará su muerte.

ANTONIO.

Los tenientes de Octavio han llegado á Pelusa.

CLEOPATRA.

¿Y qué?

ANTONIO.

Y tu general Seleuco la ha entregado sin combate.

CLEOPATRA.

¿Es la primera traicion que has visto en esta guerra?

ANTONIO.

Y el público rumor dice que la entregó por tu mandato, y que entregando á Pelusa, has querido congraciarte con Octavio.

CLEOPATRA.

¡Horrible infamia! ¿Quieres una prueba en contrario? Castiguemos duramente á Seleuco.

ANTONIO.

¿Qué castigo inferirle, cuando está ausente y recibiendo los premios de su traicion?

CLEOPATRA.

Ahí tengo en rehenes su mujer y sus hijos, vivas prendas que de su lealtad me ha dejado. Dispon de ellos.

ANTONIO.

Creeré que has sido fiel, si los entregas á mi venganza.

CLEOPATRA.

Son tuyos.

ANTONIO.

Esclavos: ahora mismo, coged la esposa y los hijos del traidor Seleuco, y entregádselos á mis tigres y á mis panteras, que rugen de hambre.

CLEOPATRA.

Antonio, ¿estás de mí satisfecho?

ANTONIO.

Completamente. Á todas partes he seguido tu sombra y te he adorado. Ahora, en la desgracia, te adoro más que nunca. Contrastemos pues con fiestas tu fortuna y la mia. Acordémonos de nuestros hijos, los cuales han de dar reyes á la tierra. Inscribamos ya entre los jóvenes á Cesarion y demos la toga viril á Antylo. Que se quite éste la franja de púrpura en su traje, á fin de mostrar cómo su propio valor lo defiende y no las leyes. Que deje la peonza, la pelota, el carrillo tirado por ratas, el juego de las nueces y de las ánforas. Que se quite del cuello sus joyeles y los cuelgue al cuello de sus dioses lares. Que mis tenientes, mis esclavos, mis cortesanos, mis amigos, le rodeen, y suba en procesion magnífica á los altares para ofrecer sacrificios á los dioses. Que lo presenten luego por calles y por plazas al pueblo. Que las sacerdotisas de Baco vengan, coronadas de hiedra, á encender la sacra lumbre á la puerta de cada hogar, y cocer los panecillos empapados en miel blanca, ofrenda grata al dios. Y luego, en celebridad de semejante ceremonia, arda Alejandría en festines; celébrense por calles y plazas incesantes orgías; ábranse todos los teatros á las

pantomimas orientales; desciendan los gladiadores al circo; luchen las fieras entre sí; entonen sus cánticos gigantes coros compuestos de pueblos enteros; distribúyanse, entre los cortesanos, elefantes cargados de presentes; vengan los convidados á nuestra mesa, pobres, para salir ricos, y si vienen ricos, para salir poderosos. Y nosotros embriaguémonos en el amor y en el vino, hasta perder completamente la memoria.

XXII.

ANTONIO.

¿Será verdad, Lucilio?

LUCILIO.

Á las puertas de Alejandría se encuentra ya Octavio.

ANTONIO.

Hemos recibido sus embajadores, implacables conmigo, lisonjeros con Cleopatra. Le he pedido que me consintiera habitar, como un simple ciudadano, Atenas, y lo ha negado. Teme que mi sombra de general llegue hasta su palacio de Alba. Pero, si no he sabido vivir y reinar, sabré morir y matar.—¡Aristócrates!

ARISTÓCRATES.

Antonio.

ANTONIO.

Vé al campo de César, y dile que le reto á singular combate. Si él queda vivo, suya será la tierra; si quedo yo vivo, será mia. Así evitaremos la muerte de muchos infelices. Pero, si rehusa, dile que la sangre próxima á derramarse inundará, como las aguas del Nilo, todo el Egipto; que en el incendio próximo á encenderse, perecerán á un tiempo Roma y Alejandría.

ALEXAS.

No vayas, Aristócrates. Ten por inútil esa demanda. Ya le presenté en nuestra última entrevista esa proposicion, fiado, Antonio, en tu heroica bravura, y Octavio la rechazó, diciéndome: «Como hombre es más fuerte que yo; pero yo soy más fuerte que él como César. Si quiere morir, Antonio tiene muchos caminos que conducen á la muerte.»

ANTONIO.

Cierto. Lo difícil es conservar esta vida, que parece habernos sido dada por el placer de robár-

nosla. Muramos matando, muramos combatiendo, cual cumple á general romano. ¡Soldados, seguidme á la pelea! Ya no combato por la victoria; combato por la muerte.

ALEXAS.

Octavio está en el Hipódromo. Allí ha levantado su campamento. Antonio sale seguido de los suyos. Sus armas y sus vestiduras militares relampaguean como una nube tonante. Su caballo, de ligeros piés, corre como el viento. Su entrada en las filas enemigas parece la entrada de la hoz en la mies: tantos caen derribados por tierra y cubiertos, desde los piés á la cabeza, de roja sangre. La caballería enemiga corre despavorida, en desórden, fugitiva, al vibrar de su espada, al fulminar de sus olímpicos ojos, y tiene que encerrarse en las trincheras. Antonio corre á ofrecer esta última hoja de laurel á su Cleopatra, y lleva consigo los soldados que más se han distinguido. Esta pelea me parece el rayo último del sol de la gloria iluminando la fiera cabeza que ya se inclina, como una flor marchita, hácia la muerte.

LUCILIO (*que ha ido con Antonio, vuelve*).

¿Lo creereis?

ALEXAS *y* ARISTÓCRATES.

¿Qué?

LUCILIO.

Antonio ha combatido como en los mejores tiempos, como en Farsalia, como en Filipos. La caballería enemiga ha corrido como si fuera de gamos, y se ha encerrado en sus trincheras. Ufano con su triunfo, llevó el general los principales soldados, los que más se distinguieron, al palacio de Cleopatra, y le presentó uno que habia luchado con siete. La reina le regaló al valiente casco y escudo de oro ¿Lo creereis? Á los pocos momentos ya estaba en el campo romano, desertando de las propias enseñas, desirviendo á los próvidos bienhechores.

ARISTÓCRATES.

Husmea bien ese soldado. No será tonto. Sabe que, pasándose al enemigo, asegura su escudo y su casco, porque allí está la victoria.

LUCILIO.

Mañana, al amanecer, se empeñará la última batalla.

ALEXAS.

La noche ha caido por completo sobre nosotros. El mar está en calma, y en calma el desierto. Los elementos recogen sus fuerzas para asistir á esta suprema contienda. La ciudad calla, entregada al dolor. Siente sin duda que misteriosa mano le arrancará de las sienes su corona, y al verse destronada ha perdido el habla. Las estrellas brillan lo mismo que brillaron allá en la noche de Filipos. Y por los espacios del campamento se descubren algunas hogueras y se oyen los gritos de los centinelas, los pasos de las patrullas y el ladrido de los perros. ¡Oh noche! ¿Qué amanecer nos reservas?

ARISTÓCRATES.

¿Será posible?

LUCILIO.

¿Estás inquieto?

ARISTÓCRATES.

El tiempo avanza mucho, y Antonio no viene. ¿Pasará tambien esta última velada en brazos de Cleopatra?

ALEXAS.

No; hélo aquí.

LUCILIO.

¡Antonio!

ARISTÓCRATES.

¡Bravo por el combate último!

ANTONIO.

Sentí hervir mi sangre, aquella sangre que me animaba en los tiempos de mis correrías por los campos de Luca.

ALEXAS.

¿Cenamos?

ANTONIO.

Cenemos, que para mañana necesitamos de todas nuestras fuerzas. Esclavos, servidme bien, que quizá sea ésta la última noche de la vida. Servidme, recordando que nunca os he ofendido. Servidme, presintiendo que podeis pasar á propiedad del vencedor, y que, quien ahora os habla con tanto imperio, acaso quedará dentro de bre-

ves horas en yerto cadáver convertido. No solloceis. La vida es así: un ascenso y descenso contínuo, una guerra sin tregua, en que los vencedores de ayer resultan vencidos mañana; hasta que unos y otros, vencedores y vencidos, caen segados por la segur de la muerte en el comun surco, en la fosa comun del olvido y del silencio. Todo lo dejamos aquí. Los reinos que yo he tenido, apenas cabian ya en la tierra. Sus nombres no podian retenerse ni contarse, como las estrellas del cielo. Y ahora su dueño, reducido á cenizas, cabrá dentro del ánfora que cualquier matrona tiene en su tocador, ó que cualquier chiquillo en sus juegos llena de nueces. Pero ¿qué oigo? ¡Una música á estas altas horas de la noche!

ALEXAS.

Se oye muy de cerca; y no se ve nada, no se ve á nadie.

LUCILIO.

Se exhala misteriosamente en los aires.

ARISTÓCRATES.

No se parece á ninguna música de las com-

puestas por los hombres, á ninguna de las melodías producidas por humanas voces.

ANTONIO.

Los campos y los mares callan más profundamente. Escuchan sin duda esta dulce melodía, sacra como un misterio religioso, sencilla como una cancion pastoril, producida en los giros del aire. ¿Qué me anunciais, ¡oh dioses! qué anunciais á la tierra?

CORO INVISIBLE.

¡Evohe! ¡Evohe! Corred, corred, desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olorosas como el vino nuevo, ceñidas de pámpanos, armadas de áureos tirsos, con los rosados labios convidando á besos ardientes; con los negros ojos despidiendo amorosa lumbre; con la suelta cabellera al viento, acompañadas de pastoriles coros que tocan zampoñas y flautas, en pos del jóven divino, cuya cuna se meció en las selvas de la India y cuyo cuerpo se tiende sobre blando follaje, se perfuma con embriagadoras esencias y absorbe la vida como si en el rocío y en la luz, en el fondo de los

lagos y en el fondo del éter se bañara, á fin de personificar eternamente en sí toda la Naturaleza.

(*Este coro se pierde hácia el campamento de Octavio.*)

ARISTÓCRATES (*para sí*).

Los dioses te abandonan, ¡oh Antonio! Los dioses corren á refugiarse bajo las enseñas de Augusto. El alma de Asia que flotó sobre el lecho de amores donde dormian Cleopatra y Antonio, se vierte y se disipa de su última ánfora, de las Pirámides egipcias, para henchir el Capitolio, el cuerpo gigantesco de Roma. No espereis ver surgir la libertad de su seno. La discípula y pupila de Grecia, la inmensa Roma, se convertirá pronto en imperio asiático, á cuyos piés dormirán pueblos esclavos, y en cuya cima tronará un César casi dios, ó un dios casi bestia. Si pudiese despertar la antigua Grecia con sus bellísimas ciudades, sus legiones de poetas, sus colegios de filósofos, sus coros ceñidos de mirto, sus héroes, que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus templos rientes, acaso podria salvarse la tierra. Pero tú, Grecia, tú has sido inmolada en las aras de los dioses, como la hermosa Ifige-

nia, y no resucitarás. El alma de nuestra vieja sociedad se disipa, y sólo quedará su cuerpo, tendido como inmenso cadáver, sobre amontonadas ruinas, hasta que lo abrase una inmensa hoguera para que no infeste los aires.

ANTONIO.

Nos hemos quedado todos absortos. Sacudid pensamientos lúgubres. Cenemos, y departamos sobre la inmortalidad en vísperas de la muerte.

XXII.

CLEOPATRA.

¡Dia terrible! amanece. El alba se asemeja al espirar de dia nefasto. La batalla comenzará pronto; y si se pierde, se perderá con ella algo superior á la vida; se perderá la esperanza. Nosotros, los que hemos venido á la tierra en régia púrpura, y desde el nacer aspirado la lisonja, y visto inclinarse todas las frentes en nuestra presencia, y andado sobre las espaldas de los hombres, no aceptamos con resignacion una derrota: de la omnipotencia nos hundimos en la muerte. Busquémosla dulce; huyamos del dolor en esta hora suprema.—¡Iras!

IRAS.

Reina y señora.....

CLEOPATRA.

He probado la muerte por veneno. Le he dado á doce esclavos nubios doce brebajes distintos, y han padecido tanto en la agonía, se han afeado en tal manera despues de muertos, que he renunciado á todo tósigo. Yo no quiero morir en prolongada agonía, entre convulsiones epilépticas; la lengua fuera de la boca espumosa; los ojos fuera de las órbitas, como dos renacuajos aplastados; las narices hinchadas; los labios reventando, y amoratado y negruzco todo el rostro. Quiero morir deshojando rosas de Alejandría en el vino de Chio que rebose de una copa de esmeraldas; entre sinfonías de cítaras de oro y arpas de marfil; oyendo sencillos cantares de vírgenes griegas que entonen las odas de los antiguos poetas; puestos los ojos en los astros, como mis padres los Ptolomeos; en conversacion solemne y sublime con mis amigos, como se muere en los diálogos de Platon, á fin de que mi última noche se parezca á tranquila noche de luna, y mi cadáver á radiosa transformacion de mi cuerpo. No quiero padecer. ¿Has hecho pues la prueba de esa picadura de los reptiles del Nilo en várias de mis siervas?

IRAS.

Se han observado tus mandatos. Hemos traido de las arenas del desierto los reptiles más venenosos. El primero ha sido la víbora. Sus glándulas hinchadas, sus dientes acerados, su cabeza que se contrae, su lengua hendida, su cuerpo que se enrosca, su cola flexible como un látigo, sus fuertes mandíbulas, blanquecina la una y verdosa la otra; sus ojos brillantes, engarzados como dos cubos de azabache; su piel entre morena y rojiza, que ya toma un reflejo gris-negro, ya un reflejo gris-pálido; todo aquel su breve sér tan flexible, parecido á veces á una cinta, á veces á un látigo, os dan los escalofrios de la muerte, y os transforman de persona en estátua. Hemos probado la víbora en el brazo de una hermosa esclava griega, de veinte años de edad, y de rarísima hermosura. Su muerte ha sido espantosa: dolores agudísimos, calentura ardiente, sacudimientos y espasmos como si la hirieran cien rayos á un tiempo, convulsiones y delirios, lenta agonía, último suspiro horrible, color negruzco despues de la muerte.

CLEOPATRA.

¿Por qué ¡oh dioses! habeis hecho tan espantoso este trance tan necesario? ¿Por qué le habeis dado á la muerte esa fealdad, y á nuestro sér ese horror hácia la muerte? Sin duda alguna, si en vez de rodearla de dolores, la hubiérais de algun placer circuido, caeríamos todos prontamente en ese pesado y profundísimo sueño. Los demás séres nacen para vivir. El hombre, ¡oh! el hombre nace para morir solamente. De suerte, Iras, que habré de renunciar á la mordedura de la víbora. Háblame de las experiencias hechas en las demás esclavas con las demás serpientes.

IRAS.

Las teníamos de todas clases, porque las trajeron, como sabes, esos encantadores que las adormecen con dulces melodías y las cogen con valor entre sus manos. Las cerastes, como difieren poco en forma, difieren tambien poco en mordeduras de las víboras. Como mandaste probarlas en las esclavas más robustas, escogimos la negra nubia, que parecia una estátua de mármol negro, y que aventajaba en hermosura á todas tus esclavas blan-

cas. ¡Infeliz! Su agonía la atormentó doce horas, y su muerte la dejó desconocida de todo punto. Apelamos luego á los crótalos, á esas víboras que tienen debajo y detrás de las narices particulares hoyos. Matamos con ellas hasta siete esclavas escogidas, y en todas vimos los mismos dolores durante la agonía, y el mismo supremo horror y delirio á la tremenda hora de la muerte.

CLEOPATRA.

¡Oh desesperacion!

IRAS.

Ensayamos luego las najas, tan temidas, y por lo mismo tan adoradas en Egipto. ¡Qué animales! En reposo, su cuello no se diferencia de su cabeza, y su cuerpo se confunde casi, por lo sedoso y por lo frio, con las plantas. Pero irritadlas, y vereis hincharse desmedidamente su cuello, abrirse su boca y sacar aguda lengua, semejante á siniestra flecha; lanzar silbidos que, si no matan como su veneno, petrifican de espanto; erguirse en la parte superior de su cuerpo y fortificarse como si fuera durísimo metal, mientras la cola,

fija por un punto en el suelo, y sin embargo flexible y móvil, chasquea á la manera de látigo, y en todas direcciones lanza sus mortales terribles latigazos. En tres jóvenes armenias las probamos, y en las tres produjo los mismos efectos: larga enfermedad de doce horas cuando ménos, dolores vivos, hinchazon lívida, miembros rígidos y frios, aliento cortado y fatigosísimo, vómitos de sangre, sed abrasadora; piel, despues de la muerte, casi del mismo amarillo jaspeado que tiene la serpiente.

CLEOPATRA.

¿Por qué, Isis, por qué me cierras todos los caminos, hasta el espacioso camino de la muerte?

IRAS.

No te desesperes. Por fin hallamos el áspid. Es pequeñuelo como la víbora, de color verde como la esmeralda, tachonado por manchas oscuras. Sus dientes se clavan en la piel con tal delicadeza, que apenas producen la picadura de un alfiler. Suave fiebre penetra por las venas y aumenta algunos instantes la vida y aguza el sentido. Despues cae sobre los párpados tranquilo sueño, que se prolonga y se convierte al cabo en el sueño de

la muerte. Ahí están. Puedes ver á las tres siervas muertas de áspid; duermen su sueño eterno como pudiera dormir un niño el sueño de la inocencia, ó como pudiera dormir una esposa legítima el sueño de sus castísimos amores.

CLEOPATRA.

Toma esta perla que llevé siempre al cuello, y que vale un reino, en pago de esa noticia.

IRAS.

¿Para qué quiero yo la perla, si faltándome tú me sobra todo? Además, aunque mandaras lo contrario, estoy resuelta á morir á tu lado; y si te sobrevivo, á inmolarme sobre tu sepulcro.

CHARMION.

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué, qué traes?

CHARMION.

Perdida la batalla.

CLEOPATRA.

¡Oh dioses! ¡Mayores pruebas todavía!

CHARMION.

Al rayar el dia, ya estaba Antonio en las alturas que dominan á la ciudad. Desde allí veia con satisfaccion cómo tus naves se adelantaban airosas contra las naves de Octavio. Al verlas requerirse en alta mar á combate, esperó el resultado de aquellas evoluciones, el triunfo ó la derrota de aquellos soldados. Mas su extrañeza y su furor no tuvieron límites cuando vió, al acercarse unas á otras naves, en el momento de romper la lucha, todo lo contrario de lo esperado: en vez de flechas, venablos, piedras, fuegos griegos, saludos y plácemes mútuos con los remos, y la confusion de ambas escuadras en una misma causa y bajo una sola enseña, bajo la enseña de Roma.

CLEOPATRA (*retorciéndose los brazos*).

¡Oh desesperacion!

CHARMION.

A seguida la caballería imitó á la marina, y

pronto los soldados de Octavio dieron buena cuenta de la fiel y rendida infantería.

CLEOPATRA.

¿Y Antonio?

CHARMION.

Entra ahora en la ciudad dando gritos, diciendo juramentos, fuera de sí, como herido por esta traicion sin ejemplo.

CLEOPATRA.

Pero no me acusará á mí. Lo juro en este momento supremo. He sido fiel, como reina, á su alianza; y como mujer, si alguna vez tropecé, en el ardor de mis sentidos, siempre tuve su amor como el primero y más vivo de todos mis amores. No me acusará, no puede acusarme Antonio.

CHARMION.

Reina, debo decirte la verdad. Dice á voz en grito que ha sido entregado por tí, y que le has pagado con defecciones su singular pasion y sus grandes sacrificios.

CLEOPATRA (*mesándose los cabellos*).

¿Habrá otra mujer en el mundo más desgraciada que yo? ¡Dioses de Grecia y dioses de Egipto, vosotros sois testigos de que le amé siempre! Le amé porque su ardor enardecia mi sangre. Le amé porque su fuerza de general contrastaba mi debilidad de mujer. Le amé porque le creia dócil á mis mandatos y propio para servir la causa del Oriente. Mi única ambicion era sentarme á su lado en el trono de Alejandría, teniendo á Roma vencida é inmolada á nuestras plantas. Ahora cree que le he vendido, y yo no puedo quizá justificarme. Huyamos. Si supiera que habia de entrar con agudo puñal en la mano, y habia de cogerme por la cabellera, y derribarme á sus plantas, y herirme y traspasarme de una puñalada el corazon, aunque luego pateara mis entrañas y escupiera á mi faz, le aguardaria tranquila y resignada. Pero temo sus reconvenciones y sus miradas, sus quejas y sus lamentos más que la misma muerte. Iras, ha sonado la hora. Dejemos este pálacio imperial de los Ptolomeos, y huyamos al fúnebre palacio que en vida he levantado á mi agonía y á mi muerte. Allí están nuestros tesoros, todo lo que nos queda en la tierra; y nuestros dioses, todo lo que

nos queda en el alma. Y allí moriremos, y allí enterraremos, no estos débiles cuerpos de frágiles mujeres, sino una eterna teogonía y una civilizacion tambien eterna. En cuanto á tí, Charmion, corre en busca de Antonio; dile que Cleopatra le ha sido fiel hasta el fin; y si te pide una prueba, dile que Cleopatra ha muerto.

XXIII.

ANTONIO (*solo*).

¡Oh! La fortuna, el ejército, los dioses y los hombres, los mares y la tierra, mis amores y mis amistades, todo me ha faltado, todo menos el valor. He peleado hasta el fin con la fuerza de mis primeros años, con el ardor de mis mejores campañas, como seguro de no vencer, y resuelto á morir; pero no me ha sido dado lanzar el postrer suspiro entre los gritos de la guerra y el ruido de las armas, bajo las espesas nubes de polvo que levanta el combate, salpicado de sangre y enardecido de ira, en la duda consoladora de si mi última empresa habia sido una derrota más ó una admirable victoria. Muriera yo de esa suerte, y me importara poco que todo el ejército enemigo hollase con sus plantas mi cadáver; que me dejaran insepulto; que tuvieran mis restos por única

tumba el vientre de los chacales del desierto. ¡Ah, Cleopatra, fementida Cleopatra! ¿Por qué te apareces aún á mi pensamiento, por qué te dibujas en mis ojos? Te amé sobre todas las cosas de este mundo; te amé mucho más que á la misma Roma, mi eterno amor. Y tú, en cambio, tú me has vendido, tú me has entregado, tú me has hecho víctima de las veleidades de tus sentidos y de los caprichos de tu genio, aborrecible y adorada mujer, último amargor y último encanto de mi tempestuosa existencia. ¡Oh dioses! ¿Qué debo hacer de Cleopatra? ¿Perdonarle sus infamias y olvidar mis agravios? ¡Oh, no! Es necesario que caiga á mis piés, bajo las maldiciones de mi conciencia, y que muera á mis manos, asesina de mi poder y de mi gloria, serpiente del Nilo deslizada en mi armadura y que se ha comido mi corazon á pedazos.

CHARMION.

Antonio, Cleopatra ha muerto.

ANTONIO.

¿Qué me dices? ¡Oh! ¡Fatal nueva! El dolor me acabara, si pudiese matar el dolor.

CHARMION.

Ha muerto por tu amor. En cuanto ha sabido tu desgracia se ha inmolado en su sepulcro.

ANTONIO.

¡Y yo que habia dudado de ella! Perdonadme, manes sagrados de la mujer querida, perdonad si dudé, si maldecí; que todo debe temerse de la desgracia, y todo debe á la desgracia perdonarse. ¡Extraño estado de mi ánimo! Duéleme que Cleopatra haya muerto, y me regocija al mismo tiempo. Parece imposible que tanto ardor, tanta gracia, dónes tan inestimables, se hayan reducido á un cadáver; y el dolor me atenacea las entrañas. Pero cuando pienso que viva, podria haber sido de otro, ¡ah! me regocijo, como de increible ventura, de su muerte. ¡Cuánto habrá padecido, ella, tan sensible! ¡Cómo habrá penetrado triunfalmente el dolor por aquellos finos tejidos de su piel, por aquellas azules venas de su cuerpo, y por aquellas divinas formas, obra maestra de los cielos y envidia de la tierra! Corre, Charmion, á velarla, y dile al oido, aunque no te responda, dile cómo todavía la ama con delirio Antonio.

CHARMION.

Voy á cumplir mis últimos deberes con Cleopatra. (*Váse.*)

ANTONIO.

¡Eros, Eros, mi esclavo favorito!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

Me han vencido, y vivo. Ha muerto Cleopatra, y vivo todavía. Nada puedo esperar ya de la Fortuna, cuando me ha robado el único bien que me tenia unido á la tierra. Aflójame esta coraza que las manos de la reina ciñeran á mi pecho; aflójala para que abra alguna entrada á la muerte. ¡Cleopatra! No me duele el hallarme separado de tí, puesto que pronto debo en otro mundo encontrarte; lo que me duele es verme yo, general invencible, aventajado en valor y magnanimidad por tí, débil y hermosa mujer.—¡Eros!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

¿Te acuerdas cuántas veces me prometiste, en nuestras conversaciones, matarme tú mismo el dia que necesitara yo de la muerte?

EROS.

Me acuerdo.

ANTONIO.

¿No es verdad que me hiciste mil veces tal promesa?

EROS.

Verdad.

ANTONIO.

Hiéreme, y hiéreme sin piedad. Ahora está la compasion, está la misericordia en herir con fuerza, en matar con rapidez. Mátame, Eros.

EROS.

Hé aquí mi espada. (*La saca.*)

ANTONIO.

Hiere.

EROS.

Pero mi espada buscará mi propio corazon ántes que el tuyo. (*Se hiere á sí mismo y cae muerto.*)

ANTONIO.

¡Generoso Eros! Me enseñas con tu ejemplo á imitarte. No has tenido fuerza para matarme, y la has tenido para matarte. No seré ménos que mi mujer favorita y mi esclavo favorito. (*Se traspasa el pecho y cae sobre una cama, arrojando lejos de sí la espada.*) ¡Oh! Me he partido las entrañas, y no he muerto. El dolor me atenacea, y el último instante no viene á consolarme. ¡Guardias, esclavos, amigos, venid, venid aquí, y rematadme! Así me evitareis el dolor mortal que me atenacea las entrañas y que ennegrece los últimos instantes de mi vida. (*Los llamados por Antonio entran.*) ¿No hay quién se apiade ya de mí? ¿No hay quién me remate? ¿Os gozais en verme privado del poder, privado de la victoria, privado de Cleopatra, y en lucha con la muerte? ¡Oh tú, mujer más heróica que cien ejércitos, diosa más grande que los dioses del cielo! tú, que has debido morir para mostrarnos que eras mortal, ven des-

de las regiones donde te encuentres ya, ven á este bajo mundo, y llévame en tus brazos. Pero vosotros, que me oís y que llorais, matadme. Veo que acaba de llegar Domicio, el secretario de Cleopatra. Si quieres ser fiel á la religion y á la memoria de tu reina, mátame, Domicio, para que pueda pronto ir á su presencia.

DOMICIO.

Cleopatra vive todavía, y desea verte.

ANTONIO.

¿Vive? ¡Oh! Que muera yo respirando su aliento, recibiendo la luz de sus ojos, envuelto en sus brazos, suspenso en beso eterno de sus labios, oyendo latir su corazon al extinguirse la vida. Pero mis piés no me obedecen. Me faltan fuerzas. Trasportadme. (*Lo trasportan en brazos para llevarlo al panteon de Cleopatra.*)

XXIV.

CLEOPATRA (*en lo interior de su panteon.*)

Encerrémonos aquí en nuestro último hogar. Hasta ahora la vida ha sido una tormenta: nos acercamos al puerto. La paz sólo reside en el profundo abismo de este eterno olvido, en que todo se sumerge y se desvanece. Compañeras mias de la última hora, ved si la puerta del fúnebre lugar donde nos acogemos, está bien segura y bien tapiada, á fin de que no vengan á perturbar el acto más solemne de la vida, el juicio que de sí misma hace un alma, el estertor de la postrimera agonía. ¿Por qué nos habrán dado la vida, esta vida humana, donde sólo es permanente el dolor? ¿Qué genio perverso habrá querido regalarnos con este funesto dón de la existencia? Cada uno de sus momentos encierra un martirio, y luego amamos y deseamos lo mismo que nos atormenta y nos

mata. Todo muere en verdad. Pero esas moles sin alma y sin conciencia que se elevan orgullosas en la inmensidad del desierto, esas Pirámides, sobrevivirán á estas ideas, á esta inteligencia, á este fuego interior nuestro, que imaginamos eterno, y en que muchas veces creemos ver iluminarse y enrojecerse hasta los astros. Todo muere. Pero la pobre encina, que brota de una de esas bellotas holladas por la pezuña de los bueyes, ó removidas por el hocico de los puercos en los campos; esa encina, pobre gérmen un dia, débil tallo, tierna hoja, crece y crece, dura y dura, hasta ver generaciones innumerables, no ya de hombres mortales, de dioses á que llamamos inmortales, pasar y morir bajo sus fuertes ramas. Nosotros somos un fugaz suspiro, un relámpago.....

IRAS.

Antonio viene moribundo, en la agonía, cubierto de sangre, casi yerto, á despedirse de tí para siempre. Sus esclavos lo tienen en brazos, al pié de estas paredes.

CLEOPATRA (*abalanzándose á la ventana del panteon*).

¡Antonio, Antonio mio! ¿Quién te conoceria,

cubierto de sangre como un carnicero, cuando ántes resplandecias rutilante de clara luz como un Júpiter?

ANTONIO.

Cleopatra, sólo me queda fuerza para alzar los brazos á tí, para rogarte que me dejes ver como último objeto de este mundo tus ojos, y que recibas como último legado de esta voluntad, que ha sido tuya, el último suspiro de mi vida.

CLEOPATRA.

Enterréme aquí, y no tengo la llave de esta inmensa sepultura. Ponedlo en esas cuerdas vosotros los de abajo, y lo subiremos por la ventana.

IRAS.

Somos tres mujeres, y nuestras delicadas manos acaso no podrán soportar el peso de ese cuerpo tan sólido como un mundo.

CHARMION.

¡Ánimo, ánimo! ¡Tirad, tirad!

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

CLEOPATRA.

Mis manos se fatigan; mis brazos apenas pueden soportar la pesadumbre de ese cuerpo amado, al cual estaba como prendida mi existencia.

IRAS.

Si se nos cae.....

CLEOPATRA.

Nos arrojaremos todas de esta altura á morir con él.....

CHARMION.

Un último esfuerzo. ¡Ánimo!

ANTONIO.

¿Es verdad que te veo, Cleopatra mia? Ya puedo morirme. Mi sangre no queria fluir toda de este cuerpo herido; el postrer aliento no queria escaparse de este pecho destrozado, si ántes no te decia una vez más que te adoro, que he vivido desde el dia en que te vi para tu amor, y que por tu amor muero. *(Lo depositan sobre un lecho.)*

CLEOPATRA.

Pálido y frio como la muerte. Sin fuerza para mirarme sus ojos. Sin aliento para respirar su pecho. La cabeza que llevó las diademas de cien imperios y las aureolas de cien dioses, caida como si la hubiera abrasado el viento de los desiertos. La palabra, de que millares de pueblos se alimentaban, entrecortada como un sollozo. Yertos esos brazos, sobre los cuales se alzaba, como sobre sus bases eternas, la tierra. Dueño mio, rey de mi corazon, objeto de todos mis deseos, alma de mi alma, general de mis ejércitos, ministro universal de mis mandatos, mi esclavo y mi señor, mi padre y mi hijo, mi amigo y mi esposo, fuerte como un Hércules y tierno como una doncella, grande como un héroe y cándido como un niño, yo no puedo vivir sin tí, sin tu amor. Eras el sol de mis dias, el lucero de mis noches, el escudo contra todas las asechanzas, el baluarte de mi poder, el nido de mis amores. Déjame lamer como un perro tus heridas. Deja que enjugue con mi cabellera tu sudor, y que estanque con mis labios tu sangre. Me desciño de mis velos, rasgo mis vestiduras hoy; mañana me desceñiré de mi vida y desgarraré mi corazon. ¡Oh! No puedo, no

puedo sufrir más. (*Se golpea contra las paredes hasta hacer brotar sangre de su cabeza y de su pecho.*)

ANTONIO.

Detenedla vosotras dos. Acercadla á mi lecho..... Da tregua á tu dolor. Óyeme, reina mia. Tus ojos me reaniman aún, y aún me sostienen, como que eran todo el calor de mi vida. Déjate de lamentos. Óyeme, Cleopatra, oye por última vez á tu Antonio. Aproxímate, á mi lado, cerca de mí, donde te vea bien. Anima un momento tu rostro con aquella sonrisa que me penetraba de amor y de esperanza. Abre bien esos párpados tan largos que ocultan esos abismos tan hondos.

CLEOPATRA.

Rey mio, señor de todo mi sér, guia de toda mi existencia, siempre sublime, y más que sublime ahora en el trance supremo de la muerte.

ANTONIO.

La vida se acaba. Las fuerzas me abandonan. Dáme un sorbo de vino.

CLEOPATRA (*dándole á beber*).

¡Oh, si pudiera darte mi vida por conservar la tuya! Mas te seguiré bien pronto.

ANTONIO.

No, Cleopatra, no. Consérvate para ornamento de la tierra, madre de gloriosos hijos. Sálvate, si es posible, sálvate sin humillacion y sin deshonor. No te aflijas por mi suerte. He vivido mucho. He mandado numerosos ejércitos, he ganado inmarcesibles batallas, he sido tribuno y triunviro en Roma, rey en Oriente, dios en Alejandría, y dueño de Cleopatra. Muero vencido, pero sin haber hecho traicion á Roma, vencido por un romano. ¡Ah! (*Espira.*)

CLEOPATRA.

¡Muerto! ¡Muerto! Cáiganse las estrellas convertidas en cenizas. Sea el cielo entero como un sudario. Llueva sobre la tierra un diluvio de lágrimas. El mayor general de nuestros tiempos, el más digno heredero del grande Alejandro, no ha sido perdonado ni por la desgracia ni por la muerte.....

IRAS.

Consuélate, Cleopatra.

CHARMION.

Vive para nosotras.

CLEOPATRA.

Regad con vuestras lágrimas el cadáver de Antonio.

PROCULEYO (*desde fuera*).

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué voz es esa?

IRAS.

La voz de un mensajero de Octavio.

PROCULEYO.

Abre, abre.

CLEOPATRA (*á la puerta*).

Estamos encerradas, y no podemos abrir á nadie.

PROCULEYO.

Desearia verte.

CLEOPATRA.

Imposible.

PROCULEYO.

Octavio me envia á ponerme á tus órdenes.

CLEOPATRA.

Pues dile á Octavio que sólo deseo de él dignos funerales para Antonio, y la conservacion del trono de Egipto en mis hijos.

PROCULEYO.

Fíate por completo en la palabra del dueño de Roma.

CLEOPATRA.

No deseo más que darle crédito.

PROCULEYO.

Mi compañero Galo te dará más seguridades todavía de las buenas disposiciones de Octavio hácia tí, porque acaba de hablarle.

GALO.

Octavio quiere tu alianza, tu amistad. No puede olvidar nunca que desciendes de Alejandro, y que has reinado sobre las tres mayores grandezas de la tierra: sobre las Pirámides de Egipto, sobre el corazon del valeroso Antonio, y sobre el genio del divino Julio César. (*En tanto que Galo habla con Cleopatra, Proculeyo corre á la ventana, pone una escala, asciende, y penetra en el panteon.*)

IRAS *y* CHARMION.

¡Un extranjero en este sepulcro!

CLEOPATRA.

¡Un extranjero!

IRAS.

¡Infortunada Cleopatra! Has caido viva en sus manos.

CLEOPATRA

¡Infame! Si quieres poner sobre mí tus manos, te llevarás solamente un cadáver. (*Saca un puñal.*)

PROCULEYO (*le arranca el puñal*).

Cleopatra, eres injusta con Octavio. Le crees cruel, cuando es benigno. Le quieres quitar la ocasion de mostrar cómo resplandece su magnanimidad. No pienses en la muerte, cuando todo te convida á vivir. Manda, y serás obedecida.

CLEOPATRA.

No mando, suplico. Á Octavio le suplico que no aparte los restos de Antonio del suelo de este Egipto. Y á tí te suplico.....

PROCULEYO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

Que te vayas.

PROCULEYO.

Tus súplicas son mandatos. Como yo te obedezco, te obedecerá Octavio.

XXVI.

CLEOPATRA.

Olympias, médico mio.

OLYMPIAS.

Por fin has roto la estrecha consigna de vedar el ingreso en esta sepultura donde te has anticipado la muerte.

CLEOPATRA.

Rompióla Augusto, y desde entonces no he querido ser rigorosa. Además, ¡oh médico mio! siempre te he llamado para que alejes de mí la muerte y me conserves la vida; ahora te llamo para que ahuyentes de mí la vida y me traigas la muerte.

OLYMPIAS.

Dispon de mí como quieras. Nos hemos empeñado en que la muerte es lo más triste, lo más funesto que hay en la Naturaleza, y á cada paso nos encontramos con trances que sólo tienen la salida de la muerte, y diariamente trabajamos con tenacidad por procurarnos su eterno sueño y su profundo reposo. ¡Cuán pocas veces detendríamos el tiempo! Le queremos ver correr, y no pensamos que en sus corrientes se lleva nuestra vida.

CLEOPATRA.

El deseo es suicida; porque ¡ay! queremos realizarlo, y sólo puede realizarse en el tiempo futuro, cuando haya muerto una parte de nuestra existencia. Cree, Olympias, que ya no temo en la muerte nada más que el dolor, y no me aterra en el cadáver nada más que la fealdad. Si ahora mismo pudiera dormirme sin esperanza de un despertar seguro, ¡cuán gozosamente me dormiría para siempre! Morir es mi anhelo. Hoy comprendo una costumbre de los masahotas, que guardan por todos los rincones de sus monumentos copas de cicuta dispuestas para cuantos justifican

tener imprescindible necesidad de próxima muerte, de irremediable suicidio. Los dioses no quieren que rompamos la cadena por la cual vivimos atados á la tierra; es verdad. Pero cuando ellos mismos, ó su ministro, la Fortuna, nos presentan, como una piedra rodada al camino de nuestra vida, la ocasion de inevitable muerte, hay que aprovechar tal coyuntura y romper los lazos de nuestra servidumbre y subir en alas del último aliento á las serenas regiones de la eterna luz. Si tenemos por fuerza, para salir de este mundo, que aguardar el golpe de la muerte, no somos libres ni disponemos de lo que más en legítima propiedad nos pertenece, de la vida. Y si podemos darla por los demás, y es cosa plausible, ¿por qué no hemos de poder darla tambien por nosotros mismos? Los dioses no han querido consultar nuestra voluntad para existir, porque, si la consultaran, ningun mortal naceria. Y han dejado el no envejecer, el no penar, el no vivir, á nuestro libre arbitrio. Puesto que la muerte viene hácia nosotros, ¿por qué nosotros no hemos de ir tambien hácia la muerte? Ser no es cosa tan grande como el comun de los mortales se imagina. Tenemos de comun el ser con las cosas más ínfimas, con las uñas del buho y con el excremento de las

ratas, como tenemos de comun el vivir con los animalejos más imperfectos y con los más míseros y asquerosos parásitos. Nuestra vida es mayor ciertamente en perfecciones que la pura vida animal, y por eso nuestra muerte es más voluntaria. No hay animales suicidas. Pero el hombre puede serlo, porque el hombre viene á un combate, y el dia de su victoria es tambien el dia en que se vence voluntariamente á sí mismo y empuja con su cuerpo las puertas de la inmortalidad. Repitamos el dicho que Antonio me contaba de Bruto en la noche de Filipos: «Hora es de huir. Pero no huyamos por los piés, huyamos por las manos.»

OLYMPIAS.

Yo estoy siempre á tus órdenes. Dime cuanto quieras, y te obedeceré. Nuestra ciencia sabe alargar la vida, pero sabe mucho mejor acelerar la muerte.

CLEOPATRA.

Háblame ántes de los funerales de Antonio.

OLYMPIAS.

Nada faltó á su grandeza. Lloró Octavio la

muerte de su enemigo, y reunió en asamblea á los principales del ejército para darles cuenta de las proposiciones hechas al valeroso Antonio, y de la altivez con que Antonio las habia rechazado. En seguida dispuso, como homenaje al héroe romano, que se le consagraran grandes funerales; y como distincion á la reina Cleopatra, que se le consagraran aquí en Alejandría. Nada faltó. Ningun rito dejó de celebrarse, observándose fielmente las costumbres romanas. Vistiéronle como si viviera, y presentaron su faz descubierta á todo el pueblo. Toga de púrpura le envolvia; diademas de laurel y encina le coronaban; rico lecho de marfil y oro le contenia; házes romanas le custodiaban; numerosísimos soldados le circuian; voceros egipcios anunciaban las ceremonias; gladiadores de todas las tribus combatian desnudos en su presencia y se inmolaban á sus plantas; plañideras, vestidas de azul oscuro, lloraban y se dolian públicamente de su muerte, recitando al són de las flautas y de las cítaras melancólicos versos y elegías; devotos innumerables llevaban lucernas y antorchas, despidiendo suaves aromas; bandas de trompetas producian lastimeros quejidos, y compañías de sátiros trenzaban danzas fúnebres; un archimimo ostentaba extraña máscara imitan-

do el rostro del difunto y diciendo las mismas palabras que él solia decir en vida; los ascendientes de la familia de Antonio, hechos en cera y vestidos con sus trajes antiguos, precedian el cuerpo; y lechos de ricas materias, de preciosos metales, en que iban todas las insignias de las vanas dignidades por el difunto ejercidas, le acompañaban; iban luego los amigos sin anillos, y las amigas con las cabelleras sueltas; y detrás los esclavos, á quienes uno principal daba las señales de las contorsiones que debian hacer y el tono de los gemidos que debian lanzar; hasta que, llegados á un sitio, donde se levantaban altares de ciprés cubiertos de flores, y en cuyo centro habia inmensa pirámide de secas plantas olorosas, el cadáver fué allí depositado, despues de haberle abierto los ojos para que viera por última vez los cielos; y ardiendo las ramas secas en inmensa pira, una parte de Antonio se fué en nubes de humo á los aires, y otra parte se quedó en montones de ceniza sobre la madre tierra.

CLEOPATRA.

Pronto, muy pronto seguirá esta infeliz á su esposo. El testamento de su cariño, la expresion

de su última voluntad me ordenaron que procurara firmar una alianza con Octavio y establecer sobre el trono de Egipto á mis desgraciados hijos. Yo nada queria intentar, por no tener confianza ni en la amistad del vencedor ni en los consejos del vencido. Así es que cerré los ojos á la luz y decidí morirme de hambre. Ya me faltaban las fuerzas, y venia á más andar sobre mí la noche eterna, cuando sobreviene la amenaza de una inmolacion de todos mis hijos si no reservaba mi vida á merced del César. Ignoro qué afecto obró más fuertemente en mi ánimo, si el instinto de la propia conservacion ó el amor de madre; pero lo cierto es que, decidida al sacrificio mayor, á conservar la vida, no me repugnó ver frente á frente á ese hombre. Vino pues á visitarme. Encontrábame recostada en estrechísimo lecho, vestida como conviene á mi dolor y á mi viudez; los cabellos esparcidos, los velos rasgados, mostrando todas las señales de mi dolor y todas las heridas que los trasportes de este dolor abrieran tristemente en mi breve cuerpo. Al verle entrar, lancéme del lecho, corrí á sus piés, abracéle las rodillas; mis cabellos se enredaron en su armadura, y mis ojos se convirtieron á sus ojos con el fuego que habia deslumbrado el genio del gran César y

rendido la fortaleza del valeroso Antonio. Pero pronto advertí que aquel hombre no era, no, del temperamento de sus antecesores. ¿Cómo vencerle? ¿Cómo seducirle? Imposible de todo punto. ¿Por la elocuencia? La elocuencia no mueve á los sofistas que llevan el pro y el contra de todas las causas en su inteligencia. ¿Por la música? La música, que adormece á una serpiente, no adormece á un tirano. ¿Por la filosofía? Se hubiera sonreido de que una mujer la profesara. ¿Por la conmiseracion? Es cruel. ¿Por la gracia? Es indiferente. ¿Por el amor y la seduccion? Es frio como el mármol. Para comprender las facultades extraordinarias, se necesita tener facultades extraordinarias tambien: ó el genio de Julio César ó el valor de Marco Antonio pueden quemarse en esta hoguera ya casi extinta que se ha llamado Cleopatra. Desde el primer momento comprendí que sólo deseaba mis tesoros como despojo y mi persona como trofeo. Intenté justificarme como pude á sus ojos de mi alianza política y de mis relaciones amorosas con Antonio; pero á cada frase me cerraba el camino con una observacion profunda ó con un recuerdo innegable. Parecióme pues inútil toda justificacion, y le supliqué encarecidamente que me dejara vivir, mostrándole así fingido amor

BIBLIOTECA

á la vida. Cuando me pareció ya engañado sobre este punto, entreguéle el inventario de todas mis riquezas, única cosa que aguijoneaba su curiosidad y exacerbaba su deseo. Mi tesorero Seleuco, deseando congraciarse con el tirano, le reveló en mi presencia que yo habia apartado una porcion de joyas y alhajas para burlarlas á su codicia. Me levanté del lecho, le perseguí por el salon, me arrojé á su garganta como una tigre, y de seguro le ahogo á no quitármelo entre todos de las manos. César se desternillaba de risa al ver mi cólera, y yo le hice observar cuán horrible era que mientras él, mi enemigo y mi vencedor, me rendia tantos homenajes y me daba tantas alabanzas, aquel perro me acusase de haber distraido riquezas, guardadas, no para ornamento de esta infortunada, sino para obsequio y regalo de la mujer de César, Livia, y de su hermana, Octavia. Persuadióse de que yo amaba la vida, y se fué imaginándose grande engañador, cuando era el engañado. Mi único ruego fué que me dejara visitar la tumba de Antonio, y allá vamos á rendir á sus cenizas este último tributo. ¡Ah de mis mujeres! *(Se encaminan á la tumba de Antonio.)*

CLEOPATRA (*sobre la tumba*).

Mi última disposicion como mujer, mi última ordenanza como reina, fué consagrarte magníficos funerales y ofrecer á tus cenizas esta sepultura en nuestra tierra de Egipto. Desde que tú quedaste en el sacratísimo asilo, al eterno sueño de la muerte entregado, yo perdí algo más necesario que la vida; perdí la libertad, y de reina de los egipcios pasé á sierva de los romanos. Me celan, me custodian, me cuidan; pero es sin duda porque, en su soberbia, el vencedor me destina á trofeo de su victoria y testimonio de tu desgracia. Mientras vivimos, ninguna fuerza humana pudo separarnos; y ahora nos alejan hasta de los lugares de nuestro nacimiento. Tú, romano, reposarás en tierra de Egipto; yo, egipcia, reposaré en tierra de Italia. El consuelo único á tal desventura reservado, será pensar que sobre mi cuerpo caerá la tierra donde tú has nacido, y que el sitio de mi sepulcro habrá de elevarse no lejos del sitio de tu cuna. Si tus dioses todavía pueden algo, porque los nuestros, ó han perdido su poder, ó nos han abandonado en la desgracia, intercede con ellos y muéveles á que no me dejen sobrevivirte; á que

no me arrastren á las fiestas triunfales en loor de tu derrota; á que me permitan ocultarme aquí contigo, compartiendo tu sepulcro en muerte cual compartí en vida tu lecho; porque, entre todas mis desgracias, ninguna tan grande como este tiempo en que el hado me ha retenido en la tierra, lejos de tí, lejos de mi esposo. Estas libaciones serán las últimas que te consagre; estas copas y estas pateras mias se vaciarán por última vez en honra tuya; pues fio en los dioses que muy pronto vendrán mis amigos á libar sobre mis inanimados restos, confundidos con los tuyos, ¡oh Antonio!

XXVI.

CLEOPATRA (*en su panteon*).

El noble Dolabela me escribe. Su carta dirá la verdad. Ha jurado no ocultarme los pensamientos del César, y no los ocultará. Mas ¿qué dice? Decidió resueltamente Octavio llevarme, animado trofeo, entre sus despojos, para que vaya como esclava á la capital de Occidente la que fué reina y señora y diosa del Oriente. Jamás. La vergüenza me subiria á la cara con tanta intensidad, que se conoceria este mi sonrojo allende la tumba. Yo soy hija del Oriente y de Grecia; yo pertenezco á la más ilustre raza, entroncada con los dioses. Alejandro está en mi genealogía, aquel Alejandro, en cuya presencia se pierden y en cuya lumbre se oscurecen todos los genios de la tierra. Los Ptolomeos, los oriundos de Macedonia, los padres de

cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del humano pensamiento son mis progenitores, y con el resplandor de sus nombres me han legado su honra y su gloria. Yo he tenido altares en Roma, y los que se creen dueños de la tierra han visto levantarse mi efigie en sus templos, al lado de sus diosas, y le han ofrecido holocaustos. Yo he reinado en este Egipto, donde han venido los sabios como niños á deletrear misterios de la creacion; yo en Libia, y en sus desiertos y en sus oasis, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia; yo en Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huia á los besos de Apolo y consagrada por ricas floras de ideas; yo en Chipre, donde Venus tuvo su más hermoso templo, y el amor su oriente; yo en Creta, que vió la transformacion de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos que traian ya el resplandor del humano espíritu sobre sus frentes; yo en Siria, el vasto imperio de los seléucidas; yo en Fenicia, que ha enseñado á los hombres á fijar su pensamiento en las letras del alfabeto y á cambiar los productos del trabajo en las relaciones del comercio. ¡Cómo! La que ha visto pasar por su mente todas las ideas; la que ha tenido bajo su mano todos los reyes; la que ha conversado en los

mágicos altares con todos los dioses; la que ha compartido el ardiente lecho de Julio César y ha domesticado la fiereza de Marco Antonio; la que fué adorada en el templo romano de la Victoria y oida en sus santuarios de Alejandría como un oráculo; esta mujer que hablara con diez embajadores á un tiempo en diez distintas lenguas; esta mujer que conociera desde las matemáticas á la astronomía, y desde la historia de los animales hasta la historia del pensamiento; una sibila en los palacios, una musa en las artes, una amazona en la guerra, una maga en los sacrificios, va á ir como sierva entre despojos y trofeos, para divertir un momento en la Via Sacra á esos romanos, cuya corona estuvo á punto de fundirse al rayo abrasador de este genio! ¡O! No, Cleopatra; debes morir cien veces antes que presenciar tal afrenta. Si no te dejan envenenar con ningun tósigo, envenénate con tu propia hiel; si no te dejan rasgarte las entrañas con ningun puñal, rásgatelas con tus dientes y con tus uñas; muere al dolor, á la desesperacion, al odio, á la rabia, á la ira, á todos estos venenos juntos, los cuales deben caer como plomo derretido en tus entrañas. ¡Presentarme en su triunfo, atada quizá á su carro, objeto de compasion, yo, que fuí desde mis primeros años ob-

jeto de envidia! Y celebrará Octavio con pompa la victoria en una guerra civil, victoria debida acaso á que Antonio no guardaba en su corazon el necesario odio á la infame Roma. Y para esto ha impuesto á sus conciudadanos ayer, hoy sus vasallos, el débil dictador tributos no pagados desde las expléndidas victorias de Paulo Emilio! Y él no necesitará pedir los honores del triunfo, ni á esa turba de eunucos que se llama el Senado romano, ni á esa otra turba de siervos que se llama el pueblo-rey. No estará años enteros, como Lúculo, sin poder entrar en el recinto de la ciudad, en el Poemerium. Octavio es cónsul, tribuno, pretor, pontífice, toda Roma, y por consiguiente toda la tierra. Los astros, los cielos, el aire y las aguas con sus innumerables séres, las sustancias de los campos, el fuego del sol y el fuego de los hogares, las ideas que discurren por la conciencia, y los dioses que se alzan por los templos, todo se ha desvanecido, para condensarse luego y reunirse en el frágil cuerpo de ese hombre, que exigirá á los mortales, al par de la obediencia ciega, la supersticiosa adoracion. Cleopatra se escapará á su poder por la puerta que conduce á toda libertad, por la puerta del sepulcro. Paréceme que veo la entrada en Roma de Augusto;

los árboles doblándose al peso de los curiosos; las orillas de la Via Flaminia henchidas por los pueblos rurales; los arcos de ramaje cortando á cada instante el paso; los innumerables aduladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; primero, carros cargados de estátuas, de aras, de efigies, de altares, de dioses, como yo vencidos, y como yo avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos recogidos en el campo de mis derrotas, chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesion y produciendo estridente sonido, que me desgarraria las entrañas; detrás, mis generales, mis amigos, mis cortesanos, reducidos á esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas de mis tesoros; luego, los lechos de marfil, las carrozas de pedrería, mi trono, mi alto trono, mis joyas y mis coronas; y delante del vencedor, arrastrado por su cuadriga y ceñido de sus laureles, yo, maniatada, á pié; caida desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos; señalada con rechifla y chacota por aquellas gentes que han temblado á mi sombra, y que me escupirian á la cara. Jamás. ¡Oh, no! Iras, Charmion, pronto, pronto, venid, corred á mi presencia.

IRAS *y* CHARMION.

Reina y señora.

CLEOPATRA.

Preparadme mi baño de leche de camellas. Apercibidme mi espejo romano de plata circuido de pedrería, en que pueda mirarme toda entera como en la superficie de un lago. Untadme despues el cuerpo con la cocodriléa y con la pasta de Rodas para aumentar su blancura. Disimulad los surcos de las lágrimas en mi rostro con pomada de habas, y traed pastillas de mirra y lentisco para perfumar mi aliento. Aparejad la blanca estola que debe caer desde mi cuello á mis plantas, como en las ceremonias de Isis y el manto de gasa negro sembrado, como la noche, con estrellas de oro. Entrelazad á mis trenzas ricas perlas de la India. Ponedme collares de esmeraldas y zafiros, tumbagas de todas las piedras conocidas, serpientes de oro en los desnudos brazos, eslabones de oro en los piés, y en mis orejas dos gruesos diamantes, parecido el uno al primer lucero de la tarde, y el otro al último lucero de la mañana. Y luego ceñidme á la frente mi corona de reina, unida á mi diadema de diosa.

IRAS.

¡Señora! ¿Has vencido á Octavio? ¿Vas á alguna nueva victoria?

CLEOPATRA.

Iras, he vencido el dolor. Voy á la muerte.

CHARMION.

¡Cómo se dibujan tus hermosas formas bajo la blanca túnica! ¡Cómo te realza el rostro ese manto negro, junto al cual pareces la luna entre las sombras! Mucho relucen tus joyas, que no podrian pagar todos los reyes de la tierra; pero más relucen aún tus ojos, de que han estado como suspensos los imperios.

CLEOPATRA.

Todo está preparado: mi lecho de marfil y oro en su puesto; la cabecera de púrpura bien mulida; los pebeteros de ámbar encendidos á los cuatro lados y despidiendo misteriosas esencias; tendidas las alfombras orientales en los suelos;

las enseñas de mi familia flameando en las bóvedas; los cetros de los reinos que he regido amontonados en haces á mis plantas; colgados los exvotos de los pueblos en las paredes; erguidos los genios domésticos sobre las aras y encendidas las lámparas y las lucernas: ya sólo me resta tenderme y morir, como si en vez de acabarse una reina, se durmiera una diosa en su lecho de nubes, ó se extinguiese una idea en la humana conciencia.

IRAS *y* CHARMION.

¡Oh! ¡Morir! No. Mátanos antes á nosotras. El pecho se nos parte de dolor. No, no mueras. Aun puedes vencer.

CLEOPATRA.

No me desanimeis con vuestros suspiros, con vuestros sollozos, con vuestro llanto. Mostraos serenas y valerosas, puesto que vamos á morir las tres á un tiempo.

IRAS *y* CHARMION.

Si morimos las tres á un tiempo, ¡oh! enjugamos las lágrimas.

CLEOPATRA.

El áspid que ha de libertarnos está ahí. Con una sola picadura basta para morir. Lo aplicaremos primero á Iras, que morirá á mis plantas, y luego á Charmion, que morirá á mi cabeza, poniéndome antes de caer las coronas, que pesan demasiado, como todas las grandezas humanas, para soportadas y sufridas por mucho tiempo.

IRAS.

Trabajo ha costado burlar la vigilancia de los centinelas romanos, apostados para impedir tu muerte y conservarte al orgullo del César. Mas, gracias á mi industria, un campesino ha traido esta mañana un canastillo de mimbres cubierto de pámpanos y ocupado con una pirámide de higos. Y bajo los pámpanos está la víbora.

CLEOPATRA.

¡Oh, ricos frutos que pareceis flores, frutos preferidos de los atenienses, frutos que destilais olorosa miel! os han traido para conservar, alimentar, mantener la vida, y ocultais la muerte

como todos los placeres, como todas las seducciones, como todas las delicias que nos llaman y nos atraen para poner asechanzas á la vida y acelerar el trance de la muerte. ¡Oh! morir es, por lo pronto, dormirse; y será mañana transformarse. Todo se transforma, desde el atomillo de polvo que levanta la orla de nuestro manto hasta la idea que estalla en el humano cerebro; y la muerte, ¡oh! la muerte es tambien una transformacion.—Iras, mira al cielo. ¿Cómo está?

IRAS.

Resplandeciente.

CLEOPATRA.

¿Y el mar?

IRAS.

Sereno, reverberando el sol en su rizada celeste superficie.

CLEOPATRA.

¿Y el campo?

IRAS.

Tranquilo como una égloga.

CLEOPATRA.

¡Oh! No saben todo lo que va hoy á morir en ellos. No saben que su alma se escapa. No saben que los jeroglíficos de su teología se caen como hojas secas. No saben que sus dioses espiran. No saben que se arruinan, como á impulsos de un terremoto, los templos consagrados á su culto. No saben que el espíritu panteista del Asia, disipado de las pirámides vacías, se lleva en sus alas toda su antigua risueña vida y todo su primitivo explendor. Los sacerdotes dejamos el mundo entregado á esos jurisconsultos romanos, sin misterios es verdad, pero tambien sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosáicos testamentarios de nuestra historia, que han convertido las ideas del espíritu humano en el estercolero de una sola ciudad. Se acabarán los cánticos alegres, y vendrán las tristes lamentaciones; se despoblará de dioses la tierra, y vendrá el espíritu universal como viento fortísimo sobre mar encrespado; se acabará la antigua teogonía, y habrá ne-

cesidad de pedir arrodillados sobre las cenizas, comidos por la lepra, en eterna maceracion y penitencia, una gota de rocío á los cielos, una nueva idea á la conciencia universal. En mi lecho mortuorio se desploma un mundo. Los bueyes egipcios no mugirán; no ladrarán nuestros perros vigilantes á las puertas de los templos; no velarán nuestras astutas serpientes; y en nubes de cenizas se convertirán nuestros templos y en sombras nuestros dioses.

IRAS.

El lecho aguarda.

CHARMION.

El áspid abre su boca y muestra su hendida lengua.

CLEOPATRA (*tendiéndose en el lecho*).

Adios, juventud de la tierra, adios. Los faunos se ocultaban en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; los sátiros corrian, ébrios de vida, por los campos cubiertos de flores; en cada

recodo de los bosques un silvano enseñaba sus melodías á los céfiros; iban en las voluptuosas noches las ninfas cazadoras siguiendo con gozosos gritos la plácida carrera de la luna; el arroyo cantaba en tortuoso camino con la voz de las blancas náyades tendidas en sus clarísimos cristales; se elevaban del mirto y de las palmas, del oloroso tomillo y de la amarga adelfa, como cantoras abejas y pintadas mariposas, en legion hermosísima, risueñas divinidades; cada nube ocultaba un dios y cada ola una sirena; desde el astro perdido en el horizonte hasta la arena perdida en el desierto, tenia todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios del espíritu con la Naturaleza se veian en la frente de las perfectas estátuas: todo era amor y juventud en la tierra. Ahora, la sibila que anuncia una nueva edad, es pobre vieja, cuyos ateridos miembros sostiene el sol de Parthenope sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos, duros como el diamante, se gastan de mirar un nuevo tiempo allá en los abismos de la eternidad. ¡Roma! al arrancarme mi corona, te has arrancado tu corona; al cautivar mis dioses, has destruido tus dioses; al hundirme en la tierra, te has hundido tú misma; la nueva idea que elaboras te quebrará, como una

luz demasiado fuerte la frágil lámpara que la contiene, y derramándose en torrentes de fuego derretirá todas tus armas y pulverizará todos tus trofeos.

IRAS (*despavorida*).

Cleopatra, deben estar advertidos los romanos. Llaman á la puerta.

CLEOPATRA.

Muerde. (*Aplica el áspid al brazo de Iras, que cae moribunda á sus plantas.*)

IRAS.

¡Qué dolor tan intenso! pero dolor mitigado por tu presencia, por la sonrisa de tus labios que me envian tu aliento, por la luz de tus ojos, más hermosa cuanto más se acerca hácia su ocaso.

CLEOPATRA (*aplicándose el áspid á su brazo*).

La serpiente del Nilo muere, pero sus misterios se entierran con ella; sus dioses lares la mi-

ran; su diadema le ciñe la frente; es diosa y reina todavía; se lleva en su alma los dioses del paganismo, y en su cuerpo la juventud de la tierra. (*Espira*).

LOS CORTESANOS DE CÉSAR (*entrando*).

¡Oh! La reina, con sus vestiduras sacerdotales, sobre lecho de marfil y oro, muerta en tranquilo sueño y más hermosa que en sus altares y en su trono. La vírgen Iras tendida á sus plantas, exánime como una víctima inmaculada sobre el ara del sacrificio. La otra vírgen egipcia sosteniendo con sus manos la diadema sobre las sienes de Cleopatra, y desplomándose á la mordedura del áspid con la solemnidad de una estrella que se apaga.

UN CORTESANO DE OCTAVIO.

¡Cuán hermoso es todo esto!

CHARMION (*espirando*).

¡Hermosísimo, digno de la muerte de una rei-

na y de los funerales de una religion! (*Espira*).

VOZ MISTERIOSA (*saliendo del mar*).

Las sirenas han desaparecido de mis olas. El dios Pan ha muerto. (*Se oye un inmenso sollozo*).

EPÍLOGO.

—

CRIEL (*en el desierto*).

Los dioses han caido y ruedan sobre la tierra como las hojas secas arrastradas por el viento. La conciencia humana recoge sus rayos y transforma su luciente disco, á la manera del sol que toca en su ocaso. Tiembla el desierto, como las entrañas de próvida madre próxima al parto. Y el viento de misteriosas ideas suena en mis oidos y me cerca con sus ráfagas, como si quisiera desarraigar las raices de un mundo y esparcir las semillas de otro mundo.

UN ANGEL.

Levanta los ojos hácia Oriente, y dime qué ves en el horizonte.

ORIEL.

Veo una ciudad enrojecida por contínuos relámpagos. Veo un huracan que troncha los troncos de las palmeras. Veo las piedras que se dan unas contra otras y en pedazos se parten, como los corazones al dolor. Veo una colina á cuyos piés se hunden los dioses antiguos, como los cadáveres en su fosa. Veo las losas de los sepulcros que se quiebran, y los esqueletos que pasean mirando con sus huecos ojos todo el horizonte. Veo en la cima de la colina, sobre un resplandor misterioso, alzado el patíbulo de mi gente, el patíbulo de los esclavos, la cruz.

EL ANGEL.

Pues esa cruz lucirá sobre la corona de los reyes.

ORIEL.

Luego ha sonado la hora de mi redencion? Luego soy libre? Luego mi larga peregrinacion, mis eternas luchas, mis crueles martirios han equivalido á la creacion, y me he creado á mí mismo? Ya soy libre; que el signo de la infamia acaba de

convertirse en el signo de la gloria! ¿Qué mayor milagro?

EL ANGEL.

No te regocijes de esa suerte. En este planeta, las ideas más puras caidas de los cielos más altos se corrompen al mezclarse con las cenizas de la tierra.

ORIEL.

¿Pues no han muerto los dioses de la naturaleza que habian forjado con el hierro de sus montañas mis cadenas?

EL ANGEL.

Han muerto.

ORIEL.

¿Pues no han caido los altares donde yo estaba como atado?

EL ANGEL.

Han caido.

ORIEL.

Pues la voz de la última sirena ¿no acaba ahora

mismo de extinguirse, y la serpiente del Nilo no acaba de enterrarse, ella la tentadora, en su necrópolis?

EL ANGEL.

Sí.

ORIEL.

Mi espíritu, desligado de sus pesados lazos, libre de sus abrumadoras cadenas, se contempla á sí mismo en la inmensidad y se reconoce libre.

EL ANGEL.

Pues todavía no ha sonado la hora de tu libertad. La conciencia se ha separado de la naturaleza, donde estaba sumergida como la esponja ó como el alga en los mares, y brilla á la manera del sol en los cielos. La idea de la igualdad ha venido á completar esa otra idea de libertad natural. Al calor de estos rayos de luz, muchas cadenas se han fundido y muchos eslabones se han roto. Pero la redencion no está aún concluida.

ORIEL.

Y cuando lo más ignominioso, el patíbulo de mi gente, se ha convertido en lo más sublime;

cuando lo más miserable, el esclavo, se ha convertido en Dios, venciendo á los antiguos dioses, la redencion debe estar ya terminada y concluida la obra del humano progreso.

EL ANGEL.

No. Ahora empieza verdaderamente el mayor de tus sufrimientos, la mayor de tus penas. Con una conciencia tan clara como el cielo, con una idea luminosa de tu dignidad, rota la coyunda férrea del destino, muertos los dioses del fatalismo, hecho hombre, aún serás esclavo.

ORIEL.

Pues volvedme á mi antigua ignorancia. Arrancad de mi frente esta luz que sólo sirve para alumbrar mi ignominia. Si he de llevar sobre mis espaldas encorvadas un peso abrumador; si he de dar vueltas á la rueda de un molino, convertidme en bestia. Pero ¿cómo vais á ceñir cadenas sobre mis alas de ángel, que habrán de quebrarse, ó de quebrarlas?

EL ANGEL.

La tierra convertirá en sombras la luz descendida de los cielos. El mártir, que acaba de dar su

vida por los hombres, será trasportado desde la cruz á los tronos. Su corona de espinas se convertirá en corona de diamantes. Su caña pasará á ser cetro de oro; su sayal, manto de púrpura y su palabra de amor y caridad, signo de opresion y tiranía. La serpiente del Nilo no ha podido fascinar á Roma, y Roma fascinará á los discípulos del Crucificado.

ORIEL.

Y en los altares se entonarán alabanzas al Dios-Hombre, y en las ergástulas se azotará al hombre-bestia. Y llevaremos en la frente la idea de justicia, pero sobre esta frente luminosa la argolla de la servidumbre. Y la tirania arraigará más profundamente en nuestros corazones, á medida que la dignidad se eleve más en nuestra conciencia; y despues de haber creado el espíritu, lo tendremos abismado en la servidumbre. De suerte que nada valdrá nuestra eterna pasion, haber arrancado su fuego al cielo, haber devuelto su dignidad á la conciencia, haber infundido el espíritu divino en las venas del género humano. Seremos esclavos, como el dia en que nuestra conciencia no tenia idea de su grandeza, ni el sentimiento de la libertad moral nuestros corazones, y pasa-

remos por la tierra con el fuego de nuestra libertad sobre la cabeza transfigurada y la argolla del siervo á los piés taladrados de espinas.

EL ANGEL.

Contempla cuánto ha costado formar un planeta desde que se desprendió informe del sol hasta que ha llegado á ser habitacion del espíritu. Pues tanto ó más cuesta elevar á las alturas esa humanidad confundida en sus orígenes con la tierra. Vuelve atras los ojos y mira los templos que has destruido, las ruinas que has amontonado, los dioses que has herido y aniquilado antes de llegar á tener conciencia segura de que eras un espíritu libre y un espíritu inmortal. Siglos de siglos, millares de años has pasado en la abyeccion y en la ignorancia de tu propio sér; el sacro altar te ha rechazado como á un maldito, y la honda gemmonía te ha tenido en su húmedo calabozo, como si fueras informe feto de la tierra. Ahora el misterio de la redencion se ha cumplido. Las ideas evaporadas de la ciencia y del arte se han condensado en lluvia benéfica que ha henchido de vida al humano espíritu. En la cima del Calvario ha crecido tanto el hombre, que ha llegado á con-

fundirse con Dios y á divinizar hasta el dolor y la muerte. Pero aún pasarán siglos de siglos antes que llegues á la plenitud de tu vida y á la libertad de tu sér. Por de pronto, esa Roma, que se eleva tras el sepulcro inmenso del Asia como un astro del nuevo dia, te obligará á encerrar tu conciencia en las catacumbas y á lanzar tu cuerpo á las fieras. Los gladiadores inmolados en esas sangrientas orgías, los mártires consumidos en esos horribles holocaustos, las víctimas de tantos crímenes se elevarán como ángeles exterminadores, á guiar pueblos jóvenes y guerreros que den á sus manes venganza, y satisfaccion á la justicia. Los monumentos se desplomarán como si los hubieran sacado de su centro de gravedad; las columnas se parecerán á los árboles derribados en selvas descuajadas, ó á los huesos de hercúleos gigantes; Roma será un sepulcro vastísimo, y á sus piés llorarán, en lamentos sin fin, nubes de penitentes, pidiendo á los cielos, cargados con átomos de cenizas, piedad y misericordia. Pero la sombra del Imperio Romano volverá á pasearse sobre las ruinas de Roma, aspirando al mismo dominio universal que tenia en los tiempos de los Césares. Y esos pueblos jóvenes que se dirigian, hambrientos de matanza, á destruir

los Emperadores Pontífices, se detendrán y caerán de hinojos ante los Pontífices Emperadores. Y tu servidumbre sobrevivirá á la misma ruina de la ergástula y á la misma caida de Roma. El dolor será tan grande, que parecerá la tierra próxima á volver de nuevo al caos. Las tinieblas se extenderán por el cielo y la sangre rebosará en el planeta. Los más fuertes se levantarán allá en las cimas de las montañas, como huyendo del universal diluvio. Y los más débiles vegetarán al pié, entregados á trabajar como las bestias, para el goce de los demás, en la servidumbre material y en el rebajamiento moral. Pero un dia la trompeta de la guerra, como la trompeta del juicio, resonará fuertemente en las alturas. Los pueblos se levantarán sin saber por qué y se moverán sin saber hácia dónde. El desierto, ese desierto en que se consuma su redencion religiosa, en que nace la idea de la libertad moral, será tambien la cuna de su redencion civil y el comienzo de la verdadera igualdad. Los tiranos en la inmensidad, en el océano de arenas, necesitarán de los tiranizados; los opresores necesitarán de los oprimidos. Y entonces, despues de mil años de dolores, comenzará á erguirse, á levantarse el siervo y afilará y aparejará los instrumentos del trabajo,

Primero, encontrará algo que le fije y le señale su ruta en la inmensidad del Océano para dominar el espacio. Despues acercará á sus ojos los astros. Despues encontrará el medio de perpetuar y eternizar sus ideas, grabándolas en hojas tan numerosas como las hojas de los bosques y de las selvas. Nuevos mundos surgirán al conjuro de su palabra, como surgieron al conjuro de la palabra de Dios. Y habrá crecido tanto y tanto, que las cadenas se caerán de sus hombros y el derecho resplandecerá en su frente. Entonces la obra de los siglos se coronará, elevándose sobre el ara la luz y el fuego de una nueva alma. La conciencia libre habitará en el planeta regenerado y redimido. El antiguo pária que suspendia los sacrificios con su sombra; el sudra que llevaba el peso de la sociedad sobre sus espaldas encorvadas; el ilota oprimido y deshonrado; el gréculo semejante á una prostituta sujeta á eterna infamia; el esclavo en quien no se reconocia ni personalidad ni conciencia; el gladiador que bajaba al circo para inmolar á sus hermanos en las aras de un pueblo envilecido y de un César demente; el siervo que brotaba sobre el terruño como un árbol, y sacudia sus frutos de vida para los demás, de muerte y de maldicion para sí; el negro con

la noche en el rostro y la noche en el alma; todos los opresos, todos los perseguidos, todos los esclavizados se han redimido en las ideas de los filósofos, en las inspiraciones de los artistas, en los sacrificios de los redentores, en los esfuerzos del trabajo, en las tempestades de las revoluciones, en una lenta creacion que los ha hecho hombres y los ha coronado con la idea más sublime, con la idea de su justicia.

ORIEL.

La redencion del esclavo está en su mente, en la idea de su derecho; y en sus brazos, la virtud de su trabajo.

FIN

DE LA

REDENCION DEL ESCLAVO.

ÍNDICE.

Jornada tercera.—La Esperanza..... 1

Jornada cuarta.—La Agonía..... 123

Epílogo..... 367

4 Voll